

TEATRO 22

EL PÚBLICO

CARLOS JOSÉ REYES

EL ²⁻¹⁸⁰
CARNAVAL
DE LA
MUERTE
ALEGRE



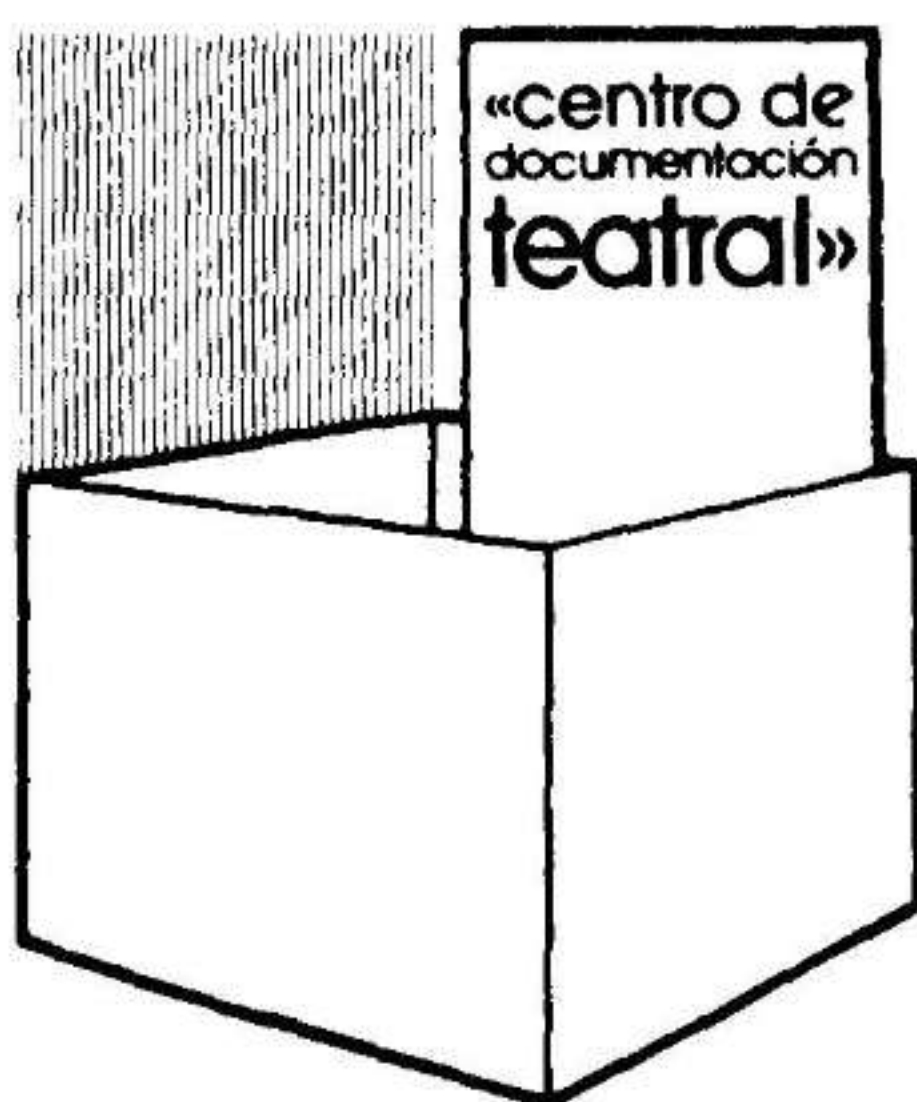
**EL CARNAVAL
DE LA MUERTE
ALEGRE**

**(Periplo de Balboa
y Pedrarias)**

CARLOS JOSÉ REYES

TEATRO 22

EL PÚBLICO



MADRID, JULIO-AGOSTO 1992

Suplemento de El Público, revista bimestral del espectáculo,
editada por el Centro de Documentación Teatral
del Instituto Nacional de las Artes Escénicas
y de la Música.
Ministerio de Cultura.

Director:
Moisés Pérez Coterillo.

Portada:
Antonio Fernández Reboiro.

Ilustración:
«Mariachi», de Pedro Linares

**EL PÚBLICO
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN TEATRAL**

Capitán Haya, 44
28020 Madrid.

Teléfonos:
Redacción y Documentación:
(91) 572 33 11/12/13/14
Suscripciones y Fax: (91) 570 51 99.

Imprime:
EGRAF, S. A.
C/ Luis I, 5. 28031 Madrid.
Depósito Legal: M-13134-1991
NIPO: 302-91-003-4
ISBN: 84-87075-16-9

Este volumen se vende conjunta e inseparablemente con el número 91,
correspondiente a los meses de julio y agosto de 1992.

Esta edición

© 1992. El Público/Centro de Documentación Teatral

SUMARIO

Una trayectoria fecunda	9
<i>María Mercedes Jaramillo</i>	
<i>Carlos José Reyes</i>	19
<i>El carnaval de la Muerte alegre: un marco de referencia</i>	21
Relato de don Francisco Arias de Ávila, conde de Puñonrostro, sobre lo sucedido a su abuelo, Pedro Arias Dávila, llamado Pedrarias, gobernador de Castilla de Oro	25
<i>Bibliografía</i>	26
<i>El carnaval de la Muerte alegre</i>	27

UNA TRAYECTORIA FECUNDA

MARÍA MERCEDES JARAMILLO

Carlos José Reyes nació en 1941 en Santafé de Bogotá y cursó sus estudios de teatro y de pintura en la Escuela de Bellas Artes (1959-1960). Desde muy joven participó en talleres de teatro, entre ellos en el dirigido por la profesora Dina Moscovici; también estudió en el Club de Teatro Independiente. Posteriormente se vinculó al grupo experimental de Bellas Artes, donde montó *El maestro* de Eugenio Ionesco. Otras de sus experiencias iniciales en el arte dramático se llevaron a cabo en las universidades de la capital colombiana y en el grupo El Búho, al que ingresó en 1959.

Este grupo nació a finales de 1958, como una respuesta a los ataques que los sectores más conservadores de la sociedad hacían contra los artistas de teatro; aquí dirigió otra obra de Ionesco: *El porvenir está en los huevos*, y dos piezas de García Lorca, *La Doncella*, *el Marinero y el Estudiante* y *Quimera*. En 1960 codirigió, con Fausto Cabrera, su primera obra infantil, *Amor de chocolate* y luego, para estrenar nueva sala, *Asesinato en la catedral* de T. S. Eliot, pieza en la que buscaban proyectar nuevos elementos dramáticos, encontrados en su labor teatral. Por esta época el grupo publicó una revista, cuyo fin era "hablar de teatro y de cultura" y abrir un espacio para discutir sobre la función del arte, en este caso, del teatro.

Su obra *Arlequín sobre las piedras negras* obtuvo el segundo premio en el Concurso de Autores Nacionales, que fue organizado en 1960 por la corporación Festival Nacional de Teatro. En este mismo año montó la pieza del autor salvadoreño Walter Neneke, *Funeral Home*. En 1961 puso en escena la pieza de Silvio Giovanninetti *Lo que no sabes*, con este mismo grupo y dirigió dos obras más: *Disparate macabro* y *El teatrillo de aserrín*. A finales de este año, El Búho se trasladó a la Universidad Nacional (Bogotá), donde representó un entremés de Cervantes, *La guarda cuidadosa*.

En 1962 Carlos José Reyes se trasladó a Bucaramanga, donde se vinculó a la Universidad Industrial de Santander como profesor y director del Teatro Experimental Universitario

—TEU— grupo con el que continuó explorando autores y formas dramáticas internacionales. Además, dirigió el radioteatro de La Voz de los Comuneros. Se retiró de la Universidad Industrial de Santander por conflictos con los directivos.

En 1964 Reyes regresó a Bogotá y fundó con Carlos Perozzo el Teatro de Arte Popular —TAP—. Los objetivos primordiales del grupo fueron: 1) crear una audiencia, aunque para ello fuese necesario salir a las calles, a las escuelas y a las plazas públicas; 2) crear un “verdadero *foro de ideas*, así como un espectáculo agradable y divertido”; y 3) analizar los problemas sociales que afectaban al pueblo colombiano. Entre las actividades artísticas desarrolladas por el Teatro de Arte Popular se destacó su labor en el teatro infantil. Los montajes más relevantes en este campo fueron *Dulcita y el burrito* (1964) y *Amor de chocolate* de Reyes, y también obras como *Despierta y canta* de Clifford Odets y *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte* de Valle-Inclán. En esta época Reyes adaptó y dirigió el cuento de Jesús Zárate Moreno, *La cabra de Nubia*, y colaboró en el guión de la película *El río de las tumbas*, dirigida por Julio Luzardo.

Con el Teatro de Arte Popular recorrió distintas ciudades del país representando sus piezas para niños *Amor de chocolate* y *Dulcita y el burrito*. Con este grupo de teatro también puso en escena *Ligazón* de Valle-Inclán. El grupo El Búho y el Teatro de Arte Popular se desintegraron en 1965; algunos de los miembros de estos dos grupos teatrales se vincularon a los movimientos universitarios, sobre todo a la Universidad Nacional. Reyes ingresó al Teatro Estudio de la Universidad Nacional con el que estrenó su obra infantil *La piedra de la felicidad* (1965) y con el que montó una pieza para niños del autor japonés Ryunosuke Akutagawa. Actuó en *Los dactilógrafos* de Murray Schisgal e hizo el papel del Papa Urbano VIII en la obra de Bertolt Brecht *Galileo Galilei*.

La influencia de la obra de Brecht en el teatro nacional se evidenció no sólo en la adopción de sus teorías, sino también en el montaje de sus obras. En efecto, *Galileo Galilei* fue montada en 1965 entre Santiago García, Carlos José Reyes, Carlos Duplat y Carlos Perozzo. Esta puesta en escena fue todo un acontecimiento en la historia del teatro nacional debido al presupuesto gastado en el montaje, a la magnífica escenografía, al número de actores y al tiempo empleado en la producción de la pieza, y fue una evidencia de la capacidad y dedicación de los teatros colombianos. Las controversias políticas creadas con la obra de Brecht desencadenaron conflictos con las directivas de la Universidad Nacional; debido a ello Carlos José Reyes y Santiago García se desvincularon de la Universidad y fundaron La Casa de la Cultura.

La Casa de la Cultura no sólo se dedicó al teatro sino que recogió otras manifestaciones artísticas como la música, el cine y la pintura. La colaboración y unión de los artistas de distintas ramas de la cultura crearon la base de un movimiento teatral y artístico nacional. La Casa de la Cultura fue el primer paso hacia la independencia del teatro colombiano, como bien lo afirma Gonzalo Arcila.

Soldados (1966), de Carlos José Reyes, fue la primera obra que montó La Casa de la Cultura. La pieza proyectó los intereses políticos y sociales del grupo, cuestionó el papel del ejército colombiano y recreó el tema de la alienación militar; fue una de las más representadas por el nuevo teatro colombiano, dentro y fuera del País. Se basó en un episodio de la novela del colombiano Alvaro Cepeda Samudio, *La casa grande*, en la cual la masacre de los obreros de la United Fruit Company por parte de los militares en diciembre de 1928 es temática central. En 1966 obtuvo el segundo premio en el Concurso de Autores del Festival de Teatro de Cámara, con su obra *Variaciones sobre metamorfosis*, pieza que se publicó en la revista *Razón y Fábula* y en la Antología de Teatro Latinoamericano Contemporáneo realizada por Carlos Miguel Suárez Radillo.

Reyes permaneció durante cuatro años en La Casa de la Cultura; a la vez que colaboró con el teatro universitario y dirigió el conjunto de la Universidad Externa de Colombia, con el que comenzó a ser conocido a nivel nacional, por los premios obtenidos en los festivales de Manizales y en los festivales de teatro universitario. Con este grupo universitario montó sus versiones sobre algunos relatos de Gabriel García Márquez, *Cuentos sobre Macondo*, que incluyen *Rosas artificiales*, *Un día de éstos*, *Un día después del sábado* y *Los funerales de la Mama Grande*. Este trabajo obtuvo el segundo premio en el Festival Nacional de Teatro Universitario y el premio a la mejor obra colombiana en el Festival Nacional de Teatro.

Su labor como presidente de la Corporación Colombiana de Teatro —CCT—; los seminarios y talleres que dictó en el país y fuera de él y sus ensayos sobre el vasto tema del teatro y el arte en general no sólo lo hicieron famoso, sino que lo colocaron como uno de los más importantes intelectuales del país. En cuanto a su producción ensayística, Reyes fue el coeditor del libro *Materiales para una historia del teatro en Colombia*, publicado en Bogotá por el Instituto Colombiano de Cultura en 1978; texto que abrió el camino a futuras investigaciones. Sus ensayos sobre práctica teatral fueron publicados en la revista *Conjunto* y en otras revistas y publicaciones especializadas en teatro.

En 1971, Reyes montó *Divinas palabras*, basada en la obra de Valle-Inclán. Fue una obra de creación colectiva, y esta ex-

perencia lo llevó a escribir un ensayo sobre el proceso de las improvisaciones que fue publicado por la Corporación Colombiana de Teatro. Este trabajo fue una de las primeras descripciones teóricas del método de la improvisación, e influyó en el desarrollo de esta metodología. Los personajes esperpénticos de Valle-Inclán enriquecieron las improvisaciones y el “espejo cóncavo y deformador” se convirtió en un fecundo recurso teatral, que fue asimilado por muchos teatreros colombianos.

En 1972 el Instituto Colombiano de Cultura editó una obra suya dedicada al teatro infantil. El volumen consta de tres obras: *La piedra de la felicidad* (diciembre de 1965), la cual recrea las peripecias de un reino con sus príncipes y mendigos; *La fiesta de los muñecos* (1970), que recoge las aventuras de los muñecos y de los titiriteros, quienes ya viejos y cansados temen perder el empleo por su falta de creatividad. Los títeres ayudan a crear historias modernas, para así evitar que los titiriteros sean despedidos por el empresario. Esta obra también fue publicada en 1975 por la revista *Conjunto*. La tercera obra, *Dulcita y el burrito* muestra la vida del teatro y las dificultades que enfrenta el titiritero y, con él, el artista, agobiado por los problemas económicos y sociales.

Reyes mostró las dificultades económicas dentro de un marco real sin destruir la ilusión y la fantasía propios del mundo infantil; ubicó los conflictos en la realidad y no los representó como fuerzas sobrenaturales que interfieren en el mundo, o como hechos que el hombre no puede cambiar. No hay en sus obras una división maniquea entre buenos y malos y el mundo se presenta más acorde con la realidad colombiana y, así, se prepara a los niños para interpretar los hechos en sus dimensiones humanas y actuales.

En 1972 Carlos José Reyes fundó el grupo El Alacrán, con el que montó varias obras, entre las que se destacan *Recorrido en redondo* y *Las piezas negras*. Este último montaje se basó en los poemas de García Lorca. El Alacrán también se dedicó al teatro infantil colombiano, con obras para títeres y enormes muñecos de teatro callejero. Estos montajes para niños fueron obras de sencilla belleza que retomaban leyendas, personajes y elementos del medio cultural colombiano.

En 1977 el grupo se trasladó al barrio La Candelaria, donde montó una sala de teatro. Sin embargo, esto no logró aliviar sus problemas económicos. En 1984, el autor se refirió así a esa época: “Yo formé un grupo hace doce años, aunque durante más de veinte estuve vinculado a muchos grupos. Pero llegamos a una crisis tremenda, una crisis de supervivencia. Llegamos a adquirir una casa y a abrir una salita donde cabían muy apretadas no más de 100 personas, con la idea de construir una

sala, lo cual significaba un costo y un esfuerzo gigantesco. Nosotros no teníamos apoyos políticos de ningún sector en particular, no teníamos un grupo que nos financiara, y fue muy difícil este trabajo y se paralizó un poco la actividad del grupo”.

En esta época, Carlos José se vinculó a la televisión nacional, sin abandonar, desde luego, sus actividades en el teatro. Aquí escribió libretos para un programa de televisión de carácter histórico, *Revivamos nuestra historia*, que se presentaba semanalmente. También escribió el libreto sobre el “bogotazo”, donde recogió los episodios del 9 de abril de 1948. A Carlos José, como a otros teatreros colombianos, le interesó revisar la historia del país con el fin de dar una nueva interpretación a los hechos, contar otra versión de la historia, y para narrar los acontecimientos que nunca fueron recogidos por la historiografía oficial.

El trabajo de la televisión lo desempeñó en compañía de Jorge Alí Triana, director del Teatro Popular de Bogotá —TPB—. Según Reyes, este trabajo fue muy útil, pues la periodicidad del programa lo obligó a adquirir una disciplina de trabajo y a aumentar su ritmo de producción e investigación. Posteriormente Reyes se unió al Teatro Popular de Bogotá, grupo en el que permanece actualmente.

En 1978, Casa de las Américas publicó en su colección Premio *El hombre que escondió el sol y la luna* (1974) y *El globito manual* (1974), como reconocimiento a su labor en el teatro infantil latinoamericano. *El hombre que escondió el sol y la luna* está basada en una leyenda de los indios chamíes, del municipio de Riofrío en el Valle del Cauca, conservada en la tradición oral y recogida y publicada por el Instituto Colombiano de Antropología. Con esta obra Reyes trató poéticamente el tema de la tenencia de la tierra y de la conservación de los recursos naturales. Los monstruos que destruyen el equilibrio ecológico son enfrentados por un sagaz campesino, quien esconde el sol y la luna para obligar a Robatierras, Tragahectáreas y el Tercer Tragón a restaurar el equilibrio de la naturaleza y a devolver la tierra devorada a sus legítimos dueños. Estos seres representan la voracidad insaciable de los latifundistas y de los empresarios, quienes agotan los recursos naturales y despojan a las comunidades y a los campesinos de sus terrenos. Lamentablemente, como lo afirma Orlando Rodríguez, el mito aún tiene vigencia. La ambición desmedida de Tragahectáreas se manifiesta en forma directa y grotesca: “¡Me trago la tierra, y el aire y las nubes, y si no me pasa el hambre, me trago todo el país! ¡Glup, glup, glup!”

La historia del globito manual es la dramatización del trabajo del titiritero, de su delicada labor: construir los muñecos. Allí

aparecen las manos laboriosas para hacer los títeres y las marionetas del teatro, mientras se cantan sencillos poemas que alaban el trabajo manual y remiten al oficio creador y artístico del titiritero.

En 1968, Carlos José estrenó *Los viejos baúles empolvados que nuestros padres nos prohibieron abrir* con el grupo de la Universidad Externa de Colombia; la pieza recrea la alienación de la familia y la situación de la clase media que tratando inútilmente de sostenerse en un sistema caótico, evita enfrentar la realidad y pretende desconocer la corrupción y la violencia; pero ésta poco a poco va invadiendo su espacio. La familia Salvatierra trata, sin conseguirlo, de ocultar su ruina económica, el asesinato de un hijo rebelde —falsamente acusado de delincuencia—, sus frustraciones y sus temores. El humor negro va desenmascarando las miserias espirituales y materiales que afligen a esta familia en su afán de medrar y de mantener su *status*, objetivo que se hace cada vez más difícil.

El humor negro va permeando la tragedia, ya no se siente piedad por esta familia afligida, sino que se empiezan a descubrir sus falacias, y se reconocen las causas y motivos que generaron su ruina moral y económica. La dignidad y el valor de una persona se miden por sus bienes personales, y este hecho hace sumamente importante el mundo de las apariencias. El ser queda relegado por el tener y el parecer; lo que convierte la vida en un teatro, donde se oculta siempre la verdad.

La pieza está organizada en dos niveles de significación, el primero es la verdad escueta que todos desean ocultar, y el segundo es la mentira que todos desean creer. Es teatro en el teatro, todos actúan simulando algo: que creen lo que no creen, que no saben lo que saben, que son lo que no son; y al querer engañar unos a otros, terminan engañándose a sí mismos. Con las absurdas situaciones a las que llega la familia para ocultar algo que es *vox populi*, se critica mordazmente los esfuerzos de la clase media colombiana por aparentar un nivel de vida superior a su realidad económica. Con la repetición de los trucos de los pícaros españoles y con la recreación del ambiente de miseria, que obliga al continuo engaño y a la trampa, se obtienen dos objetivos claros: primero, revelar la problemática social de una clase decadente, y segundo, desenmascarar la corrupción del sistema de valores defendidos por la pequeña burguesía.

En 1969, Carlos José escribió *La antesala*; su escenario es un ancianato donde las protagonistas vuelven a encontrarse después de varios decenios. Josefa, una modista, pasa las horas bordando un hermoso mantel. Doña Natalia, antigua clienta de Josefa y dama de la clase alta, fue engañada por sus hijos y abandonada en la antesala de la institución. Al reconocerse, regre-

san al pasado y reviven el odio y las diferencias que las separaron. Las diferencias sociales evidentes en la juventud disminuyen con el desamparo y la soledad que experimentan, pero el odio y el desprecio siguen intactos. Doña Natalia desahoga su frustración destrozando el mantel de Josefa, pues es incapaz de distanciarse del pasado y de reconocer lo inútil de sus recriminaciones. La vejez aproxima a estas dos mujeres de clase social diferente, quienes se ven obligadas a compartir un espacio y un estilo de vida que ninguna de las dos hubiera esperado. La obra muestra cómo la hipocresía y la doble moral son a veces los únicos elementos que atan a la familia. Todo el mito del amor, de la unión y de la solidaridad familiar pertenece al mundo de los álbumes y de las fotografías, que sólo recogen los momentos felices.

En 1976 Reyes estrenó *Recorrido en redondo*, donde retoma algunos elementos que ya había trabajado en *Los viejos baúles empolvados que nuestros padres nos prohibieron abrir*. De nuevo el humor negro y el terror se mezclan en esta pieza, donde un hombre se empeña en desenterrar un viejo tesoro oculto en la casona. Los fantasmas familiares se van apoderando de los personajes, a la vez que el tiempo presente y pasado se entreteje en vivos y muertos, quienes comparten el mismo espacio; así, se mezclan ilusiones, recuerdos y sueños. La ruina económica y moral se refleja en el desmoronamiento del caserón que luego pasará a ser un albergue de pordioseros. La decadencia física de los últimos habitantes es una proyección de la miseria moral.

También en este año montó *El redentor*, que recrea la soledad y premuras económicas de una anciana y la vieja criada que la acompaña; como paliativo a la escasez, el aislamiento y la rutina sueñan con el regreso del hijo que redimirá sus miserias. Cuanto más sórdida es la situación más idealizan al joven en una interminable espera que nos recuerda a Vladimir y a Estragón. La realidad se escinde entre lo interno y lo externo y el personaje se aliena al no saber confrontar sus conflictos. La solución a los problemas se dilata en la espera de una fuerza externa y redentora que cada vez se hace más irreal e inalcanzable, pero eternamente presente en la esperanza de las protagonistas.

La mudez es su pieza más reciente, es una obra circular que proyecta los conflictos de una ama de casa con su criada de la que depende y a la que teme, pues la otra es "el espejo cóncavo y fiel" que le devuelve su grotesca imagen. El miedo a lo que diga la gente y el arribismo social son los elementos que esclavizan a la Señora y la deshumanizan. La pérdida de la voz y del movimiento son los símbolos metafóricos que señalan la

deshumanización de los personajes. La Señora, acostumbrada a tratar a su empleada como si ésta fuese un artefacto mecánico que se mueve a su antojo, queda aterrorizada cuando el mecanismo se descompone; entonces, la desecha como algo inútil. El irónico final de la pieza invierte la metáfora y muestra la Señora/objeto ante el marido.

Últimamente, Reyes se ha dedicado a dirigir el Teatro Popular de Bogotá. Su experiencia se ha enriquecido con la dirección de obras de autores nacionales y extranjeros, como también de obras de creación colectiva. Su interés por encontrar un lenguaje teatral propio lo obliga constantemente a investigar en la realidad nacional para crear una dramaturgia acorde a la realidad local y a la necesidad cultural del público colombiano.

Sus últimos montajes son *Rosa de dos aromas*, *No hay que llorar* y *El caballito del diablo* obras con las que ha participado en diferentes festivales teatrales entre 1988 y 1989. *Rosa de dos aromas* está basada en una obra de Emilio Carballido y fue presentada en el Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá, en mayo de 1988, y en el Festival de Manizales, en septiembre del mismo año. La obra ha tenido una recepción desigual por parte del público. La trama gira en torno al adulterio y a los conflictos que viven la esposa y la amante de este drama amoroso.

El segundo montaje está basado en una obra de Roberto Cossa, *No hay que llorar*, que profundiza en las conflictivas relaciones familiares de la clase media, en su estrechez económica, en su arribismo, en la hipocresía, temas que ya había tratado anteriormente. Esta obra ha tenido una mejor aceptación por el público y por la crítica. Enrique Pulecio, hablando sobre la pieza, afirma: "Es forzoso reconocer en esta obra las grandes habilidades e inventivas de un director imaginativo, como pocos en el teatro colombiano".

La tercera pieza, *El caballito del diablo* de Fermín Cabal, fue estrenada en el Festival Latinoamericano de Teatro Popular, celebrado en Colombia en julio de 1989. El título de la obra es una metáfora que recoge la jerga española usada por los drogadictos. El caballito del diablo es el nombre popular que se le da a las libélulas en España, y los consumidores de droga llaman caballos a la heroína. El nombre de la pieza asocia, por un lado, la forma alargada del insecto con la jeringa que usan los adictos, y por el otro, el nombre del insecto proyecta el infernal mundo de la droga. La obra recrea las pesadillas, las visiones y los crímenes que generan los estupefacientes. El escenario se vuelve cárcel, hospital, morgue, donde deambulan los seres humanos dominados por el vicio. La pieza es extensa y la repetición de escenas violentas afectan al espectador.

Hay una característica muy importante en el quehacer teatral de Reyes, quien se interesa en trabajar temas ya tratados por él o por otros autores, y es la búsqueda de nuevas formas expresivas y discursivas que enriquezcan el tema o que develen ángulos no trabajados anteriormente. Sus obras evidencian la actitud que ha planteado en sus concepciones críticas y teóricas; el nuevo teatro tiene que reflejar la problemática y las contradicciones de la sociedad colombiana, con un lenguaje propio que identifique el aquí y el ahora. Definiendo su posición de crítico comprometido afirma: "El proceso de creación de un nuevo teatro latinoamericano está ligado indisolublemente a la crítica de la cultura y el nuevo elemento sería la exploración sobre el lenguaje". La labor de Carlos José como director, dramaturgo, crítico y teórico muestran su dedicación al teatro, y lo convierten en uno de los teatros más reconocidos del país, y el nuevo teatro latinoamericano.

La voz es una obra de un acto escrita en 1991, pieza que recrea a un personaje escindido entre sus deseos y sus temores. "La voz" que invoca a Rodríguez le revela sus fallas, sus miedos y sus ilusiones. Fuerza interior que controla y limita sus actos, recluyéndolo cada vez más en su mundo interior. El continuo diálogo interno refleja la soledad e inseguridad del hombre moderno, que aterrorizado ante el mundo exterior se refugia cada vez más en sí mismo.

Función nocturna es también una pieza de un acto escrita en 1991, que analiza la vida de una pareja que ha dejado de exponerse al mundo externo por los peligros y amenazas que adivinan/imaginan a través de su ventana. El conflicto se plantea entre la calma de los protagonistas y su apacible conversación y el mundo exterior que aparece amenazante, oscuro y desconocido.

Lo exterior, con sus peligros virtuales o reales, y lo interior, como refugio o como prisión, generan actitudes en los personajes y determina sus acciones. Esta oposición entre estas dos esferas le ha permitido al autor analizar la vida del ser humano actual, escindido, temeroso y frágil, que intenta defenderse ocultándose tras una máscara o escondiéndose entre cuatro paredes. Este conflicto de ocultación/develación refleja las contradicciones del hombre moderno con su medio.

CARLOS JOSÉ REYES

Nació en Bogotá, Colombia, el 12 de marzo de 1941. Director de teatro, historiador y dramaturgo, es miembro de la Academia Colombiana de Historia, y junto con Jorge Alí Triana, director artístico del Teatro Popular de Bogotá (TPB). Actualmente es director de la Biblioteca Nacional de Colombia.

TEATRO

- 1960. *Amor de chocolate* (Para niños).
- 1961. *Disparate macabro* y *El teatrillo de aserrín. Bandidos y Arlequín sobre las piedras negras* (Para niños).
- 1964. *Dulcita y el burrito, La piedra de la felicidad* (Para niños).
- 1966. *Soldados*, basada en capítulos de *La casa grande*, de Alvaro Cepeda Samudio.
- 1967. *Variaciones sobre metamorfosis*.
- 1968. *Los viejos baúles empolvados que nuestros padres nos prohibieron abrir* (Primer Premio en el Festival Nacional de Teatro Universitario).
- 1969. *La verdadera y muy maravillosa historia de María de Santa Fe, que vivió en tratos con el diablo durante más de siete años* (Inspirada en la farsa medieval flamenca).
- 1974. *Globito manual* y *El hombre que escondió el sol y la luna* (Obras para niños, Premio Casa de las Américas, Cuba, 1974, en el género de literatura para niños y jóvenes).
- 1975. *La fiesta de los muñecos* (Para niños).
- 1976. *La aventura* y *El redentor. Recorrido en redondo*.
- 1977. Publicación del libro *Materiales para una historia del teatro en Colombia*.
- 1980. *La antesala*.
- 1989. *La mudez*.
- 1990. *La voz*.
- 1991. *Función nocturna* y *El carnaval de la Muerte alegre*.

EL CARNAVAL DE LA MUERTE ALEGRE

UN MARCO DE REFERENCIA

La oposición de Muerte y Carnaval resulta una constante desde el comienzo mismo de la historia de Colombia. Los cronistas de Indias, como el Padre Las Casas, Pedro Simón o Fernández de Oviedo dan un claro testimonio sobre la particular violencia de la conquista de la costa Atlántica Colombiana. La presencia de una aguerrida raza Caribe y las condiciones de una intrincada geografía en los alrededores del golfo del Darién dificultaron la construcción y establecimiento de las primeras ciudades de Tierra Firme en el Nuevo Mundo.

Primero vino San Sebastián de Urabá, ciudad de efímera existencia, situada en la costa oriental del Golfo, y en cuyas cercanías habitaban bravos indios que usaban flechas herboladas con mortales venenos. Santa María la antigua del Darién, fundada por Vasco Núñez de Balboa y el bachiller Fernandes de Enciso logró sobrevivir un poco más, aunque finalmente cedió a las pestes, el hambre y los conflictos internos. De ninguna de estas dos ciudades existe hoy el menor rastro.

El tema de Balboa tiene una singular importancia en los orígenes de nuestra historia. A la muerte de Alonso de Ojeda asumió el mando de los expedicionarios, de tal manera que puede decirse que fue el primer gobernante de la América española elegido por votación popular. Poco tiempo, sin embargo, pudo gozar de esta nueva clase de poder en medio de la lujuria del paisaje nativo. El nuevo Gobernador enviado por la Corona española, Pedro Arias Dávila, vendría a interrumpir su rápida y brillante carrera.

La historia de Balboa y Pedrarias se repite en otros casos y circunstancias en estos primeros años de conquista: es también la historia del enfrentamiento que se produce entre el adelantado Sebastián de Belalcázar y Jorge Robledo. La obsesión por mantener el dominio en enormes territorios, más grandes aún que la propia Península Ibérica, de la cual venían los contenedores, hizo que se desgastaran en guerras intestinas, como la que enfrentaron Almagro y Pizarro en el Perú, y tantos otros.

Esta situación de guerra civil y enfrentamiento constante volvió a producirse después de la Independencia de España. Aún en vida del Libertador Simón Bolívar, existieron rebeliones contra su gobierno, como la que encabezaron José María Obando y José Hilario López en el Cauca.

Durante el siglo XIX se vivió en un permanente estado de guerra civil. Los nacientes partidos políticos se enfrentaron en diferentes oportunidades, en las provincias o estados recién fundados y en conflagraciones que abarcaron todo el ámbito nacional. Las dos constituciones más importantes del período decimonónico, la "Constitución de Rionegro", proclamada en 1863, y la Constitución de Núñez y Caro, erigida en el año de 1886, nacieron de violentos enfrentamientos que dejaron el país bañado en sangre. La violencia y la muerte se enseñoreaban de campos y ciudades, como un estado normal de vida pública.

El siglo terminó con la guerra más desgastadora de todas: la llamada "Guerra de los Mil Días", acaecida entre los años de 1898 y 1901. A la sombra de esta guerra nefasta se perdió Panamá, que era un Departamento de Colombia y el país entero tuvo que soportar un atroz baño de sangre.

En nuestro siglo, la historia ha conservado esta constante de enfrentamiento y destrucción. En el año de 1948 el caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán organizaba manifestaciones contra la violencia, y ese mismo año caía acribillado un lluvioso viernes 9 de abril, después de lo cual surgió un levantamiento de hondas consecuencias en nuestra historia moderna, conocido como "El Bogotazo".

La ciudad fue incendiada, en importantes edificios de la zona central, en especial aquellos que representaban al poder o a aquellas instituciones contra las cuales se había expresado Gaitán en sus vehementes discursos. Después de la muerte del dirigente, sobrevino un período llamado de manera eufemística de: "La violencia en Colombia", pues más que un rasgo de esta época, la violencia ha sido una constante de la historia de Colombia.

En las últimas décadas esta violencia ha adquirido otros matices y características, al intervenir otros factores como el surgimiento de la guerrilla y en forma más reciente el narcotráfico. En estas condiciones, la muerte ya no es noticia, sino tan sólo un aspecto más de la vida cotidiana. Y otra vez, como al comienzo de estas líneas, ha sido la región del Darién y el Golfo de Urabá una de las más asoladas por la destrucción y la muerte.

Esta es la imagen de siniestros perfiles que se tiene de Colombia en el mundo entero. Pero aunque es verdad que el país

ha sufrido largos años de una guerra civil no declarada pero no por ello menos cierta, esta no es la única verdad de nuestra historia y nuestra identidad. También se trata de un país vital y creador, que ha enfrentado los más diversos retos con energía y coraje. Ante la muerte constante opone permanentes manifestaciones de vida y fiesta. El Carnaval forma parte de esta expresión que rechaza y niega el papel que la muerte intenta asumir una y otra vez como protagonista.

El tiempo y la historia se borran en el espacio del carnaval. No son más que máscaras y disfraces. Fantasmas que poco a poco han ido moldeando un carácter duro, tenaz y apasionado del colombiano, que con un recio temple está construyendo día a día un nuevo país, capaz de enfrentar los embates constantes del destino.

Carlos José Reyes
Bogotá, febrero de 1992

**RELATO DE DON FRANCISCO ARIAS DE
ÁVILA, CONDE DE PUÑONROSTRO,
SOBRE LO SUCEDIDO A SU ABUELO,
PEDRO ARIAS DÁVILA, LLAMADO
PEDRARIAS, GOBERNADOR DE
CASTILLA DE ORO:**

...“Que en Torrejón de Velasco, antes que pasase a las Indias, le llevaron por muerto en un ataúd a enterrar al Monasterio de Monjas de Nuestra Señora de la Cruz, jurisdicción de la corte, que está media legua del dicho Torrexón, adó mandó que le enterrasen por la devisión grande que tenía con aquel monasterio por haberlo Nuestra Señora mandado fundar, e puesto allí la cruz que está en la iglesia, con tener en la ciudad de Segovia el entierro tan honrado de su casa en el monasterio de la merced; e Nuestra Señora se lo pagó bien, pues estando en la iglesia del dicho monasterio de la Cruz, cuando le querían poner en la sepultura, abrazándose un criado suyo con el ataúd, sintió se meneaba el cuerpo, e abriendo el ataúd, le fallaron resucitado. E el ataúd, está puesto hoy día en la capilla mayor de la dicha iglesia, en lo alto de la pared, a la mano del Evanxelio.

E desdeste día acostumbró Pedrarias, cada año, a faser cabo de año el mesmo día que le subsedió ésto, fasciendo abrir una sepultura e metiéndose en ella, le descían oficios de réquiem. E también acostumbró, fasta que murió, traer consigo un ataúd e ponello en el aposento do estaba, porque le sirviese siempre de acuerdo de la merced que Dios le había fecho, e de traer este ataúd consigo debía proceder lo que ignorantemente ha escrito un autor moderno, de que cada día se metía en una sepultura e se fascía decir los oficios divinos e questo más parecía melancolía que cristiandad”.

Padre Severino de Santa Teresa.
“Historia documentada de la Iglesia
en Urabá y el Darién”.
Texto citado. Tomo I, pág. 179.
Biblioteca de la Presidencia de
Colombia. Bogotá, 1957.

BIBLIOGRAFÍA

- *Historia de las Indias*. Por Bartolomé de las Casas. Fondo de Cultura Económica. Biblioteca Americana (segunda edición). México, 1965 (3 tomos).
- *Historia documentada de la Iglesia en Urabá y el Darién*. Por el padre Severino de Santa Teresa (5 tomos). Biblioteca de la Presidencia de la República. Editorial Kelly. Bogotá, 1957.
- *Documentos inéditos para la historia de Colombia*. Coleccionados en el Archivo General de Indias de Sevilla por Juan Friede. Academia Colombiana de Historia. Editorial Kelly. Bogotá, 1955.
- *Summa de Geografía*. Por Martín Fernández de Enciso. Biblioteca del Banco Popular, núm. 55. Bogotá, 1974.
- *Descubrimiento y conquista de Colombia (1500-1550)*. Por Nicolás del Castillo Mathieu. Ed. Banco de la República. Bogotá, 1988.

CARLOS JOSÉ REYES

**EL CARNAVAL
DE LA MUERTE ALEGRE**

(Periplo de Balboa y Pedrarias)

“Anoche a la media noche
me vino la muerte a ver
y como la vi tan flaca
la estrellé contra la pared”.

Copla popular

“La Señora Muerte que se va llevando
todo lo bueno que en nosotros topa”

León de Greiff

PERSONAJES

EL MAROMERO
EL VIEJO
LA DAMA DE MAYOR EDAD
LA DAMA JOVEN
EL FLAUTISTA
EL SALTIMBANQUI
EL GUITARRISTA
EL TAMBORERO
UNA SIRVIENTA
LA MUERTE

Algunos enmascarados de la comparsa del carnaval
representan las figuras de:

DON CIPRIÁN, EL TABERNERO
EL CAPITÁN DÁVALOS
VASCO NÚÑEZ DE BALBOA
UN PREGONERO
UN MARINERO
SOLDADOS
UN CAPITÁN HERIDO
HOMBRES PERDIDOS EN LA MANIGUA
DIEGO DE NICUESA
ISABEL DE BOBADILLA
MARÍA DE PEÑALOSA
UN CRIADO
UN SACERDOTE
PEDRO ARIAS DÁVILA, PEDRARIAS
ANAYANSI
UN MENSAJERO
FRANCISCO PIZARRO
FRAY JUAN DE QUEVEDO
SOLDADOS ESPAÑOLES
INDIOS
ENCAPUCHADOS EN PROCESIÓN FÚNEBRE

1. EL RELAJO

El telón sube en lo oscuro. De inmediato comienzan a oírse rezos y cánticos fúnebres en voz baja. Entra una procesión, compuesta por una hilera de encapuchados que parecen llevar un ataúd, al formar la imagen de un gran sarcófago con una tela negra que tensan entre varios, dejando que los pliegues den la idea del volumen y el peso.

Los personajes marchan de un modo lento y solemne, llevando velas encendidas en sus manos. Después de dar una vuelta por el escenario, salen con el mismo sigilo, apagando las velas. Sólo uno de los personajes queda al fondo, de espaldas al público, procurando no llamar la atención.

Al momento, el ambiente cambia por completo. Suben las luces, mientras entra una comparsa carnavalesca. El contraste entre los dos grupos recuerda las guerras entre Carnaval y Cuaresma. El personaje que sigue al fondo parece una sombra, invisible para ellos.

Un tamborero, un guitarrista, un flautista, un maromero, un anciano que se tambalea, dos damas y una sirvienta que las sigue a cierta distancia, así como otros músicos y parranderos, han entrado bailando, tomados de la cintura, en una comparsa de carnaval.

Afuera se oye un gran estruendo, gritos y algarabía de bailes y pasos del carnaval que avanza por las calles.

El grupo que ha entrado a escena lleva un carrito en cuyo interior hay máscaras y disfraces. El maromero salta sobre él con la intención de iniciar el juego.

El grupo de personajes ha llegado a una calle solitaria, una encrucijada oscura y peligrosa en medio de los vericuetos de la ciudad.

La dama más joven mira hacia los alrededores con una expresión de desconfianza.

LA DAMA MÁS JOVEN. No me gusta este lugar. ¿Por qué no vamos a otra parte?

EL VIEJO. ¿Por qué lo dices?

LA DAMA MÁS JOVEN. No sé... No me gustan estas calles cerradas... Parece un callejón sin salida... Algo me dice que es un sitio peligroso...

EL FLAUTISTA. *(Que ha seguido la conversación.)* Hoy en día cualquier lugar es peligroso...

LA DAMA MÁS JOVEN. Tal vez... pero hay sitios donde una se puede sentir más segura.

EL FLAUTISTA. *(Con picardía.)* ¡En la cama!

EL MAROMERO. *(Con gesto obsceno.)* ¡Viva la vida, viva el amor, abajo la castidad!

Risas y aplausos. El viejo hace un gesto para hacerlos callar.

EL VIEJO. *(En un momento de calma.)* Aquí hay menos bulla y menos relajo. Tal vez podamos ensayar un poco.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡No me engañas, viejo pícaro! ¡Tú lo que quieres es ponerte a tomar hasta caerte! ¡Ya te conozco!

EL VIEJO. ¿Me atacas otra vez, vieja mañosa? ¡Yo por lo menos soy un maestro, que me he ganado la vida con decencia! ¡Mejor no me hagas hablar!

Risas, aplausos y chiflidos de los otros personajes.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. *(Encarándose al viejo.)* ¿Serías capaz de hacerlo?

EL VIEJO. ¡Sólo si me provocas!

LA DAMA MÁS JOVEN. Bueno. ¡Basta! No hemos venido aquí para esto. ¡Bastante bochinche ha habido últimamente para que ustedes sigan con sus peleas! De todos modos... no me gusta esta calle... me da miedo...

EL VIEJO. *(Con gesto inocente.)* No quiero discutir con nadie... Sólo propongo que ensayemos algo... Un sainete, una comedia...

EL FLAUTISTA. Pero, ¿qué quieres ensayar si no tenemos obra alguna?

EL SALTIMBANQUI. ¡Un juego libre!

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Un baile!

EL GUITARRISTA. ¡Una comedia musical!

EL VIEJO. Lo que sea... Lo inventaremos sobre la marcha... No importa que no tengamos texto escrito.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Delirios de alcohólico!

EL VIEJO. ¿Otra vez? Vieja P...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Vuelve a decir eso y...

EL SALTIMBANQUI. ¡No más guerra! ¡Estamos en Carnaval! ¡Es hora de hacer una tregua! ¡Se acabaron los disparos al aire! ¡Viva la vida! ¡Viva el juego! ¡Abajo los discursos! Prefiero la memoria de mi propio cuerpo...

El saltimbanqui da algunos saltos e inicia una pantomima. Los demás lo secundan con risas y palmoteos, tratando de evitar la pelea de los mayores.

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Esto es un relajo! Deberíamos ir al club.... Cada vez que tengo un presentimiento, algo malo sucede...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. *(A la más joven.)* Con tantos remilgos, no debiste salir de tu casa, muchachita.

LA DAMA MÁS JOVEN. Soñé que en la oscuridad de la noche una multitud silenciosa marchaba a paso lento con cirios encendidos...

EL FLAUTISTA. ¡Por favor! ¡Que no se nos dañe la noche! Más bien inventemos un juego...

EL GUITARRISTA. Tal vez el mejor juego consista en que cada uno haga lo que más le guste. El que quiera cantar que cante y el que quiera bailar que baile. *(Toca algunos acordes con su guitarra, insinuando pasos de danza. El tambor y la flauta lo siguen.)*

EL VIEJO. (*Levanta los brazos para detener la música.*) ¡No! ¡Esperen! Eso no es lo que yo estaba diciendo. Si vamos a jugar, que sea en serio...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Cómo en serio? ¡No te vayas a poner pesado!

EL VIEJO. Ustedes no me entienden. Quiero jugar a representar una obra diferente, que no sea un simple invento de la imaginación. Algo tan real como la vida misma. Pongan atención: la Muerte se nos ha llevado a mucha gente.

LA DAMA MÁS JOVEN. La Muerte... ¡Qué miedo!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Otra vez con el tema! ¡Es un obsesivo! ¡Está llegando al *delirium tremens*!

EL SALTIMBANQUI. (*En falsete, en medio de sus piruetas*):
¡Anoche a la media noche
me vino la Muerte a ver,
y como la vi tan flaca,
la estrellé contra la pared!

(*Aplausos de los demás.*)

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Es verdad: el muerto al hoyo y el vivo al bollo...

EL VIEJO. No, no. ¡Esperen! No hay por qué tener miedo... Ustedes mismos lo dijeron: en tiempo de Carnaval puede haber una tregua, para pedirle a la Muerte que nos devuelva a algunos de los que ya no se hallan en este mundo...

LA DAMA MÁS JOVEN. ¿A la Muerte? (*Con una actitud de rechazo.*) ¿Está loco? Aunque cada día esté más cerca de ella, es mejor no mencionarla.

EL VIEJO. Estamos en carnavales, ¿no? Es la única época del año en que podemos dejar salir lo que llevamos dentro...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Basura! ¡Porquería!

LA DAMA MÁS JOVEN. Y si es así, ¿por qué piensa entonces en llamar a la Muerte?

EL VIEJO. Porque, en medio del general relajamiento que vivimos, creo que la Muerte es la única que puede poner orden. ¿Acaso no es lo que ha sucedido siempre entre nosotros?

LA DAMA MÁS JOVEN. Es una locura, pero si llega a ser cierta, ¿quién la va a llamar? Porque yo no quiero verla.

EL GUITARRISTA. Tampoco yo.

EL TAMBORERO. Y yo menos.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. (*Señalando al anciano.*) ¡Él lo hará! Si lo ha propuesto con tal convencimiento, es porque la flaca pelona le resulta familiar. Por eso tiene que llevar su tétrico juego hasta las últimas consecuencias. Pero los demás, ¿qué velas tenemos en ese entierro? ¡Que la llame él!

Todos apoyan la propuesta diciendo: "¡Sí, sí, que lo haga, que lo haga!", al ritmo del tambor. Ensayan pasos de danza como si no se tratara más que de una broma macabra.

EL VIEJO. Está bien; voy a hacerlo. ¡Pero que nadie se corra cuando ella venga!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. No va a venir. ¡Estás loco!

EL VIEJO. Eso lo veremos ahora mismo. (*Llamando a voces*): ¡Señora Muerte! ¡Señora Muerte!

La figura que se hallaba de espaldas al fondo de la escena, agachada para no llamar la atención, se levanta y se vuelve hacia los personajes, con naturalidad. Es la propia Muerte, que venía acompañando la procesión fúnebre que antecedió a la comparsa de carnaval.

LA MUERTE. ¿Quién quiere jugar conmigo? Si me llaman, aquí me tienen. (*Ondeando su guadaña.*) ¿Alguien quiere bailar la danza del Garabato?

La escena queda en una penumbra azulada, mientras la flaca figura de la Muerte, con su guadaña y una mueca sonriente, como las calaveras de Guadalupe Posada, ha llegado de un salto al centro de la escena. Una luz cenital deja ver las líneas fosforescentes de sus huesos. La calavera de la Muerte puede ser una mascarilla de mano, como las que se usaban en los carnavales de Venecia. La Muerte, de traje largo o con una llama en la cual se insinúan los huesos del esqueleto, debe ser una hermosa mujer, alta y de figura delgada pero, naturalmente, muy pálida. El anciano, venciendo su temor, da un paso adelante, mientras los demás han retrocedido.

EL VIEJO. Yo la llamé, Señora, pero con otra intención.

LA MUERTE. ¿Qué otras intenciones se pueden tener conmigo?

EL VIEJO. (*Respetuoso.*) Lo único que quiero pedirle... es que nos devuelva parte del tiempo de algunos a los que tiene en su oscura morada... Mire, no me interprete mal: es sólo para recordar, aunque sea en una mínima parte, sus historias...

LA MUERTE. (*Da dos o tres vueltas sobre sí misma, blandiendo su guadaña, muy extrañada. Al mismo tiempo emite un chillido que aterra a todos menos al viejo.*) ¡Ahhh! ¿Qué clase de proposición es esa?

EL VIEJO. No se enoje, Señora, pues sólo se trataría de un préstamo.... Y no por mucho tiempo.

LA MUERTE. ¡Qué ingenuos son los mortales! ¡A pesar de su larga historia, nada aprenden! Jamás de los jamases se habían atrevido a proponerme tal disparate...

EL VIEJO. (*Intentando bromear con la Muerte.*) Pero por la misma razón, como es algo fuera de toda lógica, ¿no es atractivo para usted? Los que estamos más acá de la raya vivimos en constante perplejidad frente a sus arranques intempestivos; por una vez, ¿no sería posible que le diera la vuelta a su cuenta?

La Muerte suelta una carcajada. Las mandíbulas de su máscara se baten como boca de títere de guante. Los huesitos parecen sonarle como campanillas.

LA MUERTE. El que nos oyera hablar, pensaría que esto no es más que un juego de palabras. Pero... ¿es que acaso en cualquier historia hay algo más que un juego de palabras? (*Con entusiasmo.*) ¡Muy bien! ¡Si sólo se trata de jugar, juguemos! Comienzo a entender la propuesta de este viejo y estoy dispuesta a complacerle.

EL VIEJO. ¿Qué dice usted, Señora? ¿De veras es la Muerte?

LA MUERTE. (*Sonriendo, seductora.*) ¿Qué cree?

EL VIEJO. ¿Y sería capaz? ¿Se atrevería?

LA MUERTE. ¿Y por qué no? ¡Yo tampoco tengo mucho que perder! Pero no olviden que como una excepción, esto lo hago en calidad de préstamo temporal y únicamente por el tiempo que dure esta función. Luego, sólo la lucha contra el olvido podrá conservar una brizna de esas imágenes. *(Se envuelve en su capa.)* Ahora me voy, pero volveré muy pronto. Mientras tanto, pónganse de acuerdo qué voces quieren oír y qué clase de historias recordar... ¡El resto es silencio!

Sale la Muerte y vuelve a cambiar la luz; ahora todos se miran como si hubieran despertado de un mal sueño.

LA DAMA MÁS JOVEN. ¿Qué fue eso? ¡Un espanto, un aquelarre! ¿O sólo una broma pesada?

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Nada más que eso. Sólo se trataba de una máscara de carnaval.

EL VIEJO. ¿Está segura?

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Quién sabe! Pero en todo caso. ¡No me gusta! Sería preferible volver a cantar y bailar... Olvidarnos de este mal momento y regresar a la fiesta... *(A los músicos.)* ¡Toquen algo!

Los músicos lo hacen, como para vencer el miedo.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Eso está mejor!

LA DAMA MÁS JOVEN. *(Incómoda ante la presencia de la otra joven, que ha permanecido retirada a un lado, observando la acción.)* ¿Y a esa quién la invitó?

LA DAMA DE MAYOR EDAD. *(Molesta por la pregunta, mientras se vuelve a mirar a la silenciosa joven.)* Ah... yo la traje, por si se me ofrece algo... Es mi sirvienta.

EL VIEJO. *(Quien está al lado de ellas, habla con picardía.)* ¡Claro! La Marquesa del Arrabal no puede estar sin su damisela de compañía...

LA DAMA MÁS JOVEN. No me gusta que nos esté mirando todo el tiempo esa indiecita... ¡Me molesta! Yo mejor me voy a otro lado...

EL VIEJO. No. Un trato es un trato. Ustedes lo pidieron y ya no es hora de arrepentirse. Tenemos que continuar con esta historia.

EL SALTIMBANQUI. *(Dando un nuevo salto, como para no entumecerse.)* ¿Y qué historia es esa? ¡Hasta ahora no hay ninguna!

EL VIEJO. *(Rápido, tratando de que sus compañeros no vayan a perder el interés en el juego.)* Pero podemos construirla... buscar los personajes adecuados y volver a vivir algunos de los episodios que nos pueden interesar...

EL SALTIMBANQUI. ¿Cuáles?

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡El comienzo de este siglo! ¡O los años veinte! Me gustan la moda, los sombreros, los peinados, los bailes y la tranquilidad que entonces se vivía...

EL VIEJO. Entre dos guerras...

EL FLAUTISTA. *(Al guitarrista.)* Quiere volver a sus años de juventud...

EL VIEJO. ¡Ja! No creo que su juventud fuera tan tranquila... *(Bebe.)*

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Borracho apestoso!

EL VIEJO. ¡Usted apesta en otra forma, por más perfume que se eche encima!

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Basta! ¡No más peleas! Si vamos a escoger una época, yo quisiera regresar a los tiempos de la Independencia. Entonces, por lo menos, había héroes de verdad, y las mujeres eran más liberadas.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Liberadas? ¡Ja!

EL VIEJO. Vamos más atrás... y fijemos un límite: la llegada de los conquistadores y la construcción de las primeras ciudades de Tierra Firme...

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Qué pesado! *(Bostezando.)* ¡Me da sueño!

EL FLAUTISTA. *(Acercándose a la dama joven, con intenciones seductoras, acariciándole el pelo y la espalda.)* Despierta, querida... Depende de qué clase de conquista se trata... *(Intenta atraerla hacia sí, con intenciones de besarla.)*

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Suéltame! ¡Atrevido! ¿Qué estás creyendo?

EL FLAUTISTA. Pensé que tenías ganas de divertirme...

LA DAMA MÁS JOVEN. Tal vez, pero no así... Por lo menos, no contigo...

EL FLAUTISTA. ¡Mojigata!

LA DAMA MÁS JOVEN. No creas que soy una conquista fácil. ¡Búscate otra! (*Señala a la sirvienta de la dama más vieja.*) ¿Qué tal aquella? Te ha estado mirando todo el tiempo...

EL FLAUTISTA. (*La mira y le sonríe.*) No está mal... Es una buena idea...

El flautista se dirige a la sirvienta e inicia con sonrisas los juegos de seducción. La dama más joven se molesta, pero lo disimula y vuelve a bostezar.

EL TAMBORERO. (*Redobla su tambor al lado de la joven.*) ¡Despierta! Si comienzas así, nos va a dar sueño a todos...

EL GUITARRISTA. ¡Abre los ojos! (*Toca su guitarra.*)

EL FLAUTISTA. ¡Sigamos con la fiesta, que si una puerta se cierra, muchas ventanas se abren! (*Le guiña el ojo a la sirvienta, mientras toca la melodía en la flauta y lo acompañan los otros dos. La dama más joven baila con el saltimbanqui. El flautista da vueltas insinuantes alrededor de la sirvienta, que se muestra nerviosa y divertida.*)

EL SALTIMBANQUI. Así está mejor.

EL VIEJO. (*Entrando en el juego, para que no decaiga el ánimo; después de beber un nuevo sorbo de su botella.*) Sí, así está mejor; sigamos con la fiesta, y si vuelve la Muerte, ¡que se nos presente por delante y no nos caiga por detrás, y deje con nosotros a algunos de los que se llevó y así haremos la representación!

Fuera de escena se escuchan descargas que semejan disparos de cañón o fuego cruzado de ametralladoras.

EL FLAUTISTA. ¿Qué es eso?

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Disparos! ¿No dijeron que había tregua con el carnaval?

EL VIEJO. No son disparos... Es pólvora... ¡Voladores!

Se escucha una descarga aún más fuerte.

EL SALTIMBANQUI. ¿Está seguro?

EL VIEJO. *(Abre los brazos, con gesto ambiguo.)* En estos tiempos no se puede estar seguro de nada...

Cambian los sonidos. La Muerte vuelve a aparecer, precedida de una fanfarria entre cómica y grotesca, con algunos tintes sombríos, ma non troppo.

EL VIEJO. Queremos saber quiénes somos... Cómo nos formamos como pueblo... Pero los personajes pueden ser los que usted diga... ¡Al fin y al cabo es la dueña!

LA MUERTE. ¡Dueña! ¡Dueña! ¿Y para qué me sirven esos despojos miserables? El juego es de ustedes... y si de veras quieren regresar a las viejas historias, tienen que verlas con nuevos ojos, o permanecerán en las sombras, entre mármoles y epitafios...

EL VIEJO. *(Con tono suplicante.)* ¡No prolongue la espera! ¡Devuélvanos aunque sea una parte de esos seres, Señora!

LA MUERTE. ¿Una parte? *(Ahora muestra su rostro de mujer y sonríe, con aire seductor.)* Muy bien. ¡Aquí tienen! *(Le entrega al viejo un envoltorio.)*

EL VIEJO. *(Recibe el envoltorio, pero no se decide a abrirlo.)* ¿Qué es?

LA MUERTE. Usted es el curioso. ¡Averígüelo! *(Gira el cuerpo, dando una vuelta en su capa y desaparece de nuevo. Todos los personajes a tiempo):* “¿Qué es? ¿Qué es?”. *(El viejo abre.)*

EL VIEJO. ¿Que qué es? ¡Un dedo!

Voces y sonidos de admiración.

LAS DOS DAMAS. *(A la vez.)* ¿Queéé?

EL VIEJO. *(Repite con naturalidad.)* Un dedo, solo eso...

EL SALTIMBANQUI. (*Mirando los propios dedos de su mano.*) ¿Un dedo? ¿Y qué significa?

EL VIEJO. (*De nuevo se muestra decepcionado.*) Le pedí aunque fuera una parte de esos seres a los que se ha ido llevando sin compasión, pero no pensé que fuera tan tacaña... ¡Ah, Muerte avara, que todo se lo lleva y tan poco nos devuelve!

La fanfarria lúgubre y grotesta trae de nuevo la figura de la Muerte.

LA MUERTE. ¡Qué malos lectores son! ¡Y qué poco curiosos! No se interrogan de quién era ese dedo ni qué señalaba...

LA DAMA MÁS JOVEN. ¿Trata de jugar a las adivinanzas?

EL VIEJO. Quisiéramos, Señora, algo menos abstracto...

LA MUERTE. (*Con una risa chillona y grotesca.*) ¡Ja! ¿Algo abstracto llama usted a un dedo? ¿Pero no se ha fijado, Señor en lo que hace? (*Elevando el dedo con gesto solemne.*) ¡Es nada menos que el dedo de Su Santidad, el Papa Alejandro VI, que partió en dos el Nuevo Mundo entre españoles y portugueses y con esa misma mano y ese mismo dedo bendijo los descubrimientos y conquistas de las tierras de Indias!

LA DAMA MÁS JOVEN. Demasiado trabajo para un dedo. ¡Tuvo que quedar agotado!

LA MUERTE. (*Volviéndose hacia la dama joven, le habla con tono irritado.*) ¿Qué está diciendo, señorita? Con tal irreverencia, no puedo prestarme a juego alguno. Ni siquiera en esta tierra, donde la Muerte y la irreverencia parecen ir todo el tiempo de la mano.

EL VIEJO. (*Intercediendo en favor de la joven.*) Excúsela, Señora. Es muy joven y, por tanto, aún no le tiene respeto a las cosas sagradas y venerables... Pero déjeme decirle que todos estábamos esperando algo más que un dedo...

LA MUERTE. (*Aún furiosa.*) ¿Algo más? ¿Y como qué?

Las dos damas ríen con picardía. La tercera esconde la cabeza entre las manos, con un gesto de vergüenza, mientras el flautista la pellizca con intención seductora.

EL VIEJO. (*Se adelanta, con un gesto de preocupación.*) Digo, no un dedo, sino algo que nos hable con menos enigmas, para que podamos reconstruir la historia sin tanta dificultad.

LA MUERTE. *(Siempre tan fanática.)* ¡Reconstruir la historia es imposible!

EL SALTIMBANQUI. Tal vez entera no se pueda, pero un pedazo, un fragmento... *(Da un salto acrobático sobre sus propios brazos y luego respira con dificultad.)* No la "Historia" con mayúscula, que es mucha pretensión, sino apenas... ¡Una historia! ¡Devuélvanos a algunos de los que se ha llevado!

LA MUERTE. Devolverlos es imposible. Lo hecho, hecho está. Puedo, nada más —y creo que eso ya es mucho— prestarles sus fantasmas, sus apariencias... Pero sólo por una noche... Por el tiempo que dure la representación...

LA DAMA MÁS JOVEN. *(Con gesto de decepción.)* ¿Sólo eso?

LA MUERTE. *(Contundente.)* Nada más. Efímero es el teatro, aún más breve que la vida. Un momento luminoso en medio de las sombras.

EL VIEJO. Muy bien: que sea entonces un poco de teatro.

LA MUERTE. ¿Quieren una representación? ¿Qué les preste a sus antepasados? Entonces hagan silencio y pongan atención. Los personajes que aparezcan hablarán de los sucesos de ayer pero con las palabras de hoy, para que puedan entenderse sin tantas arandelas ni culteranismos...

EL VIEJO. Está bien, Señora. Usted pone las reglas del juego.

LA MUERTE. Gracias. En efecto, eso voy a hacer. Me gusta que se reconozca mi antigüedad y mi experiencia en estas lides... Por eso pongo como condición que por ningún motivo y pase lo que pase interrumpen el juego una vez haya comenzado. Sólo yo tengo ese derecho.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Está bien; aceptamos...

LA MUERTE. ¡No lo olviden! *(En tono amenazante, levantando su guadaña.)* Y ahora fuera, salgan de aquí para que cambie la escena... *(Como anunciando el título del siguiente episodio.)* A partir de este momento estamos en la isla de "La Española", a comienzos del siglo XVI...

Salen los personajes; se escucha una fanfarria que crea un ambiente más divertido que el de las escenas anteriores. Un grupo de utileros coloca mesas y bancas rústicas, construyendo una taberna en la isla de "La Española".

Todo el tiempo continúa al fondo la imagen de la lóbrega callejuela de suburbio urbano con la que comienza la obra.

Los tiempos históricos se confunden en el espacio intemporal de la fiesta del carnaval.

Las transformaciones se producen en la utilería, trajes y otros implementos, pero todo el tiempo es el carnaval el que prosigue. Los personajes que no intervienen en las escenas, observan como público, tocan instrumentos musicales o se cambian de vestuario para las escenas siguientes.

Los tonos de voz, gestos y actitudes van señalando las diferencias entre los personajes del presente o del pasado que son representados.

Sólo la Muerte conserva su identidad y nunca cambia de personaje.

2. EL JUGADOR DEL BARRIL

Don Ciprián, el tabernero, el capitán Dávalos y Vasco Núñez de Balboa, están dedicados al juego de naipes. Balboa está ganando y se muestra muy complacido. La Muerte se va acercando, colocándose a sus espaldas, observando su juego. Vasco Núñez es encarnado por el flautista, y los demás por otros de los parranderos de la comparsa.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Barajando el naipe.)* ¡Por fin la buena suerte me acompaña! ¡De seguir así, no sólo podré pagarles cuanto les debo, sino que lograré que sean ustedes los que tengan que cancelarme una buena suma!

CAPITÁN DÁVALOS. *(Con gesto avinagrado.)* ¡Aún no es tiempo para que cante victoria! ¡Mire mis cartas!

Dávalos pone sus cartas sobre la mesa, creyendo que va a superar a Balboa; este sonríe y de inmediato pone las suyas.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Mire usted los míos! *(Al tabernero.)* Ahora sí quiero que me sirva una buena garrafa de vino rojo. Ya no tiene argumentos para negarse.

DON CIPRIÁN. ¿Qué me dice, señor? ¡Todavía poseo muchas cuentas suyas anotadas en mi cuaderno!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Vasco Núñez de Balboa! ¡Recuerde que tengo nombre! Además, si aún le debo algo, pronto podremos restar cuanto numerito haya anotado, y será usía el que me quede debiendo...

DON CIPRIÁN. ¿Tanta confianza tiene en su buena estrella?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Cómo si me lo hubiese revelado una antigua pitonisa! ¿Qué dice entonces de la garrafa?

DON CIPRIÁN. Esperemos a ver qué pasa en la próxima mano...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Con gesto de satisfacción.)* Estoy tan seguro de ganar, que voy por el doble...

Vuelve a repartir el juego; observa el suyo con satisfacción.

CAPITÁN DÁVALOS. Cuidado, señor Balboa... Recuerde que seguro mató a confianza...

La Muerte inclina la cabeza y observa con detenimiento el juego de Balboa. Cambia una de sus cartas y de este modo modifica su destino.

LA MUERTE. *(Sin que nadie la escuche.)* En la vida no se puede estar nunca seguro de nada...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Extrañado.)* ¿Cómo? ¿Qué es esto?

DON CIPRIÁN. *(Tras una incómoda pausa de Balboa.)* ¿Y su juego? ¿Por qué no destapa las cartas?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Aquí están...

DON CIPRIÁN. *(Con una amplia sonrisa.)* Y estas son las mías. ¡Ahora me debe el doble de lo apostado!

CAPITÁN DÁVALOS. *(También pone las suyas sobre la mesa.)* Y a mí también...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Es raro... Un mal aire cambió el juego...

DON CIPRIÁN. ¿Ah, sí? Se me alcanza que "el caballero" no es buen perdedor...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. En esta vuelta volví a caer, pero en la próxima me recuperaré.

DON CIPRIÁN. ¡No habrá próxima!

(La Muerte aplaude.)

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Cómo! ¿No me van a conceder el desquite?

DON CIPRIÁN. ¡Ah, no! ¿Qué se ha creído usted? No pretenderá que sigamos una y otra mano hasta que se recupere del todo.

DÁVALOS. (*Levantándose.*) Por mi parte, esto se acabó. (*Estirando la mano hacia Balboa.*) ¡Pague sus deudas, señor!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Levantando los brazos.*) ¡No tan rápido! Entiendo que estén cansados... Se nos ha pasado el tiempo sin darnos cuenta... Pero en justicia estimo que deben darme una segunda oportunidad...

DON CIPRIÁN. ¡Ah, no, amigo mío! Ya he oído ese cuento varias veces... (*Abriendo los folios donde tiene sus anotaciones.*) Vamos a ver... Ya me debe... Más de 200 castellanos... ¡No puedo darle más crédito!

DÁVALOS. ¡Ni yo!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Con un gesto de picardía, mientras abre los brazos en señal de impotencia.*) ¿Y qué puedo hacer? La verdad es que no dispongo de moneda alguna!... Ni castellanos ni maravedises.

DÁVALOS. El asunto puede quedar así no más. Las deudas de juego son tan sagradas como un juramento ante la Hostia.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Pero ya les dije que no tengo un céntimo. Si parece que oyeran aún menos que don Pedro Portocarrero, Señor de Moguer, en cuya casa serví, y a quien apodaban "el sordo".

DON CIPRIÁN. (*Cruza los brazos y adopta un aire serio y autoritario.*) Está bien: no será dinero por lo pronto. Pero tendrá que cubrirme con trabajo hasta el último cuartillo que me adeuda...

DÁVALOS. ¿Y a mí? ¿Qué pasa con lo que me debe a mí?

DON CIPRIÁN. (*Se lleva la mano al bolso y entrega unas monedas al capitán.*) Yo respondo con esto, capitán Dávalos, que entre perderlo todo y salvar algo, puede darse por bien servido...

DÁVALOS. (*Contando las monedas.*) No es mucho, en verdad. ¡No cubre ni siquiera un tercio de la deuda!

DON CIPRIÁN. Pues considérelolo como un adelanto y exíjale el resto a este desgraciado una vez me haya cancelado cuanto me debe... Que no son sólo cuentas de baraja, sino también la comida y bebidas de las que ha dispuesto en esta venta, respondiendo tan sólo con sus gracejos y decires...

DÁVALOS. (*Guardando las monedas.*) Sea, si no hay otro recurso...

Sale el capitán Dávalos, mientras el tabernero da instrucciones a Balboa sobre las tareas que debe cumplir.

Afuera, en lo que se supone es la calle, cruza un pregonero anunciando la próxima partida de una expedición a tierra firme. Es el mismo tamborero, quien ha representado al capitán Dávalos, y quien ahora se coloca una máscara para encarnar al pregonero.

PREGONERO. (*Dando golpes a su tamboril.*) El señor bachiller Fernández de Enciso llama a los vasallos de sus Majestades de Castilla y Aragón que hayan venido a parar a esta isla de La Española, y que quieran embarcarse en la próxima expedición a Tierra Firme. Las gentes de Castilla tienen pasaje franco, pero no aquellos que sean extraños a los reinos de sus Majestades Católicas, moros o judíos, o bien gentes de otras parlas distintas a la castellana, así como quienes hayan cometido algún delito, o tengan cuentas pendientes con la justicia o deudas con los particulares...

Sale el pregonero, aumentando el ritmo de su redoble. Vasco Núñez ha estado muy atento al anuncio del pregón, pero el tabernero, que no ha dejado de observarlo, arroja un baldazo de agua fría sobre sus ilusiones.

DON CIPRIÁN. ¡Deje esos sueños, Vasco Núñez, que en mucho tiempo no podrá conseguir licencia para salir de esta isla!

Balboa limpia el piso con sorna, sin responder a las palabras del tabernero, quien se ha convertido por obra y gracia de las deudas de juego, en su amo y señor.

El bachiller Martín Fernández de Enciso entra a la taberna en compañía de otros dos hombres. Don Ciprián se esmera en atenderlos, mientras Balboa pone mucha atención a lo que dice el letrado.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. Sirva unas buenas copas de clarete para todos, señor tabernero, que tenemos el gaznate más seco que estopa...

DON CIPRIÁN. Muy bien, señor bachiller... (*Con tono autoritario, a Balboa...*) ¡Pronto! ¿No has oído las palabras del honorable Señor Letrado? ¡Trae clarete para todos!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Sí señor.

Balboa sale en busca de las jarras de vino, al tiempo que Enciso y sus compañeros se sientan frente a la mesa.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. No soy muy ducho en estos asuntos de marinería, y por eso conviene que nos acompañen pilotos experimentados... Puedo trazar un mapa y leer una carta de navegación, pero no sabría qué hacer en un temporal si el barco sufriera alguna avería...

LA MUERTE. *(Quien permanece a un lado, como una especie de directora de escena.)* Pero yo sí... *(Se frota las manos con un gesto de satisfacción y vuelve a esconderse.)*

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Regresando.)* ¿Dónde está el clarete?

DON CIPRIÁN. *(Con tono despectivo.)* ¡Pero cómo! ¡Estúpido! ¡Incapaz! ¿No conoce una bodega? ¿Es tonto, o quiere parecerlo? Baje por aquella escalera y donde vea un montón de toneles, allí es. ¡Y no me diga ahora que no sabe distinguir cuál es el vino clarete y qué es un tonel!

Risas de los presentes. Tema musical picaresco. Aparece Balboa con las jarras y luego todos salen, mientras la taberna se transforma en la nao capitana de la expedición de Enciso.

MARINERO. *(Anunciando la partida.)* ¡Una que se ha desatado y dos que ondean al viento! ¡Que buena mar tengamos libre de trueno y de tormenta! ¡Que el Señor proveerá para que un buen viaje hagamos!

LA MUERTE. *(Agitando su capa.)* Vayan, vayan, que por ahora estoy en tregua... Mientras no me hagan trampa, no tienen nada que temer...

3. EN ALTA MAR

Ahora el bachiller Fernández de Enciso mira con su catalejo hacia la mar océano. Se han tendido velas y cambiado luces, para dar la idea del inicio de la travesía. Al lado de las cuerdas y maderas de una rústica carabela, se observa un tonel que parece natural en el conjunto de aparejos de navegación. Los otros miembros de la comparsa baten las olas de tela del mar de carnaval.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. Aún dista de la tierra una buena extensión de mar y es el tiempo justo para pensar si conviene seguir adelante o retroceder...

MARINERO. *(Quien ahora se coloca al lado del bachiller Enciso.)* ¿En serio quisiera dar marcha atrás, señor?

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡Desde luego que no! Es tan solo una suposición que siempre hay que tener presente...

MARINERO. *(Tratando de interpretar lo que Enciso observa por el catalejo.)* ¿Falta mucho, señor bachiller?

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¿Mucho para qué?

MARINERO. Para llegar, desde luego...

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¿Y llegar a dónde? ¿Cómo quieres que tenga una respuesta si aún no sabemos siquiera a dónde vamos?

En ese momento se escucha un ruido y por un instante parece como si el barril que hay al lado de los personajes se moviera.

MARINERO. ¿Qué fue eso? ¡Hay alguien ahí!

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¿Qué dices? ¿Fantasmas en plena mar? ¡Cosa notable sería! Cuídese, muchacho, que en estos trances son frecuentes las alucinaciones...

MARINERO. No son alucinaciones ni pesadillas, Señor, pues no sólo he podido apreciar un ruido, sino también sentir muy cerca de nosotros algo así como una respiración humana.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¿Dónde?

MARINERO. Tan cerca, que me parece que somos tres y no dos los que nos encontramos aquí.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. Será mejor que vaya a descansar, joven... Hay personas a las que la inmensidad del Océano crea trastornos en su mente...

MARINERO. No, de veras. (*Observando con cuidado todo cuanto lo rodea, poco a poco se va acercando al tonel que se encuentra no muy lejos de allí.*) No creo que se trate de ningún fantasma, sino de un ser viviente, muy de carne y hueso...

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¿De veras? ¿Y con capacidad para volverse invisible?

Enciso se burla del marinero, pero éste, que ya se ha dado cuenta de la presencia del polizón, se prepara para darle la sorpresa a su letrado capitán.

MARINERO. ¿Me daría vuesencia un pequeño reconocimiento o favor cuando lleguemos a tierra, si le presento al fantasma que no quiere dejarse conocer?

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡Todas las prebendas y beneficios que sean de la misma materia del fantasma de marras!

Ríe Enciso a carcajadas. En ese momento el marinero destapa el barril, y con un gesto de picardía, Balboa, que se hallaba oculto allí, se ve forzado a levantarse.

MARINERO. Pues aquí lo tiene, señor bachiller, tan de cuerpo presente como usted o como yo.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. (*Sin salir de su asombro.*) ¿Cómo? ¿De dónde sale este entrometido?

MARINERO. (*Con tono burlón.*) De ahí mismo, Señor. De ese tonel. Y no me dirá que no me he ganado un premio en buena ley...

El bachiller saca unas monedas de su bolsa y se las da de mala gana al marinero.

Enciso se encara a Balboa, y de ahí en adelante, sean cuales fueren las circunstancias, ya nunca podrá tener con él otra relación que no sea la de la rivalidad.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. *(A Balboa.)* ¿Cómo hizo para meterse ahí? *(Mirándolo con mayor detenimiento.)* ¡Oiga! ¿No lo he visto a usted en alguna parte? Su rostro no me es desconocido...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Buscando la forma de salir de una situación tan embarazosa.)* Creo que me quedé dormido y me debieron subir a este barco pensando que el tonel estaba lleno de vino...

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡Vino! ¡Ahora lo recuerdo! Usted era el pícaro del clarete, en la taberna de Don Ciprián, en "La Española".

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Quien aún permanece en el interior del tonel, en una posición en extremo incómoda.)* Le juro que contra mi voluntad, señor bachiller.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡Pues no se dirá de mí que traje en mis barcos a prófugos y delincuentes! ¡Pronto! Arrojen a ese hombre al mar, pues nadie lo ha visto ni lo ha oído. ¡En mi expedición no creemos en fantasmas!

Dos o tres marineros se abalanzan sobre Balboa y lo levantan, sacándolo del barril, con la intención de tirarlo al mar. De pronto, se escuchan ruidos de truenos y centellas y del océano salta hacia cubierta la figura de la Muerte, deteniendo la acción.

LA MUERTE. ¡Alto! ¡Interruptus! ¡Esperen! ¡Aún no es tiempo!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Quien parece ser el único que consigue verla.)* Gracias, señora...

LA MUERTE. No cante victoria, que ya le llegará el momento, y entonces no habrá broma ni gracejo que valga...

El viejo, seguido por la dama joven y la dama de mayor edad, se dirige hacia la Muerte sin que los personajes del pasado se den

cuenta de su presencia. Los tres personajes miran hacia el barco desde afuera, como si contemplaran los toros desde la barrera.

EL VIEJO. *(Con gesto de conferenciante de cátedra magistral.)* Perdóneme, señora, pero debo decirle, como profesor de Historia, que ese episodio está mal contado...

LA MUERTE. ¿Quéee? ¡No soy historiadora, señor maestro! Sólo dejo que regresen algunos fantasmas del pasado, y ellos verán qué hacen... ¿Qué es lo que está mal contado?

EL VIEJO. En ese cuento falta el perro, Leoncico, que según los textos del bachillerato, venía en el tonel con Balboa...

LA MUERTE. ¡No pretenderá ahora que me ponga a resucitar perros y gatos, micos y papagayos! ¡Creo que está abusando de mi paciencia, señor! Además... ¿Usted no tiene sus dudas sobre esa historia, profesor? Por lo que parece, no se trataba de ningún perrito faldero, sino de un enorme mastín, de grandes colmillos, de los que se usaban para aperrear a los indios... ¿Cree acaso que haya podido viajar en ese mismo tonel con Balboa?

EL VIEJO. No lo sé... Nunca había pensado en eso...

LA MUERTE. Porque ustedes, maestros, terminan tragando entero lo que digan las historias oficiales, y así lo enseñan... Pero si tanto interés tiene en revivir el pasado, deje que siga la acción, sin tantas interrupciones...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. *(Aplaude.)* ¡Bravo! Está bien que se le llame la atención a este viejo, que siempre quiere tener la última palabra en todo...

El viejo y la dama de mayor edad intercambian una mirada fulminante.

LA MUERTE. Ahora volvamos a Balboa, a ver qué sucede con su vida...

La Muerte le pone una mano en el cuello a Balboa, como un presagio del futuro, y sale de escena. El viejo y las mujeres hacen lo propio. Los personajes del pasado recobran vida y movimiento.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. *(Mirando a su alrededor, como si hubiera escuchado el eco de algo.)* ¿A quién le ha-

bla? Hay acaso otros fantasmas y aparecidos por estos lados? ¡Pues no pagaré más por ellos, si los hubiere! ¿Pretende burlarse de mí?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Jamás cometería una imprudencia semejante! Créame, señor bachiller, que puedo prestarle mejor servicio vivo que muerto...

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. No necesito de sus servicios...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. No digo eso... En las condiciones de una peligrosa aventura como la que hemos emprendido, ninguna ayuda es despreciable, sobre todo si se ofrece en el momento oportuno...

LA MUERTE. *(Asoma la cabeza; hacia el público.)* El pobre ingenuo cree que es asunto suyo. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. No lo arrojaré al mar para que sea pasto de los peces, pero le juro que después de arribar a Tierra Firme lo haré regresar a "La Española" en la primera nave que se disponga a hacer la travesía... O aún mejor: lo abandonaré en una isla desierta, ya que por las leyes merece la pena de muerte...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Mordaz.)* ¿Debo agradecer su gentileza?

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. *(Como si se tratase de una conversación cortesana.)* Es lo mínimo que puede hacer, en vista de las circunstancias...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Con alguna intención subterránea.)* No lo olvidaré, Señor Letrado, que aún faltan muchas ocurrencias por suceder en nuestro paso por el escenario...

Cambian de nuevo las luces y desaparece el barco. Ahora se oyen tambores y voces ininteligibles, ruidos selváticos y rugidos de animales feroces. La presencia mágica de una América recién descubierta. Estos sonidos se entremezclan con las voces y ritmos propios del carnaval.

Un grupo de cinco o seis soldados marcha a la deriva por entre pantanosos manglares. Los hombres se muestran aterrados y sin un norte que los guíe.

4. SAN SEBASTIÁN

SOLDADO 1.º ¿Dónde está el capitán? ¡Necesitamos sus órdenes para saber qué camino seguir!

Los soldados se desplazan hacia el fondo de la escena; el ambiente se encuentra en penumbra, pues la luz del atardecer se filtra con dificultad por entre una apretada maleza tropical.

Aparece el capitán herido, mientras los sonidos del ambiente van aumentando. Tiene el cuerpo lleno de flechas, como una estampa del San Sebastián tantas veces imaginado en la historia de la pintura; se asemeja a la vez a una fantasmagoría surrealista. El hombre agonizante hace grandes esfuerzos por mantenerse en pie.

CAPITÁN HERIDO. Ahhh... Me muero... Hasta aquí llegan mis pasos... Por más esfuerzos que hice para evadir los dardos empozoñados del destino, no pude escapar a mi suerte... ¡Compañeros de viaje! Ahora quedan solos, sin nadie que los guíe y proteja...

Uno de los soldados trata de auxiliarlo, pero el capitán muere en sus brazos.

La dama de mayor edad y la dama joven asoman la cabeza desde otro plano, por entre los matorrales y luces con transparencias de vegetación.

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Poco duró la existencia de ese personaje!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Para qué lo trajo a cuenta?

LA MUERTE. (*Iracunda.*) ¡Chismosas! ¡Entrometidas! ¡Les pedí que no intervinieran!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Qué sentido tiene que nos haga una demostración de sus técnicas crueles para llevarse a la gente?

LA MUERTE. ¡Yo no disparé esas flechas!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Pero sin duda condujo la mano de los flecheros. ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

LA MUERTE. Sobre el «sentido» poco puedo decir, con la pobre lógica de que ustedes disponen... Y les advierto: ¡Salgan ya de escena o daré vida a un jaguar y una serpiente para que salten sobre ustedes y las devoren!

Las dos damas salen de escena muy asustadas. Los soldados sacan al capitán muerto y luego se reagrupan en el centro de la escena, muy asustados. Tiemblan sin saber a dónde dirigirse y ninguno se atreve a tomar la iniciativa, al no contar con un norte que los guíe.

5. PERDIDOS EN LA MANIGUA

En medio de las sombras de la noche, la selva produce reflejos misteriosos sobre los cuerpos de los expedicionarios. Los soldados son víctimas de una verdadera pesadilla, como las que pueden tener los niños al ser víctimas de los terrores nocturnos.

HOMBRE 1.º ¡Sin capitán estamos perdidos! ¿Qué haremos ahora sin nuestro jefe y nuestro padre?

HOMBRE 2.º Creímos haber llegado al paraíso, pero en mala tierra estamos al no tener morada para nuestro respeto, ni seres queridos que nos esperen, ni una voz que nos reconforte en medio del temor a lo desconocido...

HOMBRE 3.º Encalló el barco contra los arrecifes y estamos vivos de milagro.

HOMBRE 1.º Vivos, pero sin un sitio a donde llegar y rodeados de toda clase de peligros...

Aumentan los ruidos; alcanzan a verse las sombras de animales feroces. Los personajes se ven aún más frágiles e indefensos, en un paraje que desconocen por completo.

HOMBRE 2.º *(Después de una pausa, durante la cual sólo se escuchan los sonidos selváticos.)* Tengo hambre...

HOMBRE 3.º ¡Bonita hora para mencionar el tema! ¿Esperas acaso que alguien sirva la mesa con buenas viandas, frutas y bebidas? ¡No tenemos una mujer que nos espere al fin de la jornada!

HOMBRE 1.º *(Estirando la mano hacia el vacío que lo rodea.)* Tengo que comer aunque sea una raíz de estos pantanos... ¡El hambre me duele como un fuego quemante en el interior de las entrañas!

HOMBRE 3.º ¡Cuidado con esas raíces! Pueden ser venenosas! Yo he visto morir a varios con dolores atroces, después de haber comido un trozo de yuca brava...

HOMBRE 1.º ¡Estamos perdidos! Sin un jefe que nos proteja ni una voz que nos consuele!

Del grupo de hombres extraviados en la manigua emerge la figura de Vasco Núñez de Balboa, quien se dirige a sus compañeros de infortunio con un tono de mayor aplomo y seguridad, que los reconforta a todos.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Yo me acuerdo que en los años pasados, de 1501 a 1502, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas a descubrir, entramos en este golfo y a la parte del accidente, a la mano derecha, según me parece, salimos en tierra y vimos un pueblo de la otra banda de un gran río, y muy fresca y abundante comida, y la gente della no ponía yerba en las flechas...

HOMBRE 2.º ¿Pues, qué estamos esperando? ¡Vamos allí enseguida!

Sobre el fondo se proyecta un gran plano del Darién... Los personajes dan la vuelta al escenario mientras gira el plano, creando la ilusión de que ahora se encuentran al otro lado del golfo.

6. SANTA MARÍA LA ANTIGUA DEL DARIÉN

Aparece Enciso llevando un mapa que está dibujando, de las costas del golfo, y en la otra mano, un estandarte de Santa María la antigua, patrona de Sevilla.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. *(Poniendo el estandarte en un punto central de la escena.)* ¡Aquí se levantará una nueva villa y recibirá el nombre de Santa María la Antigua del Darién, en honor de esa otra imagen que hay en Sevilla!

Los soldados se muestran sorprendidos ante la inusitada presencia del bachiller Enciso, y de inmediato se vuelven hacia Balboa, como si le pidieran consejo.

HOMBRE 1.º ¿Dónde estaba ese letrado mientras estábamos perdidos, sin guía ni consuelo?

HOMBRE 2.º Caminaba por las playas, haciendo dibujitos...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Diplomático.)* Hagan lo que dice el señor bachiller...

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. *(Molesto por el tono de Balboa y la influencia que ha comenzado a ejercer sobre los expedicionarios.)* ¡Faltaba más, que ahora tuviese que pedir el consentimiento de este prófugo para dar una orden!

HOMBRE 1.º ¡Esta es la otra tierra, la buena, con frutos y río de agua dulce, que es como otro Nilo de Egipto! El capitán Balboa ha hallado el camino, en medio de una situación difícil... ¡Todo cuanto ha dicho es verdad!

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¿Capitán? ¿Y puedo saber quién le concedió ese título?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. No importa, señor bachiller... No busco rivalizar con usted ni con nadie en estas tierras...

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡A la primera oportunidad tendrá que viajar de nuevo a “La Española”, para cumplir con sus obligaciones y responder por sus culpas! Mientras tanto, no es más que un prófugo y no tiene ningún derecho para dar indicaciones, ni consejos, ni nada...

Las dos damas vuelven a asomar la cabeza por un rincón de la escena.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. De prófugos está llena nuestra historia...

LA MUERTE. (*Rápida.*) ¡A callar!

Las dos damas desaparecen enseguida.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Usted dará las órdenes que se le vengan a la cabeza... Pero antes déjeme decirle que tal vez a los habitantes nativos de estas tierras no les guste que unos extraños vengan a edificar un pueblo en sus dominios...

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¿Ah, no? ¿Y entonces a quién tendré que solicitar su autorización para actuar, además de esos salvajes? ¿A las lagartijas que corretean por entre las piedras? ¿A los micos que se balancean sobre las ramas de los árboles? ¿A los pájaros del cielo? ¿A quién más? (*Con tono autoritario, a los hombres que se encuentran alrededor y parecen no saber a quién deben obedecer.*) ¡Busquen troncos gruesos! Esta será la Villa de la Guardia, Santa María la Antigua del Darién. Haremos un fuerte inexpugnable y como primera ciudad de Tierra Firme sobrevivirá hasta el fin de los siglos... y nuestro nombre será recordado por esta hazaña...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Insistiendo.*) Tal vez el solo sitio no sea suficiente, si no se logran buenas relaciones con los vecinos que habitan estas selvas desde tiempos inmemoriales...

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡Si estamos aquí es porque tenemos la verdad y la fe! Es Dios Nuestro Señor quien nos conduce.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Cómo lo sabe?

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. (*Cada vez más irritado.*) ¡No pretenderá que inicie un debate teológico con usted!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Sabía que vuesencia era bachiller, pero no doctor en Teología! ¿También está autorizado para impartir los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia? ¿Puede confesar y dar la absolución? ¿Y también casar y poner los Santos Óleos?

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡No acepto esa clase de blasfemias impertinentes!

Risas y murmullos de los presentes. Enfurecido, el bachiller Enciso se aleja, saliendo de escena. Los presentes aplauden a Balboa, quien poco a poco se va convirtiendo en el jefe natural de los colonos peninsulares del Darién.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Astuto.*) Si se trata de obrar con sensatez, en este punto ustedes deben quitar toda obediencia a Enciso.

HOMBRE 3.º Habrá que esperar entonces las órdenes de su Majestad al respecto. ¿Y mientras tanto?

HOMBRE 1.º Mientras tanto, nombremos a alguien nosotros mismos... Así como estamos, es como si hubiéramos quedado huérfanos...

HOMBRE 2.º ¡Que sea Vasco Núñez!

Se escuchan distintas voces que lo aclaman: "¡Balboa, Balboa!". Vasco Núñez se muestra complacido.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Sea; acepto el mandato del pueblo; porque lo quieren todos yo lo asumo. Y ahora, no perdamos más tiempo y comencemos a levantar la ciudad... Aquí, en esta nueva villa de Santa María la Antigua del Darién, todo el que trabaje y levante su propia casa será un hidalgo de solar conocido...

Los hombres obedecen las instrucciones de Balboa y comienzan a edificar una población con elementos rústicos.

Mientras los hombres trabajan, las dos damas vuelven a aparecer, mostrándose insatisfechas por su escasa participación en escena.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Cómo les parece! Los hombres siguen con su cuento, hacen y deshacen el ovillo de la trama, y mientras tanto nosotras aún permanecemos con los brazos cruzados, sin oficio ni beneficio...

LA DAMA MÁS JOVEN. Es verdad... No es justo...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Justo o no, no estoy dispuesta a acolitar el juego si no nos dejan tomar parte en él de forma activa y deliberante.

LA DAMA MÁS JOVEN. Eso es razonable. Pero me da miedo. No olvide que la Muerte es la que organiza y manda...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Pues vamos a pelear para que la que mande sea la vida!

Entra la Muerte riendo a carcajadas.

LA MUERTE. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Me han acusado a mí de vanidosa, pero no conozco vanidad más grande que la que ustedes exhiben...

LA DAMA MÁS JOVEN. Perdón, señora, no sabíamos que estaba por aquí...

LA MUERTE. Siempre estoy cerca, no lo olviden, y además, para que lo sepan, me he ido amañando en estos solares...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡No me diga! ¿Y no preferiría darse una vueltecita por otras provincias y continentes?

LA MUERTE. Ya lo he hecho, y con muy buenos resultados. Pero en estos tiempos, aquí me siento muy a gusto.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Y va a seguir la función sin nosotras?

LA MUERTE. ¿Y por qué no? El argumento no ha concluido...

LA DAMA MÁS JOVEN. La verdad es que estamos cansadas de no hacer nada... Nos aburre no ser más que espectadoras pasivas...

LA MUERTE. Además de vanidosas, impacientes...

La dama de mayor edad intenta persuadir a la Muerte.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿No le parece justo que entremos a escena, igual que los hombres? O tal vez, prefiere de-

jarlos solos en su juego, para que así se acabe más rápido la especie...

LA MUERTE. (*Divertida.*) No había pensado en eso, pero no es mala idea...

LA DAMA MÁS JOVEN. Usted es mujer... ¿Por qué no nos ayuda a ocupar nuestro sitio?

LA MUERTE. (*Como si comenzara a fraguar un nuevo plan que le divierte.*) Muy bien... Ustedes lo han querido... Pero... ¿Cómo quieren aparecer? ¿En pelota? ¿Desnudas, en medio de la selva tropical, como nativas de las indias recién descubiertas...?

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Si fuera más joven, tal vez lo haría, pero ahora... ¡No! ¡Qué horror!

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Jamás de los jamases me desnudaría en público!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. (*Volviéndose hacia ella.*) ¿Por qué? ¿Tienes algún defecto físico?

LA DAMA MÁS JOVEN. No. Pero tengo pudor y no lo haré.

LA MUERTE. Muy bien; entonces vayan a vestirse como recatadas damas castellanas, mientras la historia llama a la puerta de su casa...

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Para esperar a la historia estoy yo! Si es así, me voy a quedar para vestir santos...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Vamos a ver esos atuendos de época... Si ya esperamos lo más, ahora podemos esperar lo menos...

Salen las dos damas. La Muerte hace un gesto al tamborero para que entre a escena.

7. ¿CIVILIZACIÓN O BARBARIE?

Mientras algunos trabajan levantando sus viviendas, otros discuten sobre la organización que debe tener el nuevo poblado. La Muerte se ubica sobre un tronco, una rama seca o el techo de una choza, para observar el desarrollo de los acontecimientos e intervenir cuando sea necesario.

HOMBRE 1.º Amigos: Sigamos levantando el pueblo como dice el capitán Balboa... Por el momento estamos bien como estamos, viviendo como hombres libres, bajo sus órdenes...

Mientras hablan aparece Enciso, a quien las circunstancias le resultan adversas en este momento en relación con los habitantes del poblado del cual se considera el fundador. Lleva en sus manos un plano de una ciudad trazada con cuadrícula y se muestra irritado y violento, hablando a los colonos con gesto y tono amenazante.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. *(Moviendo con furia el plano que ha trazado de la ciudad, frente a los ojos de Balboa.)* ¿Qué clase de construcciones son esas? ¡Basura! ¡Casuchas levantadas sin orden ni concierto! ¿Van a imitar a los salvajes en vez de procurar que ellos nos imiten? ¡Qué caos! Una choza aquí, otra allá...

(Aparece Balboa y escucha las últimas palabras del bachiller.)

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Seguimos el curso de la naturaleza, nos adoptamos a sus recovecos...

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡Esa no es civilización, sino barbarie! Las calles deben ser trazadas a cordel, bien derechas, aunque haya que tumbar árboles y mover montañas para lograrlo. ¡De no ser así... Nos tragará la selva! *(A los hombres que trabajan.)* ¡Tumben eso! ¡Hagan lo que digo! *(Nadie obedece; Enciso desenrolla una larga cuerda, buscando imponer sus opiniones y conocimientos sobre el tema.)* Hay que hacerlo así...

LA MUERTE. (*Divertida.*) ¡Eso es! ¡Tumben monte! ¡Arrasen con los árboles! ¡Acaben con la capa vegetal! ¡Algún día van a convertir todo esto en un desierto! ¿De qué les sirven los conocimientos si los usan para destruir el mundo en que viven?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Prosigue la acción que había quedado detenida.*) ¿Por qué no nos deja terminar de levantar esta villa en paz, y construye otro pueblo en otra parte, según su leal saber y entender?

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. (*Tratando de pasar por encima de las palabras de Balboa, habla a los demás adoptando un aire de superioridad, como si tuviera en verdad en sus manos las riendas del poder.*) No creo que un prófugo de la justicia pueda tener una cabeza de alfiler de jurisdicción y por eso no me voy a tomar la molestia de responderle... (*A los demás colonos.*) ¡Y ustedes! ¡Sigán mis instrucciones!

Mueve la cuerda como un loco mientras los demás le dan la espalda. Enciso habla en medio de murmullos y ruidos del trabajo y el entorno selvático y tropical, en un monólogo que se torna del absurdo, pues nadie quiere escucharlo ni poner la menor atención a sus palabras.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡Quisiera hacer a todos una seria advertencia! ¿Me oyen? (*Nadie responde; por el contrario, hacen ruido.*) De cualquier modo voy a decirlo y quien desobedezca mis órdenes, será castigado con la pena de muerte... Pena de muerte, ¿han entendido?

La Muerte aparece y hace ruido con una matraca como las que se usan en Semana Santa. Enciso se ve obligado a gritar, manoteando como si hubiese enloquecido.

LA MUERTE. ¡Canten y ríen para callarlo! ¡No olviden la fiesta! ¡Yo no estoy en vena para trabajos ahora!

Los habitantes de Santa María hacen ruido y tararean viejas cantigas medievales, para acallar las palabras del bachiller.

Enciso calla por unos instantes, y prosigue con más ímpetus apenas disminuyen cantos y ruidos.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡Obedezcan! ¿No oyeron que estoy hablando de la Muerte?

Como es obvio, la Muerte ríe; los colonos siguen sin responder.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¿No oyeron lo que les dije? ¿Se les olvidó nuestra hermosa lengua castellana? ¡Claro! Ahora se expresan con ruidos y vociferaciones, como los salvajes de estos rumbos. Este es el momento de escoger un camino, una vía entre la civilización o la barbarie, entre la cultura o la ignorancia, entre la fe o la idolatría, entre... entre...

Las palabras se le enredan en la boca; rompe con furia el plano que ha hecho de la ciudad. Parece enrojecer de ira, como si su corazón estuviese a punto de estallar.

¡No más! ¡No soy ningún fante de feria! ¡Ni menos una grotesca máscara de carnaval! ¡He gastado mucho dinero en esta empresa y haré respetar mis derechos!

Se escuchan risillas burlonas. Balboa avanza hacia Enciso y se dirige a él con tono autoritario.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Ya habló más de la cuenta, señor bachiller, y ha llegado el momento de que escuche un poco.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¡De usted no quiero oír una sola palabra!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Ah, no? Comete un grave error, porque ahora ya soy la autoridad en este sitio...

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. ¿Ah, sí? ¡Pues sepa que desconozco esa autoridad, que no proviene de ninguna fuente legítima ni respetable para mí!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Oyeron lo que dijo? ¿Se dan cuenta hasta dónde los desprecia? ¡Pues entonces, en consideración a sus palabras, como alcalde mayor de Santa María la Antigua del Darién, ordeno que arresten a este impertinente letrado!

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. *(Al ver que algunos hombres armados se acercan a él.)* ¡No lo obedezcan si no quieren ser acusados de rebelión, como él! ¡Más bien, ordeno que sea él a quien sujeten a los hierros! ¡Háganlo enseguida!

Ninguno de los hombres obedece la orden de Enciso. Balboa se le acerca, sonriendo por lo que ya considera una victoria. La Muerte aplaude, desde el sitio donde contempla la escena, y da dos nuevas vueltas a su matraca.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. El propio señor bachiller Enciso me ha dado la clave de lo que conviene hacer: ¡A la jaula con él!

Dos o tres soldados se acercan al bachiller Enciso y lo detienen. Este trata de zafarse, pero los hombres lo contienen con fuerza. La Muerte arroja una cadena de hierro a la mano de uno de los hombres, con la cual éste se acerca a Enciso y lo ata de pies a esas prisiones.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. *(Sin ofrecer más resistencia, habla con tono de amenaza.)* ¡Se arrepentirán de lo que están haciendo! ¡Lo prometo! *(A Balboa.)* Su infame comportamiento es tan grave como el del hijo desnaturalizado que levanta su espada en contra de su propio padre. ¡Tan alevosa acción está proscrita por las leyes divinas y humanas!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Llévenselo de aquí, para que no siga vociferando más sandeces! Y que parta hacia España en el primer barco que llegue...

Sale Balboa, tras los hombres que han capturado al bachiller Enciso. Al momento, tres de los colonos se reúnen en el centro de la escena.

HOMBRE 1.º ¿Y ahora qué hacemos?

HOMBRE 2.º No lo sé...

Quedan pensativos sin saber que determinación tomar. La Muerte baja a escena, buscando acelerar el progreso dramático.

LA MUERTE. ¿Qué pasa? ¿Se les acabó la dinámica de la acción? ¿Se van a quedar ahí, como unos fanchos ineptos, esperando a que les den una orden? ¿Qué son ustedes sin la autoridad?

El viejo y las dos damas, que están cansados de esperar su entrada durante tanto tiempo, se acercan aprovechando la reaparición de la Muerte, para pedirle que no los olvide.

EL VIEJO. ¡Claro! Ellos están en medio de la escena, con los brazos cruzados, mientras nosotros seguimos esperando en nuestra banca, aburridos de no hacer nada. ¿Qué clase de fiesta es esa? ¿Un homenaje a la quietud y a la impotencia? ¿Tan pobre ha sido acaso nuestra historia?

La Muerte se vuelve hacia el anciano y las dos mujeres, blandiendo su guadaña en forma agresiva.

LA MUERTE. ¿Cómo? ¿Palo porque bogas y palo porque no bogas? ¿No comprenden que cuanto más acción pidan mayor destrucción va a presentarse? ¿Qué significa esta insubordinación? ¡Les advertí que por ningún motivo debían participar mientras no fueran llamados! ¡Ustedes van a ser los únicos responsables de las consecuencias!

Las mujeres se detienen asustadas, y gritan cuando la Muerte se les acerca levantando la guadaña, que parece alcanzar al viejo, quien resbala en el centro de la escena, como si hubiese sido tocado por el hierro fatídico de la pelona.

EL VIEJO. ¡Ayyy! ¡Me dio a mí! ¡Se me va el aliento! ¡Ahora es en serio! ¡Eso no era lo que habíamos pactado!

LA MUERTE. Yo no fui la primera en quebrantar el acuerdo.

EL VIEJO. *(Estira la mano hacia las mujeres, con un gesto de dolor.)* Me muero... ¡No es un buen fin de fiesta para una noche de carnaval! ¡Por favor! ¡Ayúdenme!

La dama joven trata de acercarse al anciano, pero la de mayor edad la detiene, con una fuerte aprehensión ante la amenaza de la Muerte.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Cuidado! ¡Si te acercas, de pronto puede atacarte a ti también!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Pero no podemos dejarlo así...! ¡Vinimos juntos en la misma comparsa! ¿Ahora vamos a darle la espalda, cuando está en peligro?

LA DAMA DE MAYOR EDAD. *(Mirando a la Muerte, con una expresión de verdadero pánico.)* ¿De veras es usted la Muerte, señora? ¿O tan sólo una máscara de carnaval? ¿Una impostora?

LA MUERTE. *(Sonriéndole con aire desafiante.)* ¿Por qué no se acerca y prueba mi abrazo?

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡No la provoque! Más bien, ocupémonos del señor maestro...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. No te preocupes por él... ¡No creo en sus aspavientos! Se tambalea porque está borracho...

EL VIEJO. *(Con un gesto dramático, se vuelve hacia la dama de mayor edad.)* ¡Desagradecida! ¡Ingrata! ¡Renegada! ¿Ya olvidó de dónde tuve que sacarla? ¿De esa alcantarilla repugnante, repleta de miasmas deletéreos? ¡Ese es el premio por tratar de regenerar a una dueña de burdel! ¡A una puta Celestina!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Bastante le gustaba ir a aquellas ferias, señor! Para usted y para mí será mejor que olvidemos el pasado...

EL VIEJO. ¿Olvidar o recordar? ¿Cuál era el juego que estábamos jugando esta noche?

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Revivimos el pasado remoto, el de los otros, no el que nos duele todavía...

EL VIEJO. Para mí el dolor lo ha invadido todo... ¡Ay! Mi fiesta se acabó.

LA DAMA MÁS JOVEN. Lo está diciendo en serio... Miren lo que esta pálida señora le ha hecho al pobre maestro... *(Haciendo un gran esfuerzo, se atreve a enfrentar a la Muerte.)* Me extraña mucho su comportamiento, señora... Yo pensé que tenía palabra. No la creí capaz de una jugada tan sucia y de mal gusto...

EL VIEJO. *(En medio de un gemido.)* ¡Ay, muchacha, no acabes de agravar las cosas! Yo ya estoy viejo, y no tengo mucho que perder, pero tú...

LA MUERTE. *(Haciendo un gesto a las dos mujeres.)* ¡Dejen los aspavientos! No hagan ahora un melodrama... Pueden sacarlo mientras pienso qué voy a hacer con él...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. *(Por fin se acerca a auxiliar al anciano, sin dejar de mirar a la Muerte en forma indirecta y con mucho miedo, en medio de sus dudas.)* Sí, es cierto. ¡No se puede jugar con la Muerte sin caer en su propia trampa!

LA MUERTE. La trampa la pusieron ustedes mismos, al cambiar las reglas del juego. Pero siempre es así. No se puede tratar con los humanos, porque después de hacer un daño, inven-

tan toda clase de disculpas para no asumir sus responsabilidades...

EL VIEJO. (*Quejándose.*) Yo sólo quería jugar. Era algo del todo inocente...

LA MUERTE. ¡No se puede ser inocente ante el pasado! Pero en fin, retírense ahora y no olviden la lección, porque... ¡No habrá una próxima vez!

Salen las dos mujeres, llevando como pueden al viejo, que no deja de quejarse. La Muerte se vuelve hacia el público, asumiendo en serio su papel de directora de escena. La dama de mayor edad vuelve a asomar la cabeza mirando a la Muerte desde el fondo.

LA MUERTE. Señoras y señores: deben perdonar estas constantes rupturas en la continuidad del argumento, pero la culpa no es mía, sino de los mismos hombres que han querido volver a mirar su historia y no la aceptan tal como sucedió. Ganemos entonces tiempo y veamos cómo llega al Darién, apesadumbrado y maltrecho, el gobernador de Castilla de Oro, el tañedor de vihuela Diego de Nicuesa, en busca de su reino perdido...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Otro personaje? ¡No entiendo nada!

LA MUERTE. Claro, Enciso fue enviado a España en forma apresurada, en la primera nao que llegó al Darién y es necesario que otro aparezca para que siga el conflicto...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Y por qué no había dicho o mostrado el viaje de Enciso? ¡No se pueden dejar cabos sueltos!

LA MUERTE. (*Volviéndose hacia ella con gestos amenazantes, iracunda.*) ¡No le dije que se fuera? ¡Zape! ¡Zape! (*La dama de mayor edad sale asustada.*) ¡El poder nunca se puede disfrutar durante un largo tiempo, sin que aparezca alguien que lo ponga en duda!

La Muerte se retira a un lado, anunciando con un gesto la entrada de nuevas imágenes.

8. EL HUNDIMIENTO

Pronto se distinguen en la escena la tierra y el mar; en la primera, Balboa y sus hombres. En la segunda, en medio de un oleaje de telas azules y aguamarinas, aparece la carabela que trae al gobernador Diego de Nicuesa, quien se mantiene a flote con dificultad en medio de sus ruinas y despojos. El velamen de la nave está destruido, hecho girones. Un escuálido esqueleto está atado al palo mayor. No se sabe como un barco tan despedazado no se ha ido a pique mucho antes. La Muerte, al ver la imagen de tan siniestra nao fantasma, hace sonar la matraca llamando a sus asistentes.

LA MUERTE. ¡Aquí va a haber mucho trabajo por lo que parece, y yo no voy a dar a basto sola! ¡Necesito ayuda!

Se escuchan nuevos tambores y el sonido silbante del viento; dos asistentes de la Muerte, con máscaras y largas capas, provistas de matracas y guadañas, entran a escena y se colocan al lado de la muerte mayor.

DIEGO DE NICUESA. *(Levanta el pedazo que queda en su vihuela rota, señalando hacia tierra.)* ¿No son aquellas las costas de Castilla de Oro? Si es el Darién, ellas son, y por tanto están bajo mi mando... ¡Después de tanto padecimiento, ya es justo que se ponga fin a mis desvelos!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Hablándole desde tierra.)* ¡De ninguna manera puede desembarcar en estas playas, señor músico!

DIEGO DE NICUESA. ¿Qué dice? No vengo como músico sino como gobernador de la provincia de Castilla de Oro, en nombre de su Sacra, Católica, Cesárea y Real Majestad, el Rey de España.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Tiene alguna orden por escrito?

DIEGO DE NICUESA. ¡Claro que no! ¿Cómo iba a tenerla si llevo meses perdido entre los pantanos de estas selvas tropicales?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Podemos ser tan cándidos como para dejarnos convencer de lo que diga el primer aparecido? No lo creo. Se requiere un documento sellado y autenticado con todas las de la ley.

Murmullos entre los habitantes de tierra. En efecto, en su carabela destrozada, con las ropas y las velas del barco deshilachadas y rasgadas, y su rostro pálido y ceniciento. Los labios azules y pronunciadas ojeras, Nicuesa parece más el fantasma de un ahogado que un ser de carne y hueso. Poco a poco la Muerte y sus ayudantes se acercan al barco y lo hacen temblar.

DIEGO DE NICUESA. Escuchen... No voy a encontrar un notario en altamar, y menos en estas costas y maniguas habitadas por salvajes antropófagos. Mi barco se hunde...

HOMBRE 2.º (*Preocupado, en un tono más bajo, a Balboa y a los compañeros que tiene cerca.*) ¿No convendría dejarlo bajar? ¡Se ve muy mal!

HOMBRE 3.º Por eso mismo no conviene... ¿Y si ha contraído la peste? ¡Puede tener la peste negra y ponernos en peligro a todos los habitantes del Darién!

Agitados murmullos entre los presentes. Nicuesa se muestra cada vez más desesperado y está dispuesto a aceptar lo que le propongan, sea lo que sea. La Muerte y sus asistentes mueven el barco aún con más fuerza, tratando de hacerlo caer, y descargan una vela.

HOMBRE 1.º ¡No estamos seguros de que esta tierra pertenezca a su gobernación! ¡Regrese a nombre de Dios!

La pobre carabela de Nicuesa cruje y tiembla como si se fuera a despedazar. El gobernador de Castilla de Oro se muestra aterrado. La Muerte le pasa su mano helada por la cara, acariciándole las mejillas, mientras una luz intensa sube sobre su rostro.

DIEGO DE NICUESA. Señores: Déjenme bajar a tierra y allí hablaremos... Tengan compasión de mí. Siento un frío helado en el rostro, que me llega hasta los huesos...

Nicuesa hace un último desesperado esfuerzo por salvar su vida.

DIEGO DE NICUESA. Si no me quieren de gobernador, tómense entonces por un simple compañero. ¡Se lo suplico! No pediré nada... Trabajaré como un vulgar criado. Cocinaré para ustedes y les lavaré la ropa.

HOMBRE 3.º (*Más bajo.*) Eso dice ahora que está en peligro, pero después no habrá quien contenga las ambiciones del diputado. Si lo dejamos bajar, con seguridad entrará por la manga y al cabo saldrá por el cabezón...

HOMBRE 1.º (*Alto.*) ¡No es posible! ¡Aquí ya somos muchos y no hay comida para todos!

Mientras Nicuesa habla el parlamento siguiente, la Muerte va desbaratando el barco, rasgando las velas y separando los trozos del maderamen, en compañía de sus secuaces, quienes parecen gozar de la ocasión como si estuviesen en un festín macabro.

DIEGO DE NICUESA. (*Con la voz desfalleciente.*) Si no me quieren en libertad, entonces ténganme aprisionado con hierros, porque prefiero morir con ustedes, caballeros cristianos, mis iguales, que no en nombre de Dios de hambre, o en alguna de estas playas de flechazos de los indios, como ha sucedido a tantos...

HOMBRE 2.º (*Dirigiéndose a Balboa.*) Capitán: la situación de ese cristiano es de veras lamentable...

Balboa le da la espalda al problema y calla.

DIEGO DE NICUESA. Si no de otra cosa, por lo menos les pido que se duelan de los 12.000 castellanos que he gastado en este viaje y armada, y de las cuales no he percibido ningún fruto. ¡Por Dios Santo! ¿No ven que esta función se acaba?

HOMBRE 2.º (*Preocupado, se vuelve hacia Balboa reiterando su pregunta.*) ¿Qué hacemos, señor? ¡El pobre se halla en muy mal estado!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Evasivo, tanteando la situación.*) No creo tener el poder suficiente para decidir sobre la suerte de este hombre... Se trata de un asunto muy delicado... ¡A ustedes compete tomar una determinación!

Balboa se retira sin resolver el problema, en momentos en que lo que queda de la nave de Nicuesa comienza a moverse hacia la mar oceánica, donde le espera muy mala fortuna.

DIEGO DE NICUESA. (*A medida que su nave se aleja.*) Contra mí cometen gran maldad y traición, puesto que estas tierras me pertenecen... Y si logro llegar con vida a algún sitio, nunca olvidaré esta afrenta...

LA MUERTE. ¡Lástima! Pero ya no es posible... (*Con solemnidad pronuncia sus latines.*) Laus Deos, Pax vivis, Requies defunctis...

La Muerte y sus secuaces envuelven el último fragmento del barco despedazado entre sus redes. Poco a poco la carabela se ha ido desarmando hasta desaparecer por completo. Las matracas semejan el desmembramiento final del armatoste de maderas podridas.

HOMBRE 1.º ¿Habrá arribado a algún puerto?

LA MUERTE. ¡Claro que nunca llegó a puerto alguno! Y si esta historia pasó, otras comienzan...

Comienzan a salir de escena los personajes y los artilugios escenográficos.

LA MUERTE. (*Cambiando de actitud.*) Justo es entonces que para no fatigarles, nos alejemos un tiempo de las tierras de Indias y demos al fin oportunidad a las mujeres de entrar a escena, para ver qué sucede en la vieja Castilla. Con el vuelo de la imaginación cruzamos el océano y nos encontramos en el Torrejón de Velasco, cerca de Aranjuez.

Han desaparecido las imágenes de tierra de Indias. Un grupo de encapuchados que llevan una cruz y un estandarte con la efigie de los Reyes Católicos, avanza por la escena. Los redobles anuncian el paso de la Inquisición. La Muerte y sus ayudantes siguen con ellos, como si hicieran parte del mismo conjunto. Apenas salen, entran a escena la dama de mayor edad y la dama más joven, ahora como la esposa y la hija del caballero de ancestro judío Pedro Arias Dávila. Se trata de doña Isabel de Bobadilla y de su hija, María de Penalosa.

Una vez las damas han entrado a escena, la sirvienta aparece, terminando de ponerse un traje de época que no le queda bien.

9. ¡NO HAY PARA TODAS!

LA DAMA MÁS JOVEN. ¿Y usted qué hace aquí?

LA SIRVIENTA. Perdón, señorita, pero yo creí...

LA DAMA MÁS JOVEN. *(Hiriente.)* ¿Qué creyó?

LA SIRVIENTA. Que... que nos había llegado el turno a las mujeres...

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Pero no a todas! Conserve su puesto. ¡Este no es su escenario!

LA SIRVIENTA. Como usted diga...

Mira el vestido con tristeza y sale de escena. La dama de mayor edad y la dama más joven asumen sus nuevos personajes, adoptando una actitud y un tono diferentes.

10. CULPAS DE SANGRE

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Pronto! Es menester advertir a tu padre para que permanezca oculto y no se exponga a la mirada quemante de la Inquisición...

MARÍA DE PEÑALOSA. ¡No entiendo cómo pueden perseguir a un cristiano tan fervoroso como él, madre! ¿Acaso no luchó en las guerras de Granada? ¿No expuso muchas veces su vida para defender los intereses de sus Católicas Majestades?

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Hija mía! Eres muy joven y aún te falta mucho por conocer del mundo y sus creaturas. (*Aparte, como el personaje contemporáneo.*) ¡Qué diablos! ¡No siempre se puede desprender uno del pasado... o de su futuro!

La Muerte entra y da una indicación a la dama de mayor edad.

LA MUERTE. ¡Por favor! ¡No se salga de personaje!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. (*Rectificado.*) ¡Ah, perdón!

MARÍA DE PEÑALOSA. (*Extrañada por el tono de su madre.*) ¿Qué dice, madre mía?

ISABEL DE BOBADILLA. (*Confundida por lo que ha dicho.*) ¿Yo? ¡Nada! A veces no somos dueñas ni siquiera de nuestras propias palabras...

MARÍA DE PEÑALOSA. Hablaba de la Inquisición...

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Shhh! (*Más bajo.*) Sí, la Inquisición... El aparato secreto de la Iglesia... Hoy cada funcionario quiere ser más papista que el Papa y todos hacen grandes esfuerzos por aparentar que son los más ardorosos defensores de la fe y el dogma...

MARÍA DE PEÑALOSA. ¿Y qué tienen que reprocharle a mi padre en asuntos de fe?

ISABEL DE BOBADILLA. Tal vez no se dude de sus convicciones, pero sí de su sangre...

MARÍA DE PEÑALOSA. *(Con asombro.)* ¿Qué significa eso, señora mi madre?

ISABEL DE BOBADILLA. *(La lleva hacia adelante, desconfiada y le habla en un tono aún más bajo, temiendo ser escuchada.)* Significa que en la familia de tu padre existe cierto ancestro sefardí, hija, y aunque sus ideas sean muy cristianas, su sangre lo delata como judío...

MARÍA DE PEÑALOSA. ¿Pedro Arias Dávila, judío?

ISABEL DE BOBADILLA. *(Atemorizada.)* ¡Shhh! Baja el tono, creatura, que hoy no hay nada seguro y cualquiera puede convertirse en delator para perder a un hombre que ha conseguido lo que tiene con algo más que el sudor de su frente...

MARÍA DE PEÑALOSA. ¡Nunca me lo habían dicho, madre! ¿Tendre ahora que sentir vergüenza?

ISABEL DE BOBADILLA. No, hija, que esa culpa viene de muy lejos, como para que te toque...

MARÍA DE PEÑALOSA. ¿Qué dice mi madre? ¿Si encarcelan a mi padre y lo llevan al potro de los tormentos, no le parece que eso llegue a tocarme?

ISABEL DE BOBADILLA. *(Sin saber cómo contestar la pregunta de su hija.)* Bueno... No creo que eso llegue a suceder...

MARÍA DE PEÑALOSA. ¿Y cómo evitarlo?

ISABEL DE BOBADILLA. Tratando de ser discretos y pasar inadvertidos ante las miradas inquisidoras... Alejarse de la vida social... Ir mucho a la Iglesia... Y tal vez, si llega el caso, buscar la forma para que entres a un convento...

MARÍA DE PEÑALOSA. ¡Pero madre! ¿No hay otro camino? Yo no tengo vocación para monja... Más bien quisiera tener marido y muchos hijos. ¿Cómo podría ser religiosa si cada noche sueño con tener un hombre en la cama...?

ISABEL DE BOBADILLA. ¡María, qué vergüenza! *(Cambian los movimientos y actitudes; su otro yo la suplanta por un momento.)* ¡Buena puta me salió!

MARÍA DE PEÑALOSA. ¿Qué dice, madre?

ISABEL DE BOBADILLA. (*Recapacitando.*) Digo que... ¡Buena fruta del árbol cayó!

MARÍA DE PEÑALOSA. Extraña metáfora. ¡Ay! ¿Qué va a ser de mí?

ISABEL DE BOBADILLA. Por ahora sólo nos queda esperar y rezar... Confiando en que no aparezca algún vivo que nos delate...

MARÍA DE PEÑALOSA. ¿Y qué tendría que hacer mi padre para que olvidaran su sangre y lo perdonaran de un pecado que no cometió?

ISABEL DE BOBADILLA. (*Con un gesto de impotencia.*) ¡Tal vez... Morir y volver a nacer!

MARÍA DE PEÑALOSA. (*Abatida.*) ¡Usted no puede pensar eso, madre! ¡Si es así, ya estamos muertos y debemos ser enterrados!

La Muerte, que ha estado espiando la escena como si fuera una figura encapuchada de la Inquisición, interviene, sin que los personajes tengan clara conciencia de su presencia. Tan sólo suponen, quizá, que se trata de presentimientos que es preferible conservar en secreto.

LA MUERTE. ¡No abuse de las palabras, niña, y no me ponga a trabajar cuando he concedido una tregua y me hallo en mi tiempo de descanso!

MARÍA DE PEÑALOSA. ¿Digo algo, señora?

ISABEL DE BOBADILLA. (*Preocupada.*) ¿Qué son esas voces que escuchas? ¡No me asustes! Yo, todo lo que tenía que decir, ya lo he dicho. Pienso que has crecido y que eres una joven madura, y por tanto, has ganado el derecho a saber lo que hoy te he contado...

MARÍA DE PEÑALOSA. Entonces... (*Como si intentara oír más allá del silencio.*) Quizá es un mensaje que viene de otra parte...

LA MUERTE. (*Le toca una mejilla a la joven haciéndola estremecer.*) Acertaste, niña. Y si quieres saberlo, se dice el pecado pero no se nombra al pecador...

MARÍA DE PEÑALOSA. *(Como tratando de alejar de su mente las voces que la atormentan.)* ¡Mi cabeza, madre! ¡Cómo me da vueltas! ¿Para esto he tenido que crecer y madurar? Si es así, hubiera preferido seguir siendo niña de por vida. ¡Ay mi madre! ¡Volverse adulto significa llenarse de dolor!

ISABEL DE BOBADILLA. *(Arrepentida de haberle dicho tan tristes verdades a su hija.)* Hija de mi alma... No debí haberte dicho nada... ¡Perdóname! ¡He sido injusta con el verdor de tus años!

MARÍA DE PEÑALOSA. ¡No, madre, no! ¡Ya ni sé qué color tiene mi tiempo vivido! Ahora déjeme; quiero hablar con mi padre sobre el tema...

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Por favor, no lo hagas!

MARÍA DE PEÑALOSA. ¿Por qué? ¿De qué me sirve entonces conocer la verdad, si no puedo hacer nada con ella?

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Esa es la trampa de la verdad y la mentira, hija! ¡Hay que saber cuándo conviene la una o cuando la otra!

MARÍA DE PEÑALOSA. *(Tomando una decisión.)* ¡No entiendo nada de lo que me dice, madre, y por eso voy a hablar de todos modos con mi señor padre!

Pese al temor de doña Isabel, su hija da unos pasos con la intención de dirigirse a la habitación de su padre. En ese momento entra un criado, llevando la terrible noticia.

CRIADO. ¡Señora! ¡Señora! Mi señor don Pedro...

ISABEL DE BOBADILLA. ¿Qué sucede?

CRIADO. ¡Ha muerto de repente!

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Eso no es posible! ¡Ah, Muerte traidora, así destruyes nuestros empeños y afanes!

Entra la Muerte, rompiendo la ilusión del pasado y desvaneciendo los fantasmas. De pronto las dos damas se quitan las pelucas y algún detalle, volviendo a ser las mujeres del carnaval.

11. EL QUE ENGAÑA A LA MUERTE CORRE CON SU SUERTE

LA MUERTE. ¡Alto! ¡Eso no es así! ¡No me atribuyan lo que no he hecho, porque en ese caso prefiero borrarlo todo y dejar que vuelva el carnaval, como si no hubiera pasado nada!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Cómo? ¿Qué dice? ¡Fíjese que es usted la que interrumpe la escena!

LA MUERTE. Soy la directora, ¿no? ¡Es mi oficio! Además, no me gusta que me echen el muerto antes de que me lo haya llevado de veras...

LA DAMA MÁS JOVEN. ¿Desapareció el encantamiento? ¿O es tan frágil la franja de los siglos? ¡Usted mató al viejo! ¡Por eso no aparece el personaje! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Nos dijo que no lo haría y no cumplió su palabra! ¡Nos engañó!

LA MUERTE. ¡Ya le he dicho que no es así! ¡Ni me he llevado a su viejo amigo, ni tampoco al señor Pedrarias! ¡Aquí hay una lamentable equivocación!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Cómo puede haber equivocaciones con la Muerte?

LA MUERTE. Es poco frecuente, pero que las hay, las hay.

LA DAMA MÁS JOVEN. No pensará que le vamos a creer...

LA MUERTE. Yo nunca miento...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Tendría que darnos una prueba...

LA MUERTE. ¡Eso era lo único que me faltaba! ¡Tener que dar pruebas de los actos que no he cometido! Sólo yo soy culpable por haberme dejado enredar en semejante historia. ¡Por lo visto, en esta tierra ni la Muerte consigue aprender!

LA DAMA MÁS JOVEN. ¿Entonces se acabó todo? Y al viejo: si no se lo llevó, ¿por qué no lo devuelve?

LA MUERTE. Si no es por la vía de la historia, no se puede...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Cómo no se va a poder?

LA MUERTE. La única manera de desenredar el ovillo es volviendo a seguir el curso de la historia para ver qué fue lo que le sucedió de veras al señor Pedrarias... Regresen al Torrejón de Velasco, olvídense de ustedes y de sus caprichos de carnaval y dejen que por sus bocas corran las palabras de doña Isabel de Bobadilla y su hija, María de Peñalosa...

12. EL JUSTADOR

La acción se ubica en este momento en el caserón de don Pedro Arias Dávila, en el Torrejón de Velasco.

Un grupo de damas dolientes y de sacerdotes en oración entra a escena, llevando el cuerpo en apariencia sin vida del señor Pedrarias. Este está representado por el viejo de la comparsa del carnaval. La dama de mayor edad vuelve a ser doña Isabel de Bobadilla, su esposa, y la dama más joven la hija de ambos. Los sacerdotes colocan el ataúd sobre unas parrillas y encienden cuatro cirios, ubicados en cada una de las esquinas.

VOZ DEL SACERDOTE. Dadle Señor el descanso eterno...

LOS DEMÁS. Y brille para ella la luz perpetua...

LA MUERTE. *(Asomando la cabeza por una esquina.)* ¡Que conste que yo no tengo nada que ver con esto! O quieren meterme gato por liebre, o se trata de una broma macabra que me han querido jugar.

ISABEL DE BOBADILLA. Mi pobre esposo... ¡Ahora ya puede descansar en paz, sin temores ni sobresaltos!

VOZ DEL SACERDOTE. Réquiem tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam, et ossa tua liberabit...

Rezan en voz baja las damas y los sacerdotes.

De pronto, el anciano comienza a moverse en el interior de su propio ataúd, y el criado que dio la noticia de su muerte se da cuenta y anuncia el suceso con grandes aspavientos, haciendo callar los latines.

CRIADO. ¡Señora! ¡Que mi señor respira y mueve un ojo!

ISABEL DE BOBADILLA. ¡El dolor te hace decir sandeces! ¡Ya lo quisiera yo! ¿Desde cuándo los muertos respiran?

PEDRARIAS. (*Incorporándose.*) ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

Pedrarias se sienta en el ataúd, y muchos de los presentes huyen despavoridos. Voces de sorpresa y temor. El sacerdote que rezaba las oraciones fúnebres abre los brazos, en un gesto de admiración y súplica.

SACERDOTE. (*Admirado ante el prodigio.*) ¡Laus Deo! ¡Pax vivis! ¡Requies Defunctis!

LA MUERTE. ¡Pronuncian mis propias palabras, para mi vergüenza, cuando ni siquiera hay difunto a quien dedicarle el Réquiem!

MARÍA DE PEÑALOSA. ¡Papá! ¡Regresaste!

LA MUERTE. ¿Regresar de dónde? ¡Si ni siquiera se ha ido!

MARÍA DE PEÑALOSA. Ahora nadie podrá decir nada en tu contra, ni atribuirte malas sangres. ¡Si has vuelto, es porque tu destino era providencial!

PEDRARIAS. (*Después de mirar a su alrededor, comprende la situación y llama a su esposa, quien aún tiene la boca abierta de la sorpresa, sin hallar las palabras adecuadas para expresar lo que siente.*) Isabel, ven y ayúdame a salir de aquí... No creas que me siento muy a gusto en el interior de un ataúd...

Pedrarias se ha incorporado, vestido con el blanco sudario, tan pálido y ojeroso como un muerto de veras.

ISABEL DE BOBADILLA. (*Al sacerdote que ha vuelto a decir sus latines en voz baja y a otro fraile que queda por allí.*) ¡Vengan, sus reverencias! ¡Esto es un milagro! Ayudémosle a mi esposo a regresar a la vida. ¡Ahora es otro hombre! ¡Ha vuelto a nacer don Pedro Arias Dávila! ¡Y que vengan los criados y se lleven este ataúd, que ya no se necesita! ¡Ahora es tiempo de alegría y de fiesta en esta casa!

Hace doña Isabel una seña y entran varios músicos, tocando con sus instrumentos una fanfarria festiva. Pedrarias los contiene con un gesto grave, cuando intentan levantar el ataúd.

PEDRARIAS. ¡Alto! ¡No toquen eso!

ISABEL DE BOBADILLA. ¿Qué dices?

PEDRARIAS. *(Después de bajar de la lóbrega caja.)* ¡Que nadie se atreva a tocar mi ataúd! Si me ha sido dado usarlo en forma anticipada, es porque el cielo ha querido enviarme una señal...

SACERDOTE. ¡Laus Deo!

PEDRARIAS. Lo tendré conmigo siempre, y lo llevaré a donde quiera que vaya. Así podré meditar sobre el destino que me ha sido reservado. ¡Porque aún se dirán muchas cosas de Pedrarias el Justador!

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Claro que sí, amado esposo! Pero ahora, los que hablen en tu contra, tendrán que enfrentarse a los designios de la Divina Providencia. Eres "El Resucitado". *(Tomando a su esposo de la mano, mientras lo conduce a las habitaciones interiores.)* ¡Ven, querido, debes descansar de esta equivocación, quitarte esas fúnebres prendas y vestirte con tu mejor traje, pues ante suceso tan admirable no faltarán las prontas visitas de personajes ilustres!

Sale Pedrarias acompañado de su esposa y su hija y detrás suyo los sacerdotes y criados llevando el ataúd. Mientras cambia la escena, la Muerte, quien refunfuñaba en una esquina, de mal humor por la jugada que le han hecho, se dirige a los espectadores.

LA MUERTE. ¿Quién podría pensar que los hombres consiguen engañarme de vez en cuando? ¡Tanto juegan con la muerte, que a veces por carambola les sale la vida!

La Muerte se retira de nuevo, y de inmediato se escuchan fuertes golpes en la puerta. La hija de Pedrarias se asoma a ver de quién se trata.

MARÍA DE PEÑALOSA. *(Con temor.)* ¿Quién golpea así la puerta? ¿Quién intenta turbar en esa forma la paz de esta casa?

Nuevos golpes anteceden a la voz del recién llegado.

VOZ FUERA DE ESCENA. ¡Abran en nombre del Rey!

Después de su hija, es doña Isabel de Bobadilla quien regresa a escena.

ISABEL DE BOBADILLA. ¿Qué son esos golpes?

MARÍA DE PEÑALOSA. (*Quien sigue muy asustada.*) ¡El peligro no ha pasado! ¡Madre! ¡Debe de ser la Inquisición!

ISABEL DE BOBADILLA. (*Tranquila y sonriente.*) No, hija; no iba a ocurrir cosa tan notable, como para que al poco de haber resucitado tu padre, viniera la Inquisición a matarlo por segunda vez.

LA MUERTE. (*Quien no deja de espiar lo que sucede en escena.*) Si la historia no avanza y se producen nuevas situaciones, van a seguirme echando en cara este cuento una y otra vez, hasta acabar con mi santa paciencia...

MARÍA DE PEÑALOSA. (*Sorprendida de nuevo, como si hubiese escuchado alguna voz.*) ¿Qué dijiste, Madre? ¿Hablaste de paciencia?

ISABEL DE BOBADILLA. Que abras la puerta sin temor, pues el peligro ha pasado...

LA MUERTE. ¡Qué ilusiones se hacen! ¡Como si el peligro pudiera pasar alguna vez!

La Muerte vuelve a retirarse a un plano más oculto, mientras la joven abre y entra al salón el bachiller Martín Fernández de Enciso, en traje cortesano.

MARÍA DE PEÑALOSA. ¿Qué se le ofrece, señor?

MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO. Vengo en busca del ilustre caballero don Pedro Arias Dávila, de parte de su Majestad Católica...

La joven se vuelve a mirar a su madre, en momentos en que aparece Pedrarias, todo de negro hasta los pies vestido y con una cruz en el pecho, finamente tejida sobre su casaca.

PEDRARIAS. (*A su mujer y a su hija.*) Déjenme solo con el caballero...

Madre e hija se alejan, mientras Pedrarias se acerca al bachiller Fernández de Enciso. Dos criados utileros traen sendos bancos para los personajes y salen en carrera después de dejarlos en su sitio. Doña Isabel habla en voz baja con su hija, haciéndole una seña para que se retire, pero ella misma permanece oculta a un lado de la escena, mientras la Muerte vigila desde el otro.

BACHILLER ENCISO. Señor: A la misma Corte ha llegado la noticia del prodigio que ha sucedido en esta casa...

PEDRARIAS. (*Dándose importancia.*) ¡Misterios del Arcano Divino!

BACHILLER ENCISO. Por eso, tanto su majestad el Rey Fernando como el Cardenal Cisneros, en nombre de la Reina Juana, desean pedirle que se ponga al frente de la gran empresa de una expedición hacia Tierra Firme en el Nuevo Mundo...

PEDRARIAS. (*Sorprendido.*) ¿Qué dice Vuesencia? Su Majestad debe buscar a alguien más joven... Yo ya estoy demasiado viejo y cansado para andar en esos tráfigos...

BACHILLER ENCISO. ¿Y por qué más joven? La juventud es inconstante y aventurera; no ofrece la seguridad y la confianza que brinda la experiencia. ¿Qué mayor garantía que haberse devuelto del sepulcro? ¡Ningún mortal conocido puede dar prenda más estimable!

PEDRARIAS. (*Pensativo.*) ¿El Nuevo Mundo?

BACHILLER ENCISO. Las Indias, donde abundan el oro y las perlas. Los ríos están tan cargados de oro que basta arrojar a su fondo redes de pescar para sacarlas llenas de relucientes granos de tan precioso metal...

PEDRARIAS. (*A quien la ambición comienza a abrir los ojos.*) ¿Ello es cierto?

LA MUERTE. ¡Le volvió el judío!

BACHILLER ENCISO. Muy cierto, Señoría; hay canastas llenas de perlas, como para comprar una parte del Universo, y Su Majestad está interesado en enviar a Vuesencia como gobernador y capitán general de aquellas tierras tan provechosas...

PEDRARIAS. (*Estudiando el pro y el contra del ofrecimiento.*) Y ahora, ¿no hay quién responda por los intereses de Su Majestad?

BACHILLER ENCISO. (*Sin olvidar sus viejos odios y rencores contra Vasco Núñez.*) No existe autoridad legítima, Señoría, pues el mando está en manos de un bribón que se siente superior a todos y repugna sujetarse a otro...

Salen Enciso y Pedrarias y cambia la imāgen que separa al nuevo mundo del antiguo. La acción retorna a Santa María la Antigua del Darién.

La Muerte entra, levantando su guadaña, y hace una señal a un personaje que se halla fuera de escena.

LA MUERTE. Las damas de encaje y organdí no quisieran verla, niña, pero esta es la oportunidad para que se encuentre con el hombre de sus sueños... ¡Ojalá el despertar no le resulte doloroso! Y ahora: ¡Corra, corra, antes de que la alcancen!

13. NUEVO AMOR

Poco a poco se ha ido levantando el pueblo: hay algunos ranchos de bahareque y techo de paja. En medio de risas, Balboa, vestido con traje ligero y más hecho a las costumbres del trópico, corre tras una hermosa india que se halla casi o por completo desnuda.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Espera! ¡Espera! ¡No voy a hacerte daño!

En medio del juego de conquista, Balboa tiene una espada en su mano, y consigue al fin detener a la joven india contra la pared de uno de los ranchos. Ambos tienen la respiración agitada y en la muchacha combaten varios sentimientos encontrados, tales como el temor y la curiosidad, la atracción y la desconfianza. La joven, intrigada ante la espada, arma que desconoce, pasa su mano sobre el filo y se corta de inmediato.

ANAYANSI. ¡Ay!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Cuidado! ¿Te has hecho daño? *(Toma entre las suyas la mano cortada de la joven y chupa su sangre, con gesto sensual.)* ¡Con esto no se puede jugar! ¡Es peligroso! ¡Pe-li-gro-so! *(Muestra la espada y luego la guarda en su vaina.)* Ahora hemos hecho un pacto de sangre y vamos a ser amigos...

La india hace un gesto indicando que no entiende nada de lo que le habla Balboa.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Qué me quieres decir? *(Tocándose el pecho.)* Yo, Bal-boa... ¿Y tú?

ANAYANSI. *(Tratandode repetir lo que él ha dicho, mientras se toca el pecho tal como lo hizo él.)* Bal-boa...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. No, no... Balboa soy yo. ¡Yo, Balboa! *(Tocándole el rostro a ella.)* ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

ANAYANSI. ¿Tú? Anayansi...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Tocándola con voluptuosidad.*) Tú Anayansi. (*Mientras le acaricia el rostro.*) Te voy a enseñar a hablar... Vas a vivir conmigo... Y vas a aprender muchas cosas...

Balboa abraza a la india y se arrastra con ella hacia el interior de la choza, sin poder contener el impulso de hacerle el amor, después de tan prolongada abstinencia.

Como si se tratase de un corte de censura, la Muerte cierra una cortinilla, antes de que alcance a verse cómo se consuma el acto.

14. EL VIEJO AMOR

La acción retorna a España, ahora al puerto de San Lúcar de Barrameda. La Muerte deja el paso a Pedrarias, el bachiller Enciso, un marinero, doña Isabel de Bobadilla y su hija María de Peñalosa.

LA MUERTE. ¡Hasta allí es suficiente, que ahora el jolgorio y el relajo no se van a apoderar de la historia, como si se tratase de una bacanal de la antigua Roma! De nuevo me veo obligada a poner orden en este asunto. *(Sale.)*

ISABEL DE BOBADILLA. *(Tomando por las manos a su esposo, tratando de evitar que se vaya sin ella.)* ¡No puedes ir solo a esos mundos ignotos! ¡Yo iré contigo!

PEDRARIAS. Pero Isabel... ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Se trata de viajar a un mundo desconocido y peligroso... ¡No es una empresa para mujeres!

ISABEL DE BOBADILLA. Me parece que nos unimos desde jóvenes con el yugo marital para vivir juntos, no separados...

PEDRARIAS. Así lo juramos, es verdad, pero por aquellos días nada se sabía de estos nuevos mundos, que aún no habían sido descubiertos. Es, sin duda, una notable fuerza mayor...

ISABEL DE BOBADILLA. *(Vehemente.)* A donde quiera que te lleve la suerte, ahí te he de acompañar yo...

BACHILLER ENCISO. Pero señora... Puede haber horribles peligros en tan desconocido mundo...

ISABEL DE BOBADILLA. *(Molesta por la intromisión de Enciso, habla aún con más pasión.)* Pedro: ningún peligro puede amenazarme tan atroz, ningún género de muerte puede sobrevenirme que no sea para mí más llevadero que el vivir separada de ti por tan enorme distancia...

PEDRARIAS. No hago este viaje por gusto, sino por cumplir con un mandato de Su Majestad... Pero te prometo que te escribiré cada vez que pueda...

ISABEL DE BOBADILLA. No. Es preferible morir una vez y que me echen al mar para que me coman los peces, o a la tierra de los caníbales para que me devoren, que no el consumirme en luto continuo y perpetua tristeza, esperando no al marido, sino sus cartas...

LA MUERTE. (*Asoma de nuevo la cabeza, haciendo un comentario al margen.*) Esta también se hace ilusiones de tener una muerte aparente como la del marido y regresar sana y salva a su casa... ¡Pero si me la hicieron una, no me la harán dos veces!

La Muerte blande su guadaña sobre los personajes, con gesto amenazante.

PEDRARIAS. (*A su esposa.*) No estarás pensando en serio lo que dices...

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Muy en serio! He tomado esta resolución, no en un arrebato mujeril, sino en forma madura...

Con un gesto brusco, los personajes del pasado parecen chocar de pronto con el viejo maestro y la antigua dueña de burdel que los encarnan. Se produce una súbita ruptura y hablan en forma vulgar, como si fuesen traicionados por sus pensamientos más secretos.

PEDRARIAS-EL VIEJO. ¡Esto no puede ser! ¿Por qué tendrá que seguirme esta mujer a lo largo de los siglos? Estaré condenado a llevarla conmigo por toda la eternidad?

ISABEL DE BOBADILLA-DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Ah, mierda, mierda! ¿Qué pasa, viejo? ¡Otra muy distinta melodía había en sus labios cuando fue a buscarme a mi negocio!

PEDRARIAS-EL VIEJO. ¿Negocio?

ISABEL DE BOBADILLA-DAMA DE MAYOR EDAD. O arte, o profesión. ¿No le dicen acaso: "El oficio más viejo del mundo"? La putería es algo muy respetable...

LA MUERTE. ¡Otra vez volvieron a perder el personaje! (*Como directora de escena.*) ¡Concéntrese, por favor!

PEDRARIAS. *(Se lleva la mano a la cabeza, como si se borrara el presente y en su mente sólo existiera el pasado.)* ¿Estoy soñando? ¿La línea que separa la vida de la muerte me habrá trastornado las ideas? *(Con ademanes refinados.)* ¿Qué dice, mi señora Isabel? ¡Guarde la compostura, que está hablando delante de su hija!

ISABEL DE BOBADILLA. *(Retoma sus modales, olvidando los gestos y expresiones vulgares de la dama de mayor edad.)* Es extraño... A veces se siente como si otros hablaran por nuestra boca y ya no fuéramos dueños de nuestros actos... *(Volviendo a mirar a su hija, quien ha permanecido alelada, como fuera del tiempo.)* ¡Mi pobre niña! ¡Claro que pienso en ti y en tu futuro! *(Volviéndose a su esposo.)* ¡Pero no hay remedio! ¡Estoy decidida! ¡Iré contigo, vayas a donde vayas!

PEDRARIAS. ¿Y nuestra hija? ¿No te apiadas de ella?

ISABEL DE BOBADILLA. *(Desesperada.)* No... Ni el amor que le siento me impedirá seguirte... Ella tendrá los bienes antiguos y los dotales, con que pueda vivir entre los caballeros de su clase. De lo demás, ya me cuido...

MARÍA DE PEÑALOSA. ¡Eso es injusto! ¡Quedo sin padres y sin marido...! ¡Preferiría haber muerto y ocupar el ataúd del que se levantó papá!

LA MUERTE. *(Tomándola por los hombros.)* Así juegan conmigo y después no se hacen responsables de sus palabras... Es mejor que se vaya a bordar a la torre, niña, mientras mira hacia la lejanía y sueña con un caballero que venga a rescatarla algún día...

María de Peñalosa se deja llevar, como si se sintiera impulsada por sus deseos más íntimos.

PEDRARIAS. *(Una vez ha salido su hija.)* No hay que inquietar a la niña más de la cuenta... *(Sin estar aún seguro de la determinación que va a tomar.)* Vamos adentro y mientras hacemos los baúles, volvamos a pensar las cosas con calma.

15. EL BIEN Y EL MAL

Salen los distintos personajes. La Muerte abre de nuevo el teloncillo y regresa la imagen de Santa María la Antigua del Darién.

LA MUERTE. *(Con gestos escuetos y descriptivos, simplifica la acción.)* De nuevo las carabelas cruzan el Atlántico, sin que sus tripulantes sepan aún si lo que van a encontrar es un paraíso o un infierno...

Balboa sigue en compañía de la india Anayansi. Ahora ella está vestida con atuendos a la española y ha aprendido en forma notable la lengua castellana, pues lleva varios meses en compañía de Vasco Núñez de Balboa.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Ahora eres como mi mujer y yo como tu marido...

ANAYANSI. *(Tocándole el pecho.)* Marido...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Muy bien! Eres muy inteligente y aprendes rápido...

Ella sonríe, como si hubiese comprendido muy bien el elogio. Él va a besarla, en momentos en que se produce un nuevo interruptus, con la llegada de un mensajero.

MENSAJERO. ¡Capitán Balboa! ¡Señor! Toda una flota se aproxima a este puerto... ¡Las naves traen desplegadas las banderas de Su Majestad Católica!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Poniéndose de pie, en un evidente estado de agitación.)* ¿Muchas naos y bajeles?

MENSAJERO. Tantas, como no se habían visto jamás de los jamases en estas playas, señor...

Balboa da una vuelta pensativo. Su compañera percibe su inquietud y se preocupa a su vez.

ANAYANSI. (*Acercándose a él.*) ¿Malo?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Sin estar convencido de lo que dice.*) No, no lo creo; tal vez su Majestad haya recibido a los mensajeros que envíamos con la noticia de nuestros descubrimientos y hazañas, y nos haya devuelto una pronto respuesta.

ANAYANSI. ¿No vendría él a ver lo que hay aquí, mi señor?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. No; el más grande de los señores no puede moverse de su trono...

ANAYANSI. Entonces, más poderoso es el cacique mi padre, que va a donde quiere y cuando quiere...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Riendo ante la ocurrencia de la india.*) Tiene mucho sentido lo que dices, sin embargo, cuando se goza de tanto poder, no es necesario moverse del sitio donde uno está...

ANAYANSI. No entiendo...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Algún día entenderás; pero por ahora nos conviene que nos encuentren trabajando en la construcción de la villa. Y tú ve a lavar la ropa al río y que no te descubran en mi compañía, sean los que sean los que hayan llegado en esa expedición...

ANAYANSI. ¿Es malo estar juntos?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. No. ¿Cómo podría explicarte? Aún no estás preparada lo suficiente como para entender del todo lo que significan el bien y el mal...

ANAYANSI. Estar contigo es bien...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Lo mismo creo yo; pero quién sabe qué puedan pensar los otros...

ANAYANSI. ¿Cada uno tiene su mal y su bien?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Confundido ante las preguntas de la india.*) Bueno... Sí y no. ¡Ya te darás cuenta por ti misma! Y ahora. ¡Haz lo que digo!

ANAYANSI. Sí, mi señor.

La india sale con un atado de ropa que se encontraba cerca, mientras Balboa sube al techo de paja de la choza.

16. LOS DOS PODERES

Aparece la primera parte de la comitiva del nuevo gobernador de Castilla de Oro, don Pedro Arias Dávila. Con él marchan su esposa, doña Isabel de Bobadilla; el alguacil mayor, Bachiller Martín Fernández de Enciso; el primer obispo de Tierra Firme, Fray Juan de Quevedo y dos guardias que llevan cargado el ataúd de Pedrarias, tras el cual se esconde la siempre vigilante figura de la Muerte.

La comitiva es recibida por uno de los hombres de Balboa, el capitán Francisco Pizarro.

PEDRARIAS. ¿Es aquel Vasco Núñez, de quien tantas hazañas y riquezas se dicen en Castilla?

PIZARRO. ¡El mismo!

PEDRARIAS. (*Burlón.*) ¡Pensé hallarlo en trono de majestad puesto!

BACHILLER ENCISO. ¡Bien lo quisiera él, para coronar sus infidelidades!

PEDRARIAS. (*A Pizarro.*) ¿Cuál es su nombre, soldado?

PIZARRO. Francisco Pizarro, Señoría...

PEDRARIAS. Bien Pizarro, ¿y cuáles son las famosas proezas que se cuentan de ese hombre, que está allí trabajando como el más humilde albañil?

PIZARRO. (*Con gran admiración hacia el que hasta el momento ha sido su jefe.*) Ha sido un capitán valiente como ninguno... Y el primer hombre de la cristiandad que tuvo ante sus ojos otro océano tan grande como el Atlántico...

PEDRARIAS. ¿Qué dices? ¿De qué océano hablas?

PIZARRO. De la mar del Sur, Señoría... No hace un año que él la vio por vez primera...

PEDRARIAS. ¿Cómo fue eso?

PIZARRO. Después de cruzar montes y selvas, mandó que nos detuviésemos, y luego avanzó él solo, y vista la Mar del Sur, se hincó de rodillas, y alzadas las manos al Cielo, dio grandes alabanzas al Señor por la merced que le había hecho...

BACHILLER ENCISO. ¿Sólo a él?

PEDRARIAS. ¿Y qué más hizo el "capitán"?

PIZARRO. En árboles grandes, con un cuchillo, escribió el nombre de los Reyes de Castilla y luego dijo que estaba dispuesto a defender su posesión frente a todos aquellos que se atreviesen a contradecírsela...

PEDRARIAS. ¿Ah, sí? ¡Qué interesante!

PIZARRO. Es un privilegiado del Cielo y la fortuna. Con él hemos gozado de una constante prosperidad. Además, fue el primero que tomó el hacha para abrir monte...

ISABEL DE BOBADILLA. *(Con gesto despectivo, a su esposo.)* No tendrás que ocuparte de esos viles menesteres, supongo...

PEDRARIAS. *(A quien no lo abandona una sonrisa de suficiencia.)* Claro que no... Yo sé cuál es mi lugar y qué es lo que debo exigir de los otros... *(A Pizarro.)* Pizarro: dígame a ese hombre que baje de ahí para que responda a mis preguntas.

PIZARRO. Sí, Señoría.

Pizarro se dirige a la choza donde se encuentra Balboa. Este baja del techo y antes de acercarse a Pedrarias, habla con su asistente.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿El viejo es el nuevo gobernador?

PIZARRO. Sí, capitán Balboa...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Y quién es el muerto?

PIZARRO. No hay ninguno. El ataúd está vacío.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Malo. Eso quiere decir que si no hay muerto, es porque ha venido a buscarlo aquí...

Balboa se dirige al sitio donde se encuentra el gobernador Pedrarias con su comitiva. Pizarro lo acompaña.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Bienvenido, Señoría. En nombre mío y en el de todos los habitantes de esta villa, me ofrezco a servirle como gobernador del Rey, y a obedecerle siempre... *(Quitándose el sombrero ante doña Isabel de Bobadilla.)* Señora, a sus pies...

PEDRARIAS. *(A los hombres que aún siguen con el ataúd levantado.)* Lleven eso a la choza que me ha de servir de vivienda. *(A Balboa.)* ¿Cuál va a ser? *(Tanto él como su esposa miran hacia los ranchos con un gesto de desconfianza y desprecio.)*

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Mi propia casa, Señoría, mientras se construye otra más apropiada a su condición y estado...

Balboa indica a los hombres el sitio, y estos se dirigen hacia allí con el ataúd.

ISABEL DE BOBADILLA. Pedro, estoy cansada y con hambre.

PEDRARIAS. Tienes razón. El viaje ha sido largo, sobre todo para una mujer. *(A Balboa.)* ¿Qué tienen de comer en esta población? Porque ya escaseamos de vituallas...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Hemos adoptado nuestro gusto a los frutos de la tierra, mi señor, y nos hemos proveído de pan de cazabí, de raíces, de gusanos de mar y de agua en los ríos, que los hay en abundancia. ¿Y qué ha traído su Señoría, que de tanto tiempo de no probarlas, ya hemos olvidado el gusto de muchas viandas?

PEDRARIAS. Poco queda, pues hemos consumido la mayor parte durante el viaje... Pero para un grupo selecto habrá una ración de tocino, algún bizcocho y hasta un trozo de quesillo manchego humedecido con un sorbo de vino tinto...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Será un gran banquete para nosotros! ¡Si supieran lo que hemos tenido que comer!

ISABEL DE BOBADILLA. (*Temerosa ante el futuro que le espera.*) ¿Qué clase de cosas?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Me da vergüenza decirlo delante de un ser delicado como la señora gobernadora...

ISABEL DE BOBADILLA. (*Tratando de mostrarse fuerte y de temple duro.*) Si hubiera sido una frágil y temerosa mujer, más me hubiera valido quedarme haciendo encaje de bolillo en Castilla la Vieja. Diga la que quiera, como si estuviera ante el más rudo de los soldados, señor mío, que las delicadezas y las finuras las he dejado en el Torrejón de Velasco...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*En parte como una provocación.*) Como ordene; si así lo desea, haré un esfuerzo por olvidar que estoy ante una dama...

PEDRARIAS. (*Con tono amenazante.*) ¡Cuidado!

ISABEL DE BOBADILLA. Déjalo hablar.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Muy bien. ¡Usted lo ha querido! Nos hemos visto precisados a comer perros sarnosos, sapos del fango, gusanos de mar y otras criaturas semejantes, como si fueran finas vituallas y manjares exquisitos...

PEDRARIAS. (*Aparte.*) ¡Qué asco!

Doña Isabel de Bobadilla hace un notable esfuerzo por sobreponerse a la repugnancia, tratando de mostrar un talante viril a toda prueba.

ISABEL DE BOBADILLA. La necesidad tiene cara de hereje, ¿verdad, su Ilustrísima?

FRAY JUAN DE QUEVEDO. (*Quien ha permanecido a la expectativa.*) Es muy cierto... Y si el Señor envía estas pruebas a sus fieles, es para comprobar si de veras son dignos de habitar estos nuevos mundos, cuyo velo apenas se ha comenzado a descorrer...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Señalando las rústicas edificaciones de Santa María la Antigua del Darién.*) Pero ahora, vayan a descansar, mientras les llevan algunos frutos del trópico.

La comitiva avanza hacia el interior del poblado. Bajan las luces y se hace de noche.

Anayansi regresa a la choza, que ahora ocupan el gobernador y su esposa, y antes de que entre, Vasco Núñez consigue detenerla, hablándole en voz baja.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Espera! ¡No entres ahí!

ANAYANSI. *(Sin entender.)* ¿Qué pasa?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Desde hoy tendremos que vivir en otra parte...

ANAYANSI. ¿Por qué?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Porque aquí se han alojado el gobernador y su esposa...

ANAYANSI. Mi señor: podemos traer más hamacas...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Se rasca la cabeza, sin saber como explicarle.)* Anayansi... Eso no es posible.

ANAYANSI. Sí lo es. Hay espacio para todos.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. No entiendes...

ANAYANSI. No. ¿Qué tengo que entender?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Nervioso e impaciente.)* ¡No preguntes tanto! ¡Tampoco tengo respuestas para todo! ¡Más bien obedece en silencio! ¡Así corresponde a las mujeres en mi tierra! ¡Ahora tienes que irte de aquí!

ANAYANSI. *(Asustada y confundida ante el tono agresivo de Balboa.)* Mi señor nunca me había hablado así...

Desde el interior del rancho, doña Isabel de Bobadilla se mueve inquieta, llevando una palmatoria en la mano.

ISABEL DE BOBADILLA. *(Sin haber visto aún a la india.)* ¿Quién está ahí?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(En tono bajo, mientras le hace un gesto enérgico.)* ¡Calla! ¡No digas nada!

Al mismo tiempo que doña Isabel de Bobadilla se asoma, la india huye a la carrera, y por un instante la esposa del gobernador alcanza a verla.

ISABEL DE BOBADILLA. ¿Es usted, Vasco Núñez?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Quien no logra ocultarse, como era su intención.*) Sí señora, quería saber cómo estaban...

ISABEL DE BOBADILLA. Bien, dentro de lo que cabe. (*Mirando hacia los alrededores.*) ¿Nadie lo acompañaba? Creí oír voces...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Tras una breve y comprometida pausa.*) Nadie...

ISABEL DE BOBADILLA. (*Sarcástica.*) Es raro... Me pareció ver una sombra moverse con sigilo por entre las cañas...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*Evasivo.*) Es posible... ¡Hay muchas sombras en Santa María la Antigua del Darién! (*Inclinando la cabeza ante ella, con intención de retirarse.*) Espero que pueda conciliar el sueño, señora, mientras se acostumbra a las novedades de esta tierra...

Sale Balboa y doña Isabel regresa al interior del rancho, después de ver cómo se aleja Vasco Núñez, durante unos instantes. Se oyen sonidos selváticos nocturnos, que suben de volumen de un modo amenazante, como una premonición o un mal sueño de los recién llegados, después de lo cual se inicia un nuevo día y retorna la intensa luz del sol canicular de los trópicos. En medio de estos cambios, prosiguen juegos y bailes de carnaval. Aparece Fray Juan de Quevedo en compañía de doña Isabel de Bobadilla.

17. AMOR OCULTO

FRAY JUAN DE QUEVEDO. ¿Está segura de lo que me dice, doña Isabel?

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Claro que sí, Fray Juan! Yo misma la vi con mis propios ojos.

FRAY JUAN DE QUEVEDO. Se le podría preguntar al propio capitán Balboa...

ISABEL DE BOBADILLA. No, su Reverencia, no. Era una mujer, o si lo prefiere, una bestia femenina; sin embargo, creo que él lo va a negar, por más que se le pregunte...

FRAY JUAN DE QUEVEDO. Y si así fuera, ¿por qué habría de ocultarla?

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Ay, Eminencia! No creo que tuviera santas intenciones. ¡Sospecho que esté amancebado con ella!

FRAY JUAN DE QUEVEDO. (*Persignándose.*) ¡Dios Santo! Tiene usted razón...

ISABEL DE BOBADILLA. Así es, Fray Juan. Que aunque el temple sea recio, la carne suele ser tan débil que consigue traicionar aún a los que proclaman dogmas y principios a los cuatro vientos...

FRAY JUAN DE QUEVEDO. ¡Doña Isabel ha hablado con razón y sabiduría! Hizo muy bien el señor gobernador en traerla consigo.

ISABEL DE BOBADILLA. Gracias, Ilustrísima. Si algún día tiene la oportunidad, dígalo delante de mi esposo, pues muchas veces sorprende en sus miradas un aire de arrepentimiento por haberme permitido venir...

18. LA GUAZABARA

Se escuchan tambores y gritos amenazantes. Una flecha cruza por sobre las cabezas del obispo y la gobernadora. Al momento aparecen dos soldados en compañía de Pedrarias y Enciso.

PEDRARIAS. *(Levanta su espada con un gesto patético, llevando puesta la pechera de su armadura, pero no el yelmo, por lo cual sus cabellos se observan alborotados dándole al viejo un cierto aire de locura.)* ¡Ataquen de inmediato! ¡Disparen contra todo lo que se mueva! ¡Pronto, antes de que lleguen a las mismas calles del pueblo!

Los soldados se miran el uno al otro sin decidirse a intervenir.

SOLDADO 1. Pero señor...

PEDRARIAS. ¿Qué esperan? ¡He dicho que disparen! ¡Son salvajes, que quieren matarnos para después devorarnos!

SOLDADO 1. Usted debe perdonarnos, Excelencia, pero... ¿No sería mejor preguntarle al capitán Balboa a ver qué piensa de esto?

PEDRARIAS. *(Mostrándose enfurecido al sentirse desautorizado con la sola mención del nombre de Balboa.)* ¿De modo que hay que pedir permiso a Balboa para cumplir mis órdenes?

BACHILLER ENCISO. ¿Se da cuenta, Serenísimo señor? Por algo vuesencia ha recibido el nombre de "Justador", y ahora le corresponde hacer justicia en este caso...

Siguen los tambores y la algarabía de los indígenas.

PEDRARIAS. ¡En estos instantes lo que se impone es contener a estos salvajes!

En ese momento cruzan un hombre desnudo, con una lanza en la mano, y se detiene ante doña Isabel de Bobadilla, mirándola

de arriba abajo. Ella se muestra aterrada y grita con todas sus fuerzas.

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Aaayyy!

PEDRARIAS. *(Corre al lado de su esposa, quien en ese momento se desmaya en sus brazos.)* ¡Isabel! *(Al indígena.)* ¡Salvaje! ¿Qué le ha hecho a mi esposa?

El indígena no se detiene a escuchar las palabras del gobernador y huye despavorido, antes de que éste termine de hablar.

BACHILLER ENCISO. *(Acercándose a Pedrarias.)* Esas eran las confianzas que permitía el tal capitán a quien las gentes de este lugar reverenciaban como su jefe y señor...

PEDRARIAS. ¡Pues que venga ahora mismo y me responda por esto!

Los murmullos crecen aún más. Ahora entra humo a escena y se observa el reflejo de fuego y hogueras que se han prendido cerca, como si se quisiera incendiar la villa del Darién.

Al mismo tiempo, parece un relajo desmesurado, propio del carnaval.

En otro punto de la escena aparece Anayansi, quien aunque ya se ha asimilado en buena parte a las costumbres españolas y viste como una dama peninsular, no se atreve a acercarse a las nuevas autoridades de Santa María la Antigua, y busca a Balboa con evidente preocupación.

Balboa entra, pero de inmediato se dirige a Anayansi, quien lo llama con un gesto patético. Los dos permanecen ocultos a la vista de Pedrarias. Mientras los personajes se esconden y los otros se disponen a defenderse atacando, la Muerte da vuelta por los alrededores, atenta a sus palabras y actitudes, aprestándose a intervenir en el momento oportuno.

ANAYANSI. ¡Mi señor!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Qué sucede? ¿Qué significan esos tambores? ¿Los caciques no habían acordado hacer la paz conmigo?

ANAYANSI. Con usted sí, mi señor. Pero no con los que disparan y matan.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Quién ha hecho eso?

ANAYANSI. El nuevo amo mandó a los soldados...

Balboa permanece semioculto tras una choza, mientras habla con Anayansi. Algún indio se asoma por el otro lado de la escena, con una tea encendida en su mano, mientras el rojizo se hace más espeso. Pedrarias lo observa con gesto de terror.

PEDRARIAS. ¡Pronto! ¡Por Santiago! ¡Disparen! ¡No permitan que ninguno de esos monstruos se acerque!

Los soldados hacen una primera descarga. El indio alcanza a salir, pero aumenta el sonido de las voces y tambores, que se hace cada vez más amenazante.

BACHILLER ENCISO. (Aterrado.) ¡Vamos adentro, señor! Y llevemos a doña Isabel. ¡No puede seguir expuesta al peligro.

PEDRARIAS. Quiero que Vasco Núñez me responda por esto.

BACHILLER ENCISO. ¿Se da cuenta de la clase de bribón con quien va a tener que lidiar, excelencia?

Pedrarias y Enciso entran al rancho, llevando alzada a Doña Isabel de Bobadilla, quien aún no ha conseguido reponerse de su desmayo. Balboa ha escuchado las palabras amenazantes en su contra, pero aún decide permanecer oculto, mientras se informa por boca de Anayansi de lo que está sucediendo.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Quiénes se han levantado? ¡Si aún crees en mí, dímelo, por favor!

ANAYANSI. ¡El cacique Cemaco ha caído! ¡Ahora lo lloran los hombres y las bestias! ¿De qué parte está mi señor?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. De la paz...

ANAYANSI. Pero hay muertos y suenan los tambores de guerra. ¿De qué parte está mi señor?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Sólo quiero saber quiénes se han levantado en armas contra nosotros!

ANAYANSI. ¿También contra mi señor? ¡No! Ellos te creían su amigo...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Contra los españoles... Contra los cristianos...

ANAYANSI. No contra todos... Hay amigos y enemigos, y además, ahora también son cristianos muchos hombres de mi pueblo. ¿No bautizaron al cacique Careta, mi Señor Principal, con el nombre de Fernando? Pero ahora me doy cuenta que cristianos matan cristianos...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(De nuevo irritado, sin saber cómo responder a las preguntas de Anayansi.)* ¡No puedo explicártelo todo en estos momentos! ¡Dime quiénes nos atacan!

En ese instante los tambores, el humo y el fuego aumentan, como si los indios estuvieran a punto de tomar el pueblo.

ANAYANSI. Son los poderosos señores Abibeiba, Cemaco, Abenamechey, Abraibe y Dabaibe los que se han conjurado para acabar con los demonios que matan. ¡Nunca contra mi señor!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Ahora Pedrarias es la autoridad y yo debo obedecerle...

ANAYANSI. ¿Aunque lo que ordene sea malo?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡No entiendes! ¡No entiendes!

ANAYANSI. *(Con aire desafiante, enfrentándolo.)* ¡Explícame entonces!

Vuelve a salir Pedrarias del rancho con su armadura completa, un estandarte con la cruz de los Reyes Católicos y su espada levantada.

PEDRARIAS. ¡Por Santiago y viva España! ¿Qué esperan para hacer fuego? ¡Hace falta una buena descarga para amedrentarlos!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Sale de su escondite y se acerca a Pedrarias, deteniendo la acción.)* ¡No! ¡Esa no es la solución!

PEDRARIAS. *(Se vuelve hacia Balboa con gesto agresivo, como si fuese su enemigo.)* ¡Traidor! ¿Dónde se había ocultado en estos momentos de peligro? ¿De parte de quién está?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. De parte de la vida.

PEDRARIAS. ¡Qué equivocado está! ¡Las guerras no se ganan con palabras ni con frases bonitas! ¡Disparen!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(A los soldados.)* ¡No, esperen! *(A Pedrarias.)* ¡Usía se equivoca! ¡Esos hombres protestan porque han sido atacados!

PEDRARIAS. No son hombres sino bestias...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Se pueden educar y llegarán a ser honestos cristianos... Muchos han sido bautizados...

PEDRARIAS. ¡Eso no es posible! Ni siquiera se sabe si tienen alma... Además, quedan pocos espejos y cascabeles con qué contentarlos, por eso hay que responderles con pólvora... *(Desesperado ante el ruido incesante de los tambores.)* ¿No los oyes? ¡Que no callen los arcabuces hasta que esos indios no se hayan silenciado!

Un par de soldados, situados a lado y lado de Pedrarias y Balboa, provistos de arcabuces, se muestran confundidos, sin saber qué hacer, y miran tanto a su antiguo capitán como al nuevo gobernador, para saber qué conducta deben seguir.

SOLDADO 1. *(A Balboa.)* ¿Qué hacemos, capitán?

En ese momento entra Enciso y se dirige de inmediato al gobernador, mirando a Balboa con una expresión de intenso odio.

BACHILLER ENCISO. ¡Lo están desobedeciendo, excelencia! ¡Pasan por encima de sus órdenes así como en otra época desatendieron las mías!

PEDRARIAS. *(Con decisión, motivado por las palabras insidiosas de Enciso.)* ¡Ya lo oyeron, soldados! ¡Disparen!

Los soldados se preparan a disparar, al darse cuenta de que no pueden ir contra las órdenes superiores. En ese momento han arreciado los gritos y tambores, el humo y el fuego, y se ven lanzas que entran a lado y lado de la escena y emergen de atrás de las chozas en forma amenazante. Antes de que los soldados disparen, aparecen la Muerte y detiene la acción de los arcabuces.

LA MUERTE. ¡Alto! Por ahora no quiero llevarme a nadie, ¿me entienden? Intento dejarlos vivir, y se apresuran a hacerme el trabajo... Como siempre, una cosa es lo que dicen y otra lo que hacen...

PEDRARIAS. (*Impotente, sin saber quién ha detenido la acción en forma tan extraña.*) Al fin: ¿Quién es el que manda aquí?

Los soldados bajan los arcabuces con aire de satisfacción. Balboa sonríe mientras Pedrarias se muestra consternado.

BACHILLER ENCISO. (*Casi al oído de Pedrarias, llevándolo aparte, el ruido de gritos y tambores ha disminuido un tanto.*) Mientras ese hombre esté libre por aquí, su autoridad no va a ser respetada, Serenísimo Señor.

PEDRARIAS. Tiene razón, Enciso. Si no se cumplieron mis órdenes de disparar contra esos salvajes, tendrán que obedecerme cuando mande que disparen contra él. Entonces se sabrá de parte de quién están esos hombres. ¡O se acata la voluntad del Rey, o se toma el partido por la rebelión y la emancipación!

BACHILLER ENCISO. Muchas causas se pueden adelantar en contra de ese traidor, pero por ahora tiene su excelencia una buena carta en sus manos para probarlo...

Vuelven los ruidos de tambores y gritos.

PEDRARIAS. ¿Cuál?

BACHILLER ENCISO. ¿No los oye? No demoran en saltar sobre nosotros, descuartizarnos y devorarnos, como si fuésemos cerdos o reses. Si ese hombre se opone a que nos defendamos, ¿por qué no lo envía a pacificar a esos salvajes? Que vaya solo y sin armas... Así veremos cuál es su suerte...

PEDRARIAS. Eso está muy bien. (*A Balboa.*) Vasco Núñez: tiene una oportunidad. Vaya y hable con esos bárbaros, si es que puede. ¡Amonéstelos en nombre de Dios y del Rey!

Los tambores y gritos llegan a su mayor clímax, y el humo se hace más espeso, en momentos en que sale Balboa. Enciso, Pedrarias y los guardias corren hacia la puerta del rancho, con la intención de guarecerse.

BACHILLER ENCISO. No va a ser tan fácil conseguir que esas bestias se comporten como verdaderos hombres ..

De repente, la gritería y los tambores se suspenden. Temerosos de que se prepare un nuevo ataque, Pedrarias y Enciso entran a la choza. Los soldados vuelven a levantar los arcabuces, en posición de ataque.

19. UN ARREGLO HONROSO, MAL VISTO POR EL PODEROSO

Enciso y Pedrarias sacan su cabeza por la ventana de la choza, para ver qué está ocurriendo.

PEDRARIAS. ¿Qué pasa?

BACHILLER ENCISO. Imagine, excelencia, lo que sucedería a un cervatillo en medio de una jauría de lobos... Lo más probable es que estén cortando sus pedazos para asarlos al fuego...

El humo se va dispersando, en medio del silencio, y los tintes rojizos que tenían la humareda, se transforman en una tonalidad azulosa.

Balboa vuelve a aparecer, sano y salvo, y se dirige a choza del gobernador, mientras los soldados lo aplauden con frenesí. Enciso y Pedrarias se muestran sorprendidos.

PEDRARIAS. ¡No es posible!

BACHILLER ENCISO. Eso demuestra que Vasco Núñez está aliado con ellos, excelencia... ¡No vaya a confiar! ¡Si se ablanda, estamos perdidos!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. He cumplido sus órdenes, señor gobernador. Los nativos han regresado a sus casas en paz. Por el momento no hay nada de temer de ellos. Mientras no se les agreda, no van a intentar nada en contra nuestra.

BACHILLER ENCISO. ¿Va a creerle, vuesencia? También yo llegué a confiar en él en un momento, y de poco me sirvió. El trato con esas gentes puede haberle afectado sus principios morales...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Si piensa eso, que vengan entonces sus jefes y hablen con el señor gobernador...

PEDRARIAS. ¡Eso nunca! No permitiré que esos salvajes lleguen hasta aquí. Por ahora, puede retirarse, Balboa.

BACHILLER ENCISO. No quiero intervenir más de lo debido ni menos aún emitir una opinión apresurada, pero estimo que habría que investigar el comportamiento de Vasco Núñez. Si es inocente, mal hacemos al sentir desconfianza por sus actos...

PEDRARIAS. Es cierto, por eso determino que a partir de este momento se instituya un "Juicio de Residencia" en contra de Vasco Núñez de Balboa, para que responda por sus actos en Santa María la Antigua del Darién.

20. EL JUICIO

Balboa es encerrado en una rústica jaula de cañas, como si se tratase de una fiera peligrosa. Se constituye un improvisado tribunal, en el que el juez superior es el propio Pedrarias, aunque en el fondo es la Muerte quien toma las decisiones definitivas.

Enciso se adelanta y plantea los cargos en contra de su rival.

BACHILLER ENCISO. ¡Soy el principal agraviado! Por eso solicito que Vasco Núñez me responda por las costas, daños y menoscabos que me han sucedido en cuanto a lo civil, porque de los daños morales prefiero no hablar. Su Señoría debe saber que he invertido todo mi capital en estas conquistas de Tierra Firme, y hasta ahora no he obtenido ningún beneficio...

PEDRARIAS. Es justo cuanto pide el señor Bachiller. ¡Si es culpable de tales perjuicios, que pague! Y por otro lado, ¿qué puede decir Vasco Núñez de sus por lo menos "sospechosas" relaciones con los indios?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Sospechosas? Hemos acordado la paz con los caciques Careta, Comogre, Pocososa, Paruraca, Tubamana, Bucheribuca, Chyraca, Chocica, Azoca, Theaoca, Pepera, Tumaca, Cograchape, Paque, Torecha, Ponca, Choaca y Etoque Ponanimana...

Pedrarias y Enciso se muestran sorprendidos ante tan notables nombres. De pronto, el viejo rompe de nuevo con su personaje, suelta una carcajada, abandona a Pedrarias y encarna su estado presente de maestro alcohólico, en medio del carnaval.

EL VIEJO. (Quitándose casco y peluca.) ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Qué está diciendo este loco? ¡Esos parecen nombres de hoteles!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (Extrañado.) ¿Cómo?

EL VIEJO. (El mismo juego, sin dejar de reír a mandíbula batiente.) De hoteles, moteles, bares de mala muerte y prostíbulos... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

LA MUERTE. ¿Qué?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Señor... No entiendo!

LA MUERTE. (*Enojada con Pedrarias y el viejo.*) ¿Y cómo va a entender, si este viejo tonto volvió a romper con su personaje? ¡No tiene concentración!

EL VIEJO. ¿Qué dice? (*Cae en la cuenta, deja de reír y se pone de nuevo la peluca y el casco.*) Perdón... ¿De qué estaba hablando, señor Balboa?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. De la paz que hemos acordado con los caciques...

PEDRARIAS. ¿La paz? ¿Qué clase de paz? ¡No me haga reír!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Permítales entonces venir hasta acá. Hable con ellos, si no cree en mi palabra.

PEDRARIAS. (*Terminante.*) ¡Eso nunca!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. No son mala gente...

PEDRARIAS. ¿Ah, no? ¿Acaso no intentaban atacarnos? ¿O era una fiesta que estaban celebrando? ¿Y nosotros estábamos invitados al banquete, como platos? ¡Son peores que los moros, y más traicioneros!

Balboa medita unos instantes antes de contestar. Fray Juan de Quevedo y Doña Isabel de Bobadilla se asoman a ver cómo se desarrolla el proceso.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Como esos pobres indios vieron salir fuego de los arcabuces y oyeron el trueno, pensaron que eran rayos y que los cristianos teníamos el poder para fulminarlos con ellos... Por eso huyen, creyendo que somos diablos...

BACHILLER ENCISO. Eso creen los bárbaros, ¿o se lo han hecho creer?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Habría que preguntárselo a sus jefes. Insisto en que los dejen llegar hasta aquí. Tal vez así cambie la opinión que tiene sobre ellos.

PEDRARIAS. *(Casi gritando, furioso.)* ¡Nooo! ¡Responda usted!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. *(Seco.)* Ya he dicho cuanto tenía que decir.

BACHILLER ENCISO. Si no puede responder ni siquiera por sí mismo, ¿cómo va a responder por los demás?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. El señor Letrado siempre hallará ocasión para atacar mis actos, sean de pensamiento o de obra.

PEDRARIAS. ¡Usted quiere aparecer como un ángel! ¡Como un benefactor de los indios! ¿Pero... es verdad tanta belleza? ¿Nunca ordenó una acción contra ellos? ¿En ninguna ocasión se vio obligado a atacarlos?

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Sólo mandé a aperrear a algunos que andaban vestidos con hábitos de mujeres, entregados al pecado nefando de la sodomía...

ISABEL DE BOBADILLA. ¿Aperrear? ¿Qué es eso?

BACHILLER ENCISO. *(Con sevicia.)* Echarlos a los perros bravos, señora. Y como eran tan delicados y de carnes blandas, los mastines dieron muy pronto cuenta de ellos...

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Dios Santo!

PEDRARIAS. Tantas fechorías deben ser castigadas con la vida.

LA MUERTE. *(Desde el sitio donde vigila el desarrollo de la acción.)* ¡No tan rápido, que al cabo de cien años todos serán calvos, y una cosa es llevar la cruz en los pechos y otra el diablo en los hechos!

FRAY JUAN DE QUEVEDO. *(Como inspirado por las palabras de la Muerte.)* ¿Qué dice, vuesaencia? A este hombre no se le ha seguido una sumaria como es debido...

ISABEL DE BOBADILLA. *(Volviéndose hacia su esposo, con tono suplicante.)* Mi señor debe tener piedad y oír el testimonio de otros hombres sobre Vasco Núñez...

PEDRARIAS. (*Recapacitando.*) Está bien. Por esta vez le concedo la gracia de vivir, pues no puedo desatender las súplicas de tan buenos abogados...

BACHILLER ENCISO. Su Excelencia es generoso. Sólo hay que esperar que este hombre tenga la gratitud que no tuvo conmigo cuando le perdoné la vida al hallarlo como polizón en mi barco...

PEDRARIAS. (*A Enciso.*) ¡He tomado una decisión, señor Bachiller, y debe respetarme! (*Con un súbito ataque de ira.*) ¡Por todos los santos! ¿A quién debo obedecer? ¿A Balboa? ¿A Enciso? ¿Al señor Obispo? ¿A mi esposa? ¿Al Rey? ¿A Dios, o al diablo? ¿Volví de la tumba para que todo el mundo me esté diciendo lo que tengo que hacer?

21. SEGUNDA TRAMPA

Los personajes quedan por unos instantes como congelados. La Muerte baja, en medio del ruido estrepitoso de las matracas que mueven sus ayudantes, y camina por entre las figuras de carnaval que están como fuera del tiempo. Se acerca a Pedrarias y le habla al oído.

LA MUERTE. Ahora, señor Pedrarias, vaya a meditar al lecho en el cual quiso jugarme una broma... (*Corre y abre la tapa del ataúd.*) Venga, venga y se recuesta un rato en estos fúnebres maderos... (*Pedrarias lo hace.*) ¡Muy bien! No puedo satisfacerlo con tanta facilidad, después de las trastadas que me ha hecho... ¡No me ha dado la carne y ya pide los huesos! (*Hablándole casi al oído, en momentos en que Pedrarias está rígido en el ataúd, como si fuera un muerto.*) No se ensucie las manos, sólo porque llenan su cabeza de cuentos... Haga otra prueba... Busque una salida. ¡Sueñe! ¡Sueñe!

Dos o tres músicos se acercan y tocan una melodía para el sueño de Pedrarias; se escuchan sonidos de selva enrarecidos, mientras el gobernador sigue en su ataúd. Luego, cuando éste se levanta, los músicos y la Muerte se alejan y la escena recobra el movimiento normal.

PEDRARIAS. (*Volviendo al lado de Enciso, como si fuese la continuación directa del diálogo anterior.*) Lo he pensado, señor Bachiller... Así que dígame: ¿cuál es la región más peligrosa de estos territorios?

BACHILLER ENCISO. Una provincia que llaman de Dabaibe. Dicen que allí hay mucho oro, pero ninguno de cuantos se han aventurado por aquellos predios ha regresado con vida.

PEDRARIAS. ¡Ese es entonces el sitio para enviar a Vasco Núñez! Suéltelo para que parta de inmediato hacia Dabaibe. Si es inocente, su ángel lo defenderá contra todos los peligros...

Dos soldados sueltan a Vasco Núñez, mientras Pedrarias y su comitiva se dirigen hacia el interior de la choza. Antes de que Balboa salga de escena, Anayansi se dirige a él, con un tono de temerosa advertencia.

ANAYANSI. ¡Cuidado, mi señor!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Qué dices?

ANAYANSI. Tengo miedo.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. No es la primera vez que me enfrento al peligro. Yo sabré cuidarme.

ANAYANSI. Mi señor: Dabaibe es la madre del Dios que ha creado el sol, la luna y todos los elementos.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Tú sabes que yo creo en otro Dios.

ANAYANSI. En el de las Españas. Pero aquí, las gentes creen en Dabaibe. El templo dedicado a ella está hecho todo de oro, y Cemaco y los demás señores de estos bosques están dispuestos a atacar, si mi señor se atreve a despojar los lugares del culto...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Cómo! ¿Cemaco no había muerto?

ANAYANSI. ¡No! ¡Él no puede morir! Dicen que se convirtió en jaguar, o en serpiente, en pájaro, en guacamaya y que espera volver algún día a reclamar sus territorios...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Debo cumplir las órdenes de Su Excelencia el gobernador. ¡No tengo más remedio!

Sale Balboa, seguido por Anayansi. Doña Isabel de Bobadilla se asoma por la ventana de la choza y descubre de nuevo a Balboa con la india.

22. EL MATRIMONIO

Enseguida Doña Isabel sale de la choza y encuentra a Fray Juan de Quevedo, quien también espiaba la salida de Balboa y su amiga.

ISABEL DE BOBADILLA. ¿Los vio, su Reverencia? *(El clérigo guarda un prudente silencio.)* No se separa de su lado... Y además, me temo que son varios los españoles que viven amancebados en forma desvergonzada con las indias...

FRAY JUAN DE QUEVEDO. Habrá que darle una esposa cristiana...

ISABEL DE BOBADILLA. ¿Pero cuál? Estas tierras novísimas no abundan en esa clase de manjar...

FRAY JUAN DE QUEVEDO. Podría traerse de España... Una joven virtuosa y de costumbres sanas... *(Con toda la intención.)* ¿No han dejado vuesencias una hija en Castilla? Por venir de donde viene, con seguridad posee esas hermosas cualidades...

ISABEL DE BOBADILLA. En efecto... Mi amada María quedó en el Torrejón de Velasco... ¡Pero no estará pensando su Reverencia en casarla con Vasco Núñez!

FRAY JUAN DE QUEVEDO. ¿Y por qué no?

ISABEL DE BOBADILLA. Mi marido no lo quiere.

FRAY JUAN DE QUEVEDO. Porque lo considera un rival. Pero si se casa con su hija, hará parte de la familia y ya no habrá motivo de disputas... ¡Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él!

ISABEL DE BOBADILLA. ¿Pero cómo hacerlo?

FRAY JUAN DE QUEVEDO. ¡Por poder! Así terminarán los recelos de don Pedro hacia ese joven, cuando sea su pariente y nuevo hijo...

ISABEL DE BOBADILLA. Creo que es demasiado tarde para eso, Fray Juan...

FRAY JUAN DE QUEVEDO. ¿Por qué? Nunca es tarde cuando se trata de alcanzar la paz y la concordia... Y esa boda, sin duda, nos convendría a todos...

ISABEL DE BOBADILLA. Mi esposo envió al capitán Balboa a una misión difícil y arriesgada. ¡Dudo que salga con vida!

Fray Juan de Quevedo se persigna y sale de escena, mientras doña Isabel regresa al lado del ataúd donde su esposo está recostado.

23. UN MAL SUEÑO

Cambian las luces y se hace de noche. Pedrarias se pone de pie como alucinado.

PEDRARIAS. ¡Allí lo vi! ¡Es un espectro! Camina lleno de flechas y viene hacia nos, soltando sangre como una fuente.

ISABEL DE BOBADILLA. ¿De quién hablas? ¿Quién viene?

PEDRARIAS. ¡Es él! ¡Balboa! Otro en su lugar ya habría muerto, pero él sobrevive sólo para fastidiarme.

ISABEL DE BOBADILLA. Aquí no hay nadie... Has tenido una alucinación...

PEDRARIAS. *(Sigue mirando en forma extraviada la pesadilla que parece tener forma corporal.)* ¡No... Es una nueva advertencia! ¡Mis sueños no se equivocan! Veo sangre, mucha sangre...

ISABEL DE BOBADILLA. Los sueños pueden tener distintas interpretaciones... Yo, por ejemplo, en mis sueños he visto a nuestra hija, felizmente casada y en nuestra compañía.

PEDRARIAS. *(Receloso.)* ¿Casada? ¿Y con quién?

ISABEL DE BOBADILLA. Con Balboa. Y pienso que no sería una mala idea, pues así terminarían muchos males y contrariedades en esta tierra...

PEDRARIAS. Él no va a regresar. Quizá, ahora mismo ya no existe, y eso es lo que mi sueño trata de revelar...

ISABEL DE BOBADILLA. *(Acercándose a su esposo, tratando de convencerlo.)* Pedro: nuestro Arzobispo bendeciría esa boda con suma complacencia si él regresa con vida... ¿Lo aceptarías como nuestro hijo?

PEDRARIAS. No lo sé, Isabel. ¡Debo seguir meditando sobre todas estas cosas! Tal vez, cuando amanezca, se hayan aclarado mis ideas...

Pedrarias regresa al ataúd y vuelve a acostarse en él, mientras doña Isabel lo hace sobre el chinchorro.

24. LA PESTE NEGRA

La Muerte aparece, después de que se escuchan sonidos de tempestad y un viento silbante.

LA MUERTE. ¡Él sólo piensa en la Muerte! ¡Con ella sueña y para ella vive! Y como un amante traicionero, aparentó estar conmigo, cuando no era otra cosa que un sueño. ¡Pues bien: si tanto me desea y a la vez me responde con infidelidades, voy a complacerlo para que se espante de sus propios y más ocultos deseos!

Suena el tambor y dos ayudantes de la Muerte aparecen moviendo sus guadañas a uno y otro lado. Al momento entran cuatro hombres, cargando dos rústicos ataúdes. Traen sus vestidos hechos jirones y en sus rostros se observan grandes ojeras y úlceras producidas por el hambre y la peste negra. De los ataúdes sacan muñecos como si se tratase de cadáveres y restos humanos, y se cambian de máscaras dando la idea de que son muchos los que fallecen en esta mala hora de Santa María la Antigua del Darién. Por el fondo del escenario baja un telón rojo, como si se tratara de un atardecer sangriento.

HIDALGO 1. *(Sacando del ataúd un traje de seda y fino brocado.)* ¡Cambio mi vestido de brocado y seda por un pedazo de pan de maíz!

Muestra el vestido al público, en momentos en que la Muerte lo tumba con su guadaña. Máscaras y cuerpos van cayendo. Aparece Fray Juan de Quevedo llevando una cruz y arrojando incienso a lado y lado, como si quisiera alejar la peste con el humo.

FRAY JUAN DE QUEVEDO. ¡Es la peste negra! ¡Que Dios se apiade de nosotros!

HIDALGO 2. ¡Que vuelva Balboa! ¡Sólo él puede hallar un remedio a nuestros males! ¡En mala hora nos subimos a los barcos, dejando casa y hacienda, para que se nos saliera el ánima en estas soledades!

PEDRARIAS. (*Incorporándose en su ataúd.*) ¡Callen! ¡No atraigan a la mala fortuna más de lo que ella misma intenta abatirse sobre nosotros!

HIDALGO 2. ¡Que regrese Vasco Núñez! ¡Su perdición es la culpa de nuestras desgracias!

Crecen los lamentos y gestos suplicantes de las figuras fantasmales que cambian de rostro cada vez que caen abatidos por la guadaña mortífera. Como un alma en pena, doña Isabel de Bobadilla se acerca a su esposo.

ISABEL DE BOBADILLA. ¿No los oyes? Todos creen en él y piden que regrese a su ciudad...

PEDRARIAS. (*Irritado.*) ¡Hasta ese punto los tenía alucinados! ¿Piensan acaso que es un taumaturgo con poderes sobrenaturales?

ISABEL DE BOBADILLA. Sea lo que sea, están muriendo y creen en él. ¡Háblales!

PEDRARIAS. (*Con un gesto de fastidio.*) Pero... ¿Qué les voy a decir? ¿Acaso soy culpable de lo que está sucediendo?

ISABEL DE BOBADILLA. No, pero debes decirles algo. Aunque sea una mentira piadosa. No los dejes en el abandono y la desesperanza...

PEDRARIAS. (*Sin estar convencido.*) ¿De veras tengo que hacerlo?

ISABEL DE BOBADILLA. (*Enojada con él.*) ¿Preferirías que yo lo hiciera? ¿Qué pensarían de ti entonces?

PEDRARIAS. (*Con un gesto de resignación.*) Está bien. Les hablaré.

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Ten un poco de caridad! Estas selvas te han endurecido el corazón...

Pedrarias se dirige a los agonizantes que van cayendo, víctimas de la peste negra.

PEDRARIAS. ¡Amigos! ¡También yo quiero que el capitán Balboa regrese! Si lo hace, pienso ofrecerle a mi propia hija co-

mo esposa. La haré venir de España en la primera nao que se dirija al Darién. ¡Lo prometo!

El bachiller Enciso regresa al lado de Pedrarias, continuando su intriga contra Vasco Núñez.

BACHILLER ENCISO. Señor gobernador: han llegado mensajeros con noticias de la Corte. Si Su Excelencia no se cuida, puede suceder que salga de aquí expulsado por el propio hombre al que quiere proteger...

PEDRARIAS. (*Disgustado por las constantes artimañas del bachiller.*) ¡Calle, señor bachiller, que no parece que quedara en su ánimo otra cosa que el odio!

BACHILLER ENCISO. Porque conozco el tema, sé como se desarrolló el argumento... Mi señor debe saberlo; pasando por alto su autoridad, el Vasco Núñez escribió al Rey por su cuenta, diciéndole muchas mentiras y exageraciones, y su Majestad, inocente de todo, lo nombró Adelantado de Oiba y Panamá...

PEDRARIAS. ¿Qué dice? ¿De dónde saca usía tales historias?

BACHILLER ENCISO. ¡De la palabra del propio Rey Fernando! (*Estira la mano y entrega un pergamino a Pedrarias.*)

Pedrarias abre el pergamino y luego lo cierra con fuerza.

PEDRARIAS. ¿Adelantado de Panamá?

BACHILLER ENCISO. Así dice el Edicto. Su Majestad está muy lejos y otorga tierras y océanos cuya existencia es dudosa...

PEDRARIAS. ¿Duda de la palabra del Rey, señor Bachiller?

BACHILLER ENCISO. No señor, pero sí de los informes que llegan a la Corte, enviados por ilusos y falsarios, que sólo buscan obtener prebendas de la generosidad de nuestro Soberano. Por mi parte, no he mencionado ni mencionaré en mi "Suma Geográfica" ninguna Mar del Sur, hasta que esa mar, si es que existe, no haya sido descubierta por alguien de fiar...

PEDRARIAS. ¿Negaría un océano para vengarse de un hombre?

Enciso calla. El escenario está lleno de muñecos que semejan los muertos de la peste. Hay cabezas y brazos por todas partes, y se

escuchan los lamentos de los que aún no han fallecido. La Muerte ha cumplido su promesa y deja ir a sus asistentes. Luego, se acerca a Pedrarias y a Enciso.

LA MUERTE. ¡Hasta aquí llegan las suposiciones e imaginé-
rías! Ahora Balboa regresa de su última campaña, como si se
tratase de los trabajos de Hércules, pero herido y con hambre,
presenciando con tristeza el lamentable estado en que se en-
cuentra Santa María la Antigua del Darién... *(Haciéndole un
gesto al personaje que se encuentra tras bastidores.)* ¡Puede
seguir!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¿Esta era la villa que dejé sa-
na y salva hace menos tiempo del que tarda un bajel en cruzar
el océano?

PEDRARIAS. *(Desconfiado.)* ¿Trata de pedirme cuentas?

BACHILLER ENCISO. ¡Lo hará siempre, señor! Cuando de-
bería ser al contrario...

PEDRARIAS. ¡A la jaula con él!

*Vuelven a sonar los tambores, Balboa es encerrado de nuevo en
unas cañas de bambú, pero esta vez sin posibilidades de salvación.*

25. LA CONDENA

Entra un pregonero marcando el paso con un tamboril, anunciando la sentencia en contra de Balboa.

PREGONERO. “Esta es la justicia que manda hacer el Rey, Nuestro Señor, y Pedrarias, su lugarteniente, en su nombre, a este hombre por traidor y usurpador de las tierras sujetas a su Real Corona”...

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡Tienen que escucharme! ¡Deseo que todos los súbditos del Rey sean tan fieles como lo he sido yo!

Fray Juan de Quevedo se acerca al gobernador y le habla aparte, en voz baja.

FRAY JUAN DE QUEVEDO. Debe perder los resabios que tiene en su contra, señor, y más bien trate de ayudarse de él, pues por experiencia de la tierra puede hacerlo más que ningún otro... *(Mira con recelo a Enciso.)*

PEDRARIAS. ¿Y cómo puedo fiarme de un hombre que sólo piensa en sus personales intereses? ¿Un hombre que escribe al Rey por su cuenta y riesgo diciendo toda clase de mentiras sin informar primero al gobernador?

FRAY JUAN DE QUEVEDO. Él conoce los secretos de estas regiones y el señor gobernador nunca los sabrá si no hace de Vasco Núñez su amigo y consejero...

PEDRARIAS. ¡Es muy tarde, Fray Juan! Esta ciudad agoniza a causa de la enfermedad de la modorra y las pestes... ¡Hay que salir de aquí enseguida! Dejar que las fieras se apoderen de estas chozas y el monte las cubra con piedad!

FRAY JUAN DE QUEVEDO. ¿Abandonar Santa María la Antigua del Darién?

PEDRARIAS. Será como si esta ciudad nunca hubiese existido. ¡No fue más que un pueblo fantasma donde sólo reinaba la Muerte! Hay que ir enseguida a buscar un sitio más propicio para fundar de veras la primera ciudad de Tierra Firme en las Indias Occidentales, que guarde nuestra memoria hasta el fin de los tiempos...

Retorna el carnaval; la Muerte y las comparsas en medio del baile, desbaratan las chozas y simulan el viaje, llevando a Balboa sobre una carreta, encerrado en su jaula.

BACHILLER ENCISO. ¿Y qué va a hacer con él, Excelencia? ¿Seguirán dos poderes en tensión, como el arco y la flecha?

PEDRARIAS. No. Pues si pecó, que pague por ello. *(Con fingida tristeza.)* Aunque yo quise hacerlo mi yerno y mi hijo, de nada valieron mis buenas intenciones. ¡Qué rueda entonces su cabeza, pero que no se me exponga a presenciar tan feo espectáculo!

Se esconde Pedrarias en su ataúd, los distintos personajes le dan la espalda a Balboa, mientras el verdugo coloca su cabeza sobre un tronco.

En medio de esta acción, la Muerte pasa un pincel teñido de rojo sobre la garganta de Balboa, como si firmase una sentencia.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. ¡La culpa de todo la tiene el hecho de que hayan venido en mala hora bachilleres en leyes a estas tierras! ¡Es una gran pena, porque no ha pasado ninguno a esta parte que no sea un diablo, y como tal se comporte!

El verdugo deja caer el hacha y rueda la cabeza de Balboa. La Muerte la levanta del suelo y se dirige hacia el ataúd donde se encuentra Pedrarias.

LA MUERTE. ¡Aquí está su trofeo, Pedrarias! ¿No era lo que buscaba? ¡Por lo que parece, al Descubridor del Océano Pacífico le fue peor que al mismo Colón!

Pedrarias sale de su ataúd, se coloca su coraza, toma en sus manos la cabeza de Balboa y se dirige a la parte delantera del escenario. Los demás personajes los rodean.

Las tres mujeres corren al escenario donde está el flácido pelele que representa al cuerpo ya sin vida de Balboa. Los personajes his-

tóricos se mezclan con los presentes como si la memoria del pasado se comenzara a borrar.

ISABEL DE BOBADILLA. ¡Aquí no dejan de rodar cabezas como si fueran máscaras de carnaval!

ANAYANSI. ¿Esa era la justicia que los cristianos nos querían enseñar? Si es así, regreso al fondo de los bosques para no saber más de ellos...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. *(Despojándose del vestido y del personaje de Isabel de Bobadilla.)* ¡Estas pobres indias nunca van a entender nada!

MARÍA DE PEÑALOSA. *(La joven aún divaga sin poderse zafar de su personaje.)* ¿Quién soy yo? Una mujer sin hombre. Una tierra reseca sin un sembrador que la fecunde... ¡He quedado viuda antes de haber visto el rostro de mi esposo, y ya ni siquiera sé si alguna vez existió! ¡Ahora no tendré otro camino que envejecer en la fría celda de un convento! *(Se desplaza hacia el fondo y antes de salir de escena se transforma, despojándose de sus vestidos de época y quedando en traje contemporáneo.)*

26. EPÍLOGO

Pedrarias, al borde del escenario, señala hacia la platea, como si se tratase de la mar del Sur, en momentos en que se coloca, como una máscara, la cabeza de Balboa sobre sus hombros. Un soldado le acerca un estandarte con la insignia de los Reyes Católicos y Pedrarias se arrodilla con un gesto reverente.

PEDRARIAS. ¡Anote, señor Escribano! *(El escribano sale de entre las gentes que rodean al gobernador y se apresta a escribir lo que éste le dicta.)* En nombre de sus Reales Majestades, Fernando de Aragón y la Reina Juana, su hija, tomo posesión de este océano y tierras, y ordeno que se levante en estas mismas playas la primera ciudad de Tierra Firme, para gloria de...

Las últimas palabras de Pedrarias no se escuchan, por cuanto la Muerte pasa un velo por sobre la escena y retorna la fanfarria del carnaval. Los personajes se van despojando de sus trajes de época, mientras entre bailes, risas y cantos se despiden de la fiesta, en momentos en que comienza a amanecer.

ISABEL DE BOBADILLA. *(Mientras se va desprendiendo de su personaje, con un gesto de rabia.)* ¡Regreso a España! Vuelvo al Torrejón de Velasco, para acompañar a mi pobre hija, que ahora es viuda antes de haber conocido marido...

LA MUERTE. *(Con un gesto, como dando la función por terminada.)* Hasta aquí el pasado. Ahora se esfuman los fantasmas y regresa el olvido. Por eso, la historia se repite y las cabezas siguen rodando...

Los personajes del carnaval regresan a su estado original y olvidan por completo las identidades que han asumido durante la función.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. *(Como los demás personajes, recupera su identidad y olvida la que le prestó la Muerte.)* Es-

tá amaneciendo... Esta fiesta se prolongó más de la cuenta.

EL VIEJO. *(Mirando hacia los alrededores, con un gesto de extrañeza, mientras voltea bocabajo una botella vacía que ha encontrado entre las basuras.)* Es hora de ir a descansar. ¡Mañana será el entierro de Joselito Carnaval!

LA MUERTE. *(Comenzando a alejarse.)* ¿Otro entierro? No me miren a mí, que si hay muerto, la culpa será de ustedes y no mía. ¿Pero qué digo? Hasta aquí la fiesta. ¡Se acabó la muerte alegre y complaciente! ¡Ahora, a trabajar en serio!

La Muerte se aleja, sin salir del todo, mientras los personajes van regresando a escena con sus trajes contemporáneos, con la excepción del flautista... Parecen haber despertado de un extraño sueño, del que no pudieran recordar más que algunas vagas y confusas sensaciones.

A lo lejos comienzan a oírse disparos de armas contemporáneas.

LA DAMA MÁS JOVEN. *(Vuelve, con su traje actual.)* ¿Qué pasó aquí? ¡No recuerdo nada!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Yo tampoco... ¿Era una reina? ¿Una princesa? No recuerdo...

LA MUERTE. ¿Para qué me pidieron que volvieran los fantasmas de la historia, si enseguida lo iban a olvidar todo? Pero siempre es así, y tal vez sea mejor. Quizá lo único verdadero es la brevedad del instante. El olor y el sabor del momento que se escurre como agua entre las manos, y después de lo cual sólo quedan el olvido y la nostalgia...

Desaparece la Muerte con su cortejo, la fanfarria del carnaval sale, interpretando los últimos compases de su danza burlona.

Los disparos, como ráfagas de ametralladora, se van oyendo cada vez más cerca.

LA DAMA MÁS JOVEN. *(Atenta a las descargas.)* ¿Qué es eso?

EL TAMBORERO. Lo que queda de la pólvora del Carnaval...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. *(También escucha, preocupada.)* No. El carnaval ya terminó. ¡Será mejor que nos vayamos!

LA DAMA MÁS JOVEN. Sí. ¿Dónde está el flautista?

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Es peligroso seguir aquí. Después de la fiesta, quedan las consecuencias de la borrachera, y nadie es responsable de sus actos...

LA DAMA MÁS JOVEN. Sí... Sobre todo esos indios... ¡Ahora andan sueltos por toda la ciudad!

EL VIEJO. (*Pensativo.*) ¿Qué fue lo que pasó esta noche? Sólo recuerdo que encarné la figura de un joven...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¿Un joven? ¡Eso no es posible! Usted fue viejo desde siempre...

LA DAMA MÁS JOVEN. ¿Quiénes éramos? También lo olvidé todo... Tengo la sensación de haber estado esperando a que un hombre llegara por mí... Alguien que estaba muy lejos...

Ahora los disparos se escuchan cerca, y los personajes se muestran asustados. Los sonidos deben oírse también en la sala, tras el público, como si fueran el producto de la realidad.

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Será mejor que nos vayamos... ¡Esto no me gusta nada!

LA DAMA MÁS JOVEN. ¿Y dónde está el flautista? Tal vez sería mejor que nos acompañara hasta la casa...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. Él va a estar encantado de hacerlo...

La joven, nerviosa, mira hacia los alrededores, buscando al flautista, que no aparece por ningún lado.

LA DAMA MÁS JOVEN. Esta calle no me gustó en ningún momento... Tiene algo terrible, como si se tratara de un callejón sin salida...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. (*Con malicia.*) ¿Y esperas que él te ayude a salir de aquí?

LA DAMA MÁS JOVEN. ¿Y por qué no?

LA DAMA DE MAYOR EDAD. (*Con picardía y desvergüenza.*) ¡Claro! ¡Contra la furia de la Muerte, sólo existe la furia del Amor!

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡No lo digo por eso!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. (*Insinuante.*) Querida... Ese muchacho no es un mal parejo, y tú le gustas... Cuando veníamos hacia esta calle no dejó de mirarte un solo instante...

EL VIEJO. ¡Vieja Celestina!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Cállate, rata de alcantari-lla! ¡Borracho de mierda!

EL VIEJO. ¡Linda poesía sale de tus labios de víbora!

Los distintos personajes han regresado a escena, con excepción del flautista. La joven se dirige al tamborero.

LA DAMA MÁS JOVEN. ¿Has visto al flautista? ¡No me digas que se fue sin despedirse!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡No dejes que se te pierda! ¡Búscalos!

La joven comienza a buscarlo entre las basuras y desperdicios del carnaval. El viejo sigue pensativo.

EL VIEJO. ¿Acaso representábamos? ¿Hacíamos teatro? ¿A quién interpretaba yo...?

LA DAMA DE MAYOR EDAD. ¡Qué mala memoria tiene, para ser maestro de historia!

De atrás de una caja o de cualquier artilugio escénico, la dama más joven estira los pies del cuerpo que se supone fue el del flautista, mientras hace aspavientos con las manos y grita con gesto de espanto.

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡No es cierto! ¡No es verdad lo que está pasando! ¡Es sólo una pesadilla! ¡No es verdad! ¡No!

LA DAMA DE MAYOR EDAD. (*Sin querer acercarse a ver qué sucede.*) Ya te dije que era mejor que nos fuéramos... ¡A esta hora sobreviene la desgracia!

LA DAMA MÁS JOVEN. ¡Está muerto! ¡Y sin cabeza! ¿Quién pudo haberle hecho semejante atrocidad?

EL TAMBORERO. Yo no quiero saber nada de nada... Mejor me voy...

LA DAMA DE MAYOR EDAD. (*Acercándose a la joven, quien sufre un acceso de nervios y llora sin poderse controlar.*) Mejor nos vamos todos... ¡Nosotros nada tenemos que ver con esto! (*Vuelven a oírse los disparos y ruidos de sirenas.*) Son los fantasmas de la noche que salen a las calles y dejan sus víctimas propiciatorias... ¿No oyes? ¡Aquí nadie tiene la culpa de nada!

Salen las mujeres y los demás personajes, menos el viejo, que se asoma a mirar el cuerpo sin vida del flautista.

EL VIEJO. ¿Qué sería lo que pasó aquí? ¡Si nosotros sólo queríamos jugar!

Dos indios con sombreros de plumas asoman la cabeza por un lado de la escena, sin atreverse a avanzar hacia el centro.

INDIO. ¿Ahora sí podemos entrar?

El viejo, sorprendido, se vuelve hacia ellos y les habla con gesto autoritario, alejándose del cuerpo sin vida del flautista.

EL VIEJO. ¿Quién los llamó aquí?

INDIO. Queremos saber si ahora sí podemos entrar a la fiesta...

EL VIEJO. ¡Bonita hora de llegar! (*Más alto.*) ¡No! Todavía no. ¡Esperen su turno!

INDIO. ¿Hasta cuándo?

EL VIEJO. Hasta el próximo carnaval, si es que llega a celebrarse...

Sale el viejo y los indios se quedan mirando al público, como si esperaran a que alguien los invitara a entrar. Comienzan a bajar las luces, en medio de la balacea, las sirenas y el estruendo creciente. Al final, se escucha como si una bomba hubiera estallado cerca.

Salen todos, y al fondo sólo se ve la imagen de la Muerte que regresa, envuelta en una capa de color rojo encendido, dispuesta a abalanzarse sobre los espectadores.

TELÓN FINAL

TÍTULOS PUBLICADOS

- N.º 1. ¡AY, CARMELA!, de José Sanchis Sinisterra (agotado)
- N.º 2. OCAÑA, EL FUEGO INFINITO, de Andrés Ruiz López
- N.º 3. COMBATE DE NEGRO Y DE PERROS, de Bernard-Marie Koltès
- N.º 4. EL ANGOSTO CAMINO HACIA EL PROFUNDO NORTE/MISA NEGRA/PASIÓN, de Edward Bond
- N.º 5. LOS ÚLTIMOS DÍAS DE EMMANUEL KANT CONTADOS POR ERNESTO TEODORO AMADEO HOFFMANN, de Alfonso Sastre
- N.º 6. LA NOCHE ES MADRE DEL DÍA, de Lars Norén
- N.º 7. BANTAM, de Eduardo Arroyo.
- N.º 8. YO, MALDITA INDIA..., de Jerónimo López Mozo (agotado)
- N.º 9. EDMOND, de David Mamet
- N.º 10. GRANDE Y PEQUEÑO, de Botho Strauss
- N.º 11. DESEO, de Josep Maria Benet i Jornet
- N.º 12. EL PAPA Y LA BRUJA, de Dario Fo (agotado)
- N.º 13. LAS LARGAS VACACIONES DE OLIVEIRA SALAZAR/EL NIÑO DE BELÉN, de Manuel Martínez Mediero
- N.º 14. ROBERTO ZUCCO, de Bernard-Marie Koltès
- N.º 15. INTERVIEW DE MRS. MUERTA SMITH POR SUS FANTASMAS, de Agustín Gómez-Arcos

- N.º 16. KING KONG PALACE/LA SECRETA
OBSCENIDAD DE CADA DÍA, de Marco
Antonio de la Parra
- N.º 17. CARICIAS/ELSA SCHNEIDER, de Sergi
Belbel
- N.º 18. ÚLTIMA BATALLA EN EL PARDO, de
José María Rodríguez Méndez
- N.º 19. LA NOCHE DE HERNÁN CORTÉS, de
Vicente Leñero
- N.º 20. SANTA ISABEL DEL VÍDEO y MIRANDO
AL TENDIDO, de Rodolfo Santana
- N.º 21. EL RETABLO DE ELDORADO/LOPE DE
AGUIRRE, TRAJIDOR/NAUFRAGIOS DE
ÁLVAR NÚÑEZ, trilogía americana de José
Sanchis Sinisterra
- N.º 22. EL CARNAVAL DE LA MUERTE
ALEGRE, de Carlos José Reyes

PRÓXIMOS TÍTULOS

- N.º 23. DIGO QUE NORTE SUR CORRE LA
TIERRA, de Sergio Arrau
- N.º 24. AZTECAS, de Michel Azama



MINISTERIO DE CULTURA

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música